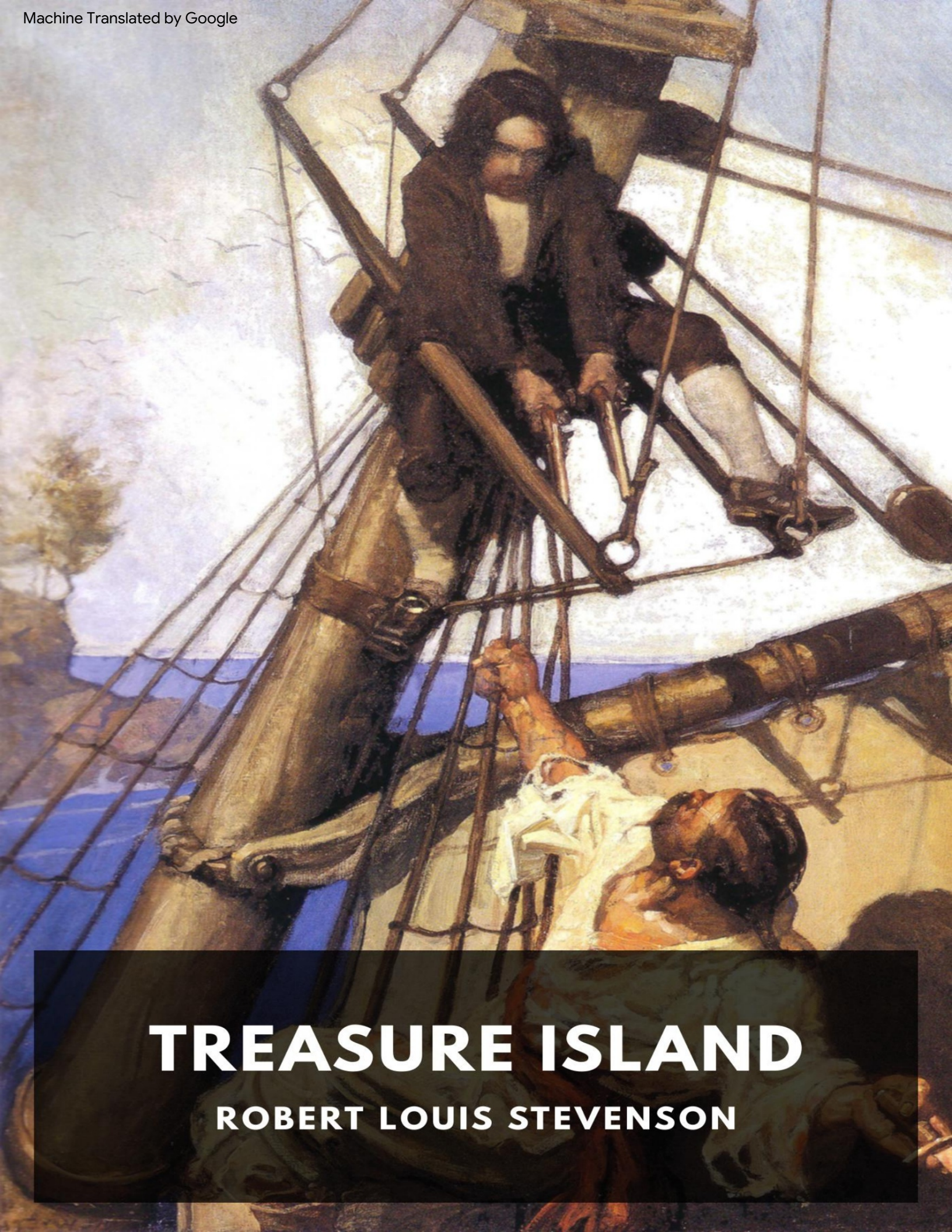




TREASURE ISLAND

ROBERT LOUIS STEVENSON

TREASURE ISLAND

ROBERT LOUIS STEVENSON



Este libro electrónico es el producto de muchas horas de arduo trabajo por parte de los [voluntarios de Standard Ebooks](#), y se basa en el arduo trabajo de otros amantes de la literatura hecho posible por el dominio público.

Este libro electrónico en particular se basa en una transcripción [producida para el Proyecto Gutenberg](#), y en escaneos digitales disponibles en [Internet Archive](#).

Se cree que la escritura y las ilustraciones son de dominio público de los EE. UU., y Standard Ebooks lanza esta edición de libro electrónico bajo los términos de [CC0 1.0 Universal Public Domain Dedication](#). Para [obtener información completa](#) sobre la licencia, consulte los [derechos de autor al final](#) de este libro electrónico.

Standard Ebooks es un proyecto impulsado por voluntarios que produce ediciones de libros electrónicos de literatura de dominio público utilizando tipografía, tecnología y estándares editoriales modernos, y los distribuye sin costo alguno. Puede descargar este y otros libros electrónicos producidos cuidadosamente para los verdaderos amantes de los libros en standardebooks.org.

AL COMPRADOR QUE DUDE

Si los cuentos de marineros a las melodías de marineros,

Tormenta y aventura, calor y frío,

Si goletas, islas y cimarrones

y bucaneros y oro enterrado,

Y todo el viejo romance, vuelto a contar

Exactamente a la manera antigua,

Puede complacer, como me complacieron de antaño,

Los jóvenes más sabios de hoy:

—¡Así sea, y adelante! Si no,

Si la juventud estudiosa ya no anhela,

Sus antiguos apetitos se olvidaron,

Kingston, o Ballantyne el valiente,

O Tonelero del bosque y ola: ¡Que así sea

también! Y que yo y todos mis

piratas compartamos la tumba

¡Donde yacen éstos y sus creaciones!

A

LLOYD OSBOURNE,

un caballero americano,

De acuerdo con cuyo gusto clásico

La siguiente narrativa ha sido diseñada,

Es ahora, a cambio de numerosas horas deliciosas

Y con los mejores deseos,

DEDICADO

Por su afectuoso amigo,

EL AUTOR

ISLA DEL TESORO

PARTE I

EL VIEJO BUCANERO

I

EN EL ALMIRANTE BENBOW

Squire Trelawney, el doctor Livesey y el resto de estos caballeros me pidieron que escribiera todos los detalles sobre Treasure Island, desde el principio hasta el final, sin guardar nada más que el rumbo de la isla, y eso solo porque todavía hay tesoro. aún no levantado, tomo mi pluma en el año de gracia 17—, y retrocedo a la época en que mi padre tenía el Admiral Benbow Inn, y el viejo marinero moreno, con el corte de sable, se alojó por primera vez bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si fuera ayer, cuando llegó con paso pesado a la puerta de la posada, su baúl de mar siguiéndolo en una carretilla; un hombre alto, fuerte, pesado, moreno; su coleta alquitranada cayendo sobre los hombros de su sucio abrigo azul; sus manos harapientas y llenas de cicatrices, con las uñas negras y rotas, y el corte del sable en una mejilla, de un blanco sucio y lívido. Lo recuerdo mirando alrededor de la cala y silbando para sí mismo mientras lo hacía, y luego rompiendo en esa vieja canción marina que cantó tan a menudo después:

“¡Quince hombres sobre el cofre del muerto,
yo-jo-jo y una botella de ron!”

en la voz alta, vieja y vacilante que parecía haber sido afinada y quebrada en las barras del cabrestante. Luego golpeó la puerta con un palo como una pica que llevaba, y cuando apareció mi padre, pidió bruscamente un vaso de ron. Esto, cuando se lo trajeron, lo bebió lentamente, como un conocedor, demorándose en el sabor, y sin dejar de mirar a su alrededor hacia los acantilados y hacia nuestro letrero.

“Esta es una cala muy práctica”, dice finalmente; “y un agradable grogshop sentado. ¿Mucha compañía, compañero?”

Mi padre le dijo que no, muy poca compañía, más era la pena.

“Bueno, entonces,” dijo él, “ésta es la litera para mí. Aquí tú, compañero —gritó al hombre que tiraba de la carretilla; “súbete al lado y ayúdame a subir el pecho. Me quedaré aquí un rato”, continuó. “Soy un hombre sencillo; ron, tocino y huevos es lo que quiero, y esa cabeza allá arriba para vigilar a los barcos. ¿Cómo deberías llamarme? Deberías llamarme capitán. Oh, ya veo en lo que estás—ahí”; y arrojó tres o cuatro piezas de oro sobre el umbral. “Puedes decirme cuando haya trabajado en eso”, dijo, luciendo tan feroz como un comandante.

Y, en verdad, por malas que fueran sus ropas y por groseras que fueran sus palabras, no tenía el aspecto de un hombre que navegaba delante del mástil, sino que parecía un piloto o patrón, acostumbrado a ser obedecido o a golpear. El hombre que vino con la carretilla nos dijo que el correo lo había dejado la mañana anterior en el Royal George; que había preguntado qué posadas había a lo largo de la costa, y oyendo hablar bien de la nuestra, supongo, y describiéndola como solitaria, la había elegido entre las otras para su lugar de residencia. Y eso fue todo lo que pudimos saber de nuestro invitado.

Era un hombre muy silencioso por costumbre. Todo el día rondaba por la cala o sobre los acantilados con un catalejo de latón; toda la tarde se sentó en un rincón de la sala junto al fuego, y bebió ron y agua muy fuerte. La mayoría de las veces no hablaba cuando se le hablaba; sólo mira hacia arriba repentina y ferozmente, y sopla por la nariz como una sirena de niebla; y nosotros y la gente que venía a nuestra casa pronto aprendimos a dejarlo en paz. Todos los días, cuando volvía de su paseo, preguntaba si por el camino había pasado algún marinero. Al principio pensamos que era la falta de compañía de los suyos lo que le hizo hacer esta pregunta; pero al fin comenzamos a ver que estaba deseoso de evitarlos. Cuando un marinero atraca en el

El almirante Benbow (como hacían de vez en cuando algunos que se dirigían a Bristol por la carretera de la costa), lo miraba a través de la puerta con cortinas antes de que entrara en el salón; y siempre estaba seguro de estar tan silencioso como un ratón cuando estaba presente. Para mí, al menos, no había ningún secreto sobre el asunto; pues yo era, en cierto modo, partícipe de sus alarmas.

Me había llevado aparte un día y me prometió una plata. cuatro peniques el primer día de cada mes si tan solo mantuviera mi "ojo meteorológico abierto para un hombre marinerico con una pierna" y le avisara en el momento en que apareció. Con bastante frecuencia, cuando llegaba el primer día del mes y le solicitaba mi salario, se limitaba a sonarse la nariz y me miraba fijamente; pero antes de que terminara la semana seguramente lo pensaría mejor, me traería mi moneda de cuatro peniques y repetiría sus órdenes de buscar "el marinerico cojo".

Cómo ese personaje perseguía mis sueños, apenas necesito decirte. En las noches de tormenta, cuando el viento sacudía las cuatro esquinas de la casa y el oleaje bramaba por la caleta y los acantilados, lo veía en mil formas y con mil expresiones diabólicas. Ahora la pierna sería cortada a la altura de la rodilla, ahora a la cadera; ahora era una clase monstruosa de criatura que nunca había tenido más que una pierna, y eso en el medio de su cuerpo. Verlo saltar y correr y perseguirme sobre setos y zanjas fue la peor de las pesadillas. Y en total pagué muy caro mi pieza mensual de cuatro peniques, en forma de estas abominables fantasías.

Pero aunque me aterrorizaba tanto la idea del marinerico cojo, le tenía mucho menos miedo al capitán que a cualquier otra persona que lo conociera. Había noches en que tomaba mucho más ron y agua de lo que le cabía en la cabeza; y luego, a veces, se sentaba y cantaba sus malvadas, viejas y salvajes canciones marinas, sin preocuparse de nadie; pero a veces pedía vasos redondos y obligaba a todos los temblorosos asistentes a escuchar sus historias o a cantar a coro. A menudo he oído temblar la casa con "Yo-ho-

ho y una botella de ron", todos los vecinos se unieron para salvar la vida, con el miedo a la muerte sobre ellos, y cada uno cantando más fuerte que el otro para evitar comentarios. Porque en estos accesos era el compañero más dominante jamás conocido; golpeaba la mesa con la mano para que todo se silenciara; se ponía furioso por una pregunta, o a veces porque no se le hacía ninguna, y juzgaba que la compañía no estaba siguiendo su historia. Tampoco permitiría que nadie saliera de la posada hasta que se hubiera emborrachado y se hubiera ido a la cama.

Sus historias eran lo que más asustaba a la gente. Eran historias espantosas; sobre el ahorcamiento, y caminar sobre la tabla, y las tormentas en el mar, y las Tortugas Secas, y hechos salvajes y lugares en el continente español. Por su propia cuenta, debe haber vivido su vida entre algunos de los hombres más malvados que Dios jamás permitió sobre el mar; y el lenguaje en que contó estas historias conmocionó a nuestra gente del campo casi tanto como los crímenes que describió. Mi padre siempre decía que la posada se arruinaría, porque la gente pronto dejaría de venir allí para ser tiranizada, sacrificada y enviada temblando a sus camas; pero realmente creo que su presencia nos hizo bien. La gente estaba asustada en ese momento, pero al mirar hacia atrás les gustó bastante; era una hermosa emoción en una tranquila vida de campo; e incluso hubo un grupo de hombres más jóvenes que fingieron admirarlo, llamándolo un "verdadero lobo de mar", y un "verdadero viejo de la sal", y nombres similares, y diciendo que era el tipo de hombre que hacía que Inglaterra fuera terrible en el mar. .

De una manera, de hecho, tenía buenas intenciones de arruinarnos; porque siguió quedándose semana tras semana, y al final mes tras mes, de modo que todo el dinero se había agotado hacía mucho tiempo, y aun así mi padre nunca se animó a insistir en tener más. Si alguna vez lo mencionó, el capitán sopló por la nariz tan fuerte que podría decirse que rugió y miró a mi pobre padre fuera de la habitación. Lo he visto retorciéndose las manos después de tal desaire, y estoy seguro de que la molestia y la

el terror en el que vivía debe haber acelerado en gran medida su temprana y desdichada muerte.

Todo el tiempo que vivió con nosotros el capitán no hizo ningún cambio. lo que sea en su vestido sino para comprar unas medias de un vendedor ambulante. Habiéndosele caído una de las varillas de su sombrero, lo dejó colgado desde ese día en adelante, aunque era un gran fastidio cuando reventaba. Recuerdo el aspecto de su abrigo, que él mismo remendaba arriba en su habitación, y que, antes del final, no eran más que remiendos. Nunca escribió ni recibió carta, y nunca hablaba con nadie más que con los vecinos, y con éstos, en su mayor parte, sólo cuando estaba borracho de ron. El gran cofre marino que ninguno de nosotros había visto nunca abierto.

Solo se enojó una vez, y eso fue hacia el final, cuando mi pobre padre estaba muy hundido en un declive que lo alejó. El doctor Livesey vino tarde una tarde a ver al paciente, pidió algo de cenar a mi madre y se fue al salón a fumar una pipa hasta que su caballo viniera de la aldea, porque no teníamos establo en el viejo Benbow. Lo seguí adentro, y recuerdo haber observado el contraste que el doctor limpio y brillante, con su polvo blanco como la nieve, y sus ojos negros y brillantes y modales agradables, hizo con la gente del campo coqueta, y sobre todo, con esa inmundicia, pesado, sanguinolento espantapájaros de uno de nuestros piratas, sentado hasta los huesos en ron, con los brazos sobre la mesa. De repente, él, el capitán, es decir, comenzó a entonar su eterna canción:

“¡Quince hombres en el cofre del muerto, Yo-ho-ho
y una botella de ron!

“Beber y el diablo había hecho por el resto— ¡Yo-ho-ho y
una botella de ron!”

Al principio supuse que "el baúl del muerto" era esa caja grande idéntica que él tenía arriba en la habitación delantera, y el pensamiento se había mezclado en mis pesadillas con el del

marinero con una sola pierna. Pero para entonces hacía mucho tiempo que habíamos dejado de prestar especial atención a la canción; era nuevo, esa noche, para nadie más que para el doctor Livesey, y en él observé que no producía un efecto agradable, porque levantó la vista por un momento bastante enojado antes de continuar con su conversación con el viejo Taylor, el jardinero, en una nueva cura para el reumatismo. Mientras tanto, el capitán se animó gradualmente con su propia música, y finalmente agitó la mano sobre la mesa que tenía delante de una manera que todos sabíamos que significaba: silencio. Las voces cesaron de inmediato, todas menos la del doctor Livesey; siguió como antes, hablando claro y amable, y chupando enérgicamente su pipa entre cada palabra o dos. El capitán lo fulminó con la mirada durante un rato, volvió a agitar la mano, lo fulminó aún más con la mirada y finalmente estalló con un maldito juramento: "¡Silencio, allí, entre cubiertas!".

"¿Se dirigía a mí, señor?" dijo el doctor; y cuando el rufián le hubo dicho, con otro juramento, que así era, replicó: "Solo tengo una cosa que decirle, señor, que si sigue bebiendo ron, el mundo pronto se librará de una suciedad muy sucia". ¡sinvergüenza!"

La furia del anciano fue terrible. Se puso en pie de un salto, sacó y abrió una navaja de marinero, y balanceándola abierta sobre la palma de su mano, amenazó con clavar al doctor a la pared.

El médico ni siquiera se movió. Le habló, como antes, por encima del hombro, y en el mismo tono de voz, más bien alto, para que lo oyera toda la sala, pero perfectamente sereno y firme:

"Si no pones ese cuchillo en este instante en tu bolsillo, te Te prometo, por mi honor, que te colgarán en los próximos juicios.

Luego siguió una batalla de miradas entre ellos; pero el El capitán pronto se agachó, levantó su arma y volvió a sentarse, refunfuñando como un perro apaleado.

"Y ahora, señor", continuó el médico, "ya que ahora sé que hay un tipo así en mi distrito, puede contar que tendré

un ojo sobre ti día y noche. No soy médico solamente, soy magistrado; y si me quejo contra ti, aunque solo sea por una falta de civismo como la de esta noche, tomaré las medidas necesarias para que te persigan y te saquen de aquí. Que eso sea suficiente.

Poco después, el caballo del doctor Livesey llegó a la puerta y él se alejó, pero el capitán guardó silencio esa noche y durante muchas más.

II

PERRO NEGRO APARECE Y DESAPARECE

No pasó mucho tiempo después de que se produjera el primero de los misteriosos sucesos que finalmente nos libraron del capitán, aunque no, como veréis, de sus asuntos. Fue un invierno muy frío, con heladas largas y duras y fuertes vendavales; y quedó claro desde el principio que era poco probable que mi pobre padre viera el manantial. Se hundía a diario, y mi madre y yo teníamos toda la posada en nuestras manos, y nos manteníamos bastante ocupados sin prestar mucha atención a nuestro desagradable huésped.

Era una mañana de enero, muy temprano, una mañana helada y punzante, la cala toda gris por la escarcha, las ondas lamían suavemente las piedras, el sol aún bajo, y solo tocaba las cimas de las colinas y brillaba lejos hacia el mar. El capitán se había levantado más temprano que de costumbre y se había puesto en marcha playa abajo, con el machete balanceándose bajo los anchos faldones de la vieja casaca azul, el catalejo de latón bajo el brazo y el sombrero echado hacia atrás. Recuerdo su aliento colgando como humo a su paso mientras se alejaba, y el último sonido que escuché de él, mientras giraba la gran roca, fue un fuerte resoplido de indignación, como si su mente todavía estuviera pensando en el Doctor.

Bueno, mi madre estaba arriba con mi padre, y yo estaba poniendo la mesa del desayuno para el regreso del capitán, cuando se abrió la puerta del salón y entró un hombre que nunca antes había visto. Era una criatura pálida y sedosa, a la que le faltaban dos dedos de la mano izquierda; y, aunque llevaba un alfanje, no se parecía mucho a un luchador. Siempre tuve los ojos abiertos para los marineros, con uno o dos piernas, y recuerdo que este me desconcertó. No era un marinero y, sin embargo, también tenía un olor a mar.

Le pregunté cuál era su servicio y me dijo que lo haría. tomar ron, pero cuando salía de la habitación a buscarlo, se sentó en una mesa y me hizo señas para que me acercara. Me detuve donde estaba, con la servilleta en la mano.

"Ven aquí, hijito", dijo. Acércate aquí.

Di un paso más cerca.

"¿Esta mesa es para mi amigo Bill?" preguntó, con una especie de mirada lasciva.

Le dije que no conocía a su compañero Bill, y esto fue por un persona que se quedó en nuestra casa, a quien llamábamos el capitán.

"Bueno", dijo él, "mi compañero Bill sería llamado el capitán, probablemente. Tiene un corte en una mejilla, y mi compañero Bill tiene una forma muy agradable de tratarlo, especialmente cuando bebe. Diremos, como argumento, que su capitán tiene un corte en una mejilla, y diremos, si lo desea, que esa mejilla es la correcta. ¡Ah bueno! Te dije. Ahora, ¿está mi compañero Bill en esta casa?

Le dije que estaba caminando.

"¿Hacia dónde, hijito? ¿Hacia dónde se ha ido?

Y cuando señalé la roca y le dije cómo era probable que el capitán regresara, y cuán pronto, y respondí algunas otras preguntas, "Ah", dijo, "esto será tan bueno como una bebida para mi compañero Bill". ."

La expresión de su rostro al decir estas palabras no era nada agradable, y yo tenía mis propias razones para pensar que el extraño se equivocaba, aun suponiendo que fuera en serio lo que decía. Pero no era asunto mío, pensé; y, además, era difícil saber qué hacer.

El forastero seguía merodeando junto a la puerta de la posada, mirando a la vuelta de la esquina como un gato esperando un ratón. Una vez salí a la carretera, pero él me llamó de inmediato y, como no obedecí lo suficientemente rápido para su capricho, un cambio horrible se produjo en su rostro seboso, y me ordenó entrar con un juramento que me hizo saltar. Tan pronto como volví, volvió a su forma anterior,

medio adulator, medio burlón, me dio una palmada en el hombro, me dijo que era un buen chico y que se había encaprichado mucho de mí.

"Tengo un hijo propio", dijo, "tan parecido a ti como dos cuerdas, y él es todo el orgullo de mi arte. Pero lo mejor para los chicos es la disciplina, hijito, la disciplina. Ahora bien, si hubieras navegado junto a Bill, no te habrías quedado allí para que te hablaran dos veces, no tú. Ese nunca fue el camino de Bill, ni el camino de los que navegaban con él. Y aquí, efectivamente, está mi compañero Bill, con un catalejo bajo el brazo, bendito sea su antiguo arte, sin duda. Tú y yo volveremos al salón, hijito, y nos pondremos detrás de la puerta, y le daremos a Bill una sorpresita. Bendito sea su arte, repito.

Dicho esto, el forastero retrocedió conmigo hasta el salón y me puso detrás de él en un rincón, de modo que ambos quedamos ocultos por la puerta abierta. Estaba muy inquieto y alarmado, como pueden imaginar, y más bien aumentó mis temores al observar que el extraño también estaba ciertamente asustado. Sacó la empuñadura de su machete y soltó la hoja de la vaina, y durante todo el tiempo que estuvimos esperando allí tragó saliva como si sintiera lo que solíamos llamar un nudo en la garganta.

Por fin entró el capitán, cerró la puerta detrás él, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, y marchó directamente a través de la habitación hacia donde lo esperaba su desayuno.

"Bill", dijo el extraño, en una voz que pensé que tenía trató de hacer audaz y grande.

El capitán giró sobre sus talones y nos afrontó; todo el moreno había desaparecido de su rostro, y hasta su nariz estaba azul; tenía la mirada de un hombre que ve un fantasma, o el Maligno, o algo peor, si es que algo puede ser; y, te doy mi palabra, me dio pena verlo, en un momento, volverse tan viejo y enfermo.

"Vamos, Bill, tú me conoces; conoces a un viejo compañero de barco, Bill, seguramente", dijo el extraño.

El capitán hizo una especie de jadeo.

"¡Perro negro!" dijo el.

"¿Y quien más?" devolvió el otro, acercándose más a su facilidad. "Perro Negro como siempre, vino a ver a su antiguo compañero de a bordo, Billy, en el Admiral Benbow Inn. Ah, Bill, Bill, hemos visto un espectáculo de veces, nosotros dos, desde que les perdí dos garras", levantando su mano mutilada.

"Ahora, mire aquí", dijo el capitán; "Me has atropellado; Aquí estoy; pues bien, habla; ¿qué es?"

"Ese eres tú, Bill", respondió Black Dog; Tienes razón, Billy. Tomaré un vaso de ron de este querido niño aquí, como me ha gustado tanto; y nos sentaremos, por favor, y hablaremos con franqueza, como viejos compañeros de barco.

Cuando regresé con el ron, ya estaban sentados a ambos lados de la mesa del desayuno del capitán: Black Dog junto a la puerta, sentados de lado, para tener un ojo en su antiguo compañero y otro, según pensé, en su retirada. .

Me ordenó que fuera y dejara la puerta abierta de par en par. "Ninguno de Tus ojos de cerradura para mí, hijito", dijo, y los dejé juntos y me retiré al bar.

Durante mucho tiempo, aunque ciertamente hice todo lo posible por escuchar, no pude escuchar nada más que un parloteo bajo; pero finalmente las voces comenzaron a hacerse más altas y pude captar una o dos palabras, en su mayoría juramentos, del capitán.

"No no no no; ¡y un final! lloró una vez. Y de nuevo, "Si se trata de balanceo, balanceo todo, digo yo".

Entonces, de repente, hubo una tremenda explosión de juramentos y otros ruidos; la silla y la mesa se derrumbaron en un bulto, seguido de un choque de acero, y luego un grito de dolor, y al instante siguiente vi a Black Dog en plena huida, y al capitán persiguiéndolo acaloradamente, ambos con machetes desenvainados, y el primero saltando. sangre del hombro izquierdo. Justo en la puerta, el capitán asestó al fugitivo un último y tremendo tajo, que sin duda le habría partido hasta la barbilla de no haber sido interceptado por nuestro gran cartel del almirante Benbow. Es posible que vea la muesca en el lado inferior del marco hasta el día de hoy.

Ese golpe fue el último de la batalla. Una vez en el camino, Perro Negro, a pesar de su herida, mostró un maravilloso par de tacones limpios y desapareció por el borde de la colina en medio minuto. El capitán, por su parte, se quedó mirando el cartel como un hombre desconcertado. Luego se pasó la mano por los ojos varias veces y finalmente volvió a entrar en la casa.

"Jim", dice él, "ron"; y mientras hablaba se tambaleó un poco, y se agarró con una mano contra la pared.

"¿Estás herido?" lloré yo.

"Ron", repitió. "Debo alejarme de aquí. ¡Ron! ¡Ron!"

Corrí a buscarlo, pero estaba bastante inestable por todo lo que había se cayó, y rompí un vaso y ensució el grifo, y mientras todavía me estaba interponiendo en mi propio camino, oí una fuerte caída en la sala y, al entrar corriendo, vi al capitán tendido en el suelo de cuerpo entero. En ese mismo instante mi madre, alarmada por los gritos y peleas, bajó corriendo las escaleras para ayudarme. Entre nosotros levantamos la cabeza. Respiraba muy fuerte y con dificultad, pero sus ojos estaban cerrados y su rostro tenía un color horrible.

"¡Querido, querido yo!" -exclamó mi madre-, ¡qué vergüenza para ¡la casa! ¡Y tu pobre padre enfermo!

Mientras tanto, no sabíamos qué hacer para ayudar a los capitán, ni ningún otro pensamiento sino que había recibido su herida de muerte en la pelea con el extraño. Conseguí el ron, sin duda, y traté de hacérselo tragar, pero tenía los dientes bien cerrados y las mandíbulas tan fuertes como el hierro. Fue un feliz alivio para nosotros cuando se abrió la puerta y entró el doctor Livesey, en su visita a mi padre.

"¡Oh, doctor!", gritamos, "¿qué vamos a hacer? ¿Dónde está herido?"

"¿Herido? ¡El final de un fiddlestick! dijo el doctor. "No más herido que tú o yo. El hombre ha tenido un derrame cerebral, como le advertí. Ahora, Sra. Hawkins, solo suba corriendo las escaleras hacia su esposo y no le diga, si es posible, nada al respecto. Para mi

En parte, debo hacer todo lo posible para salvar la vida triplemente inútil de este tipo; y, Jim, tráeme una palangana.

Cuando regresé con la jofaina, el doctor ya le había arrancado la manga al capitán y dejado al descubierto su gran brazo musculoso. Estaba tatuado en varios lugares. "Aquí está la suerte", "Un buen viento" y "Billy Bones, su fantasía", fueron ejecutados muy limpia y claramente en el antebrazo; y arriba, cerca del hombro, había un boceto de una horca y un hombre colgando de ella, hecho, según pensé, con gran espíritu.

"Profético", dijo el médico, tocando esta imagen con su dedo. "Y ahora, amo Billy Bones, si ese es su nombre, echaremos un vistazo al color de su sangre. Jim", dijo, "¿tienes miedo a la sangre?".

-No, señor -dije-.

"Bueno, entonces", dijo él, "usted sostiene la palangana", y con eso tomó su lanceta y abrió una vena.

Se extrajo una gran cantidad de sangre antes de que el capitán abriera sus ojos y miró brumosamente a su alrededor. Primero reconoció al doctor con un inconfundible ceño fruncido; luego su mirada cayó sobre mí, y pareció aliviado. Pero de repente su color cambió, y trató de levantarse, gritando: "¿Dónde está Black Dog?"

"Aquí no hay ningún Perro Negro", dijo el médico, "excepto el que llevas en la espalda. Has estado bebiendo ron; has tenido un infarto precisamente como te dije; y acabo, muy en contra de mi propia voluntad, de sacarte a rastras de la tumba. Ahora, Sr. Huesos...

"Ese no es mi nombre", interrumpió.

"Me importa mucho", respondió el doctor. "Es el nombre de un bucanero que conozco, y te llamo así por abreviar, y lo que tengo que decirte es esto: un vaso de ron no te mata, pero si te tomas uno, tomaré otro y otro, y me juego la peluca, si no te quedas corto, morirás, ¿lo entiendes?, morirás y te irás a tu casa, como el hombre de la Biblia. Vamos, ahora, haz un esfuerzo. Te ayudaré a ir a tu cama por una vez.

Entre nosotros, con mucho trabajo, logramos levantarlo escaleras arriba y lo acostamos en su cama, donde su cabeza cayó hacia atrás sobre la almohada, como si estuviera a punto de desmayarse.

“Ahora, fíjese”, dijo el médico, “aclaro mi conciencia: el nombre del ron para usted es muerte”.

Y dicho esto se fue a ver a mi padre, llevándome con él del brazo.

“Esto no es nada”, dijo, tan pronto como hubo cerrado la puerta. “Le he sacado suficiente sangre para mantenerlo tranquilo por un tiempo; debería quedarse una semana donde está, eso es lo mejor para él y para ti, pero otro golpe lo tranquilizaría.

tercero

EL PUNTO NEGRO

Cerca del mediodía me detuve en la puerta del capitán con algunas bebidas refrescantes y medicinas. Estaba tumbado tal como lo habíamos dejado, sólo un poco más alto, y parecía débil y excitado.

“Jim”, dijo, “tú eres el único aquí que vale algo; y sabes que siempre he sido bueno contigo.

Nunca un mes sin que te haya dado cuatro peniques de plata para ti. Y ya ves, compañero, estoy bastante bajo, y abandonado por todos; y, Jim, me traerás una copa de ron, ¿verdad, amigo?

“El doctor...” comencé.

Pero él interrumpió, maldiciendo al médico con voz débil, pero sinceramente. “Los médicos son todos hisopos”, dijo; “y ese médico de allí, pues, ¿qué sabe él de hombres de mar? Estuve en lugares calientes como la brea, y mates dando vueltas con jureles, y la tierra bendita, agitada como el mar con terremotos, ¿qué sabe el doctor de tierras así?, y viví de ron, te lo digo. Ha sido comida y bebida, y marido y mujer, para mí; y si no voy a tomar mi ron ahora, seré un pobre viejo en una costa de sotavento. Mi sangre estará en ti, Jim, y en ese hisopo médico”, y siguió corriendo durante un rato con maldiciones. “Mira, Jim, cómo se mueven mis dedos”, continuó en tono suplicante. “No puedo mantenerlos quietos, yo no. No he tenido una gota este bendito día. Ese doctor es un tonto, te lo digo. Si no tengo un trago de ron, Jim, tendré los horrores; Ya he visto algunos en ellos. Vi al viejo Flint en el rincón, detrás de ti; tan claro como la impresión, lo vi; y si consigo los horrores, soy un hombre que ha vivido duro, y criaré a Caín.

Tu propio médico dijo que un vaso no me haría daño. Te daré una guinea de oro por una cabeza, Jim.

Estaba cada vez más excitado, y esto me alarmó, porque mi padre, que estaba muy deprimido ese día, necesitaba tranquilidad; además, me tranquilizaron las palabras del médico, ahora citadas para mí, y me ofendió un poco la oferta de soborno.

—No quiero nada de tu dinero —dije—, excepto lo que le debes a mi padre. Te daré un vaso y nada más.

Cuando se lo traje, lo agarró con avidez y lo bebió.

“Ay, ay”, dijo, “eso es algo mejor, por supuesto. Y ahora, compañero, ¿ese médico dijo cuánto tiempo debía permanecer aquí en esta vieja litera?”

“Una semana por lo menos,” dije yo.

“¡Trueno!” gritó. “¡Una semana! no puedo hacer eso; tendrían el punto negro sobre mí para entonces. Los lubbers se van a enterar de mí en este bendito momento; lubbers que no pudieron quedarse con lo que tenían, y quieren clavar lo que es de otro. ¿Es ese comportamiento marinero, ahora, lo que quiero saber? Pero soy un alma salvadora. Jamás despilfarré un buen dinero mío, ni tampoco lo perdí; y los engañaré de nuevo. No les tengo miedo. Sacudiré otro rizo, amigo, y los volveré a picar.

Mientras hablaba así, se había levantado de la cama con gran dificultad, aferrándose a mi hombro con un apretón que casi me hizo gritar, y moviendo las piernas como un peso muerto. Sus palabras, por enérgicas que fueran en su significado, contrastaban tristemente con la debilidad de la voz con que las pronunciaba. Hizo una pausa cuando se sentó en el borde.

—Ese médico me ha hecho —murmuró. “Mis oídos están cantando. Recuéstame.

Antes de que pudiera hacer mucho para ayudarlo, se había retirado de nuevo a su antiguo lugar, donde permaneció un rato en silencio.

—Jim —dijo finalmente—, ¿viste hoy a ese marinero?

“¿Perro negro?” Yo pregunté.

“¡Ay! Perro Negro”, dijo. “un mal 'un; ~~pero~~ ^{él} hay algo peor que lo puso. Ahora, si no puedo escapar de ninguna manera, y me dan una pista negra, fíjate, es mi viejo baúl lo que buscan; te subes a un caballo, puedes, ¿no? Bueno, entonces, súbete a un caballo y ve a... bueno, ¡sí, lo haré!, a ese eterno médico hisopo, y dile que evacue todas las manos, magistrados y sich, y él los pondrá a bordo en el Almirante. Benbow: toda la tripulación del viejo Flint, hombre y niño, todos los que quedan. Yo era el primer oficial, lo era, el primer oficial del viejo Flint, y soy el único que conoce el lugar. Me lo dio en Savannah, cuando yacía agonizante, como si fuera a hacerlo ahora, ¿sabes? Pero no lo harás a menos que me pongan la mancha negra, o a menos que vuelvas a ver a ese Perro Negro, o a un marinero cojo, Jim, él sobre todo.

Pero, ¿qué es el punto negro, capitán? Yo pregunté.

“Esa es una citación, amigo. Te diré si consiguen eso. Pero mantén tu ojo abierto, Jim, y lo compartiré contigo por igual, por mi honor.

Deambuló un poco más, su voz cada vez más débil; pero poco después de haberle dado su medicina, que tomó como un niño, con el comentario: "Si alguna vez un marinero ha necesitado drogas, soy yo", cayó finalmente en un sueño pesado, como un desvanecimiento, en el que lo dejó. a él. Lo que debería haber hecho si todo hubiera ido bien, no lo sé. Probablemente debería haberle contado toda la historia al médico; porque tenía un miedo mortal de que el capitán se arrepintiera de sus confesiones y acabara conmigo. Pero como se dieron las cosas, mi pobre padre murió repentinamente esa noche, lo que dejó todos los demás asuntos a un lado. Nuestra angustia natural, las visitas de los vecinos, los arreglos del funeral y todo el trabajo de la posada que había que hacer mientras tanto, me tenía tan ocupado que apenas tenía tiempo para pensar en el capitán, y mucho menos para estar. tengo miedo de el.

Bajó las escaleras a la mañana siguiente, sin duda, y tenía su comidas como de costumbre, aunque comió poco y me temo que tomó más ron que su suministro habitual, porque se ayudó a salir de la barra, frunciendo el ceño y sonándose por la nariz, y

nadie se atrevía a cruzarlo. La noche anterior al funeral estaba tan borracho como siempre; y fue espantoso, en esa casa de luto, oírlo cantando su vieja y fea canción marina; pero, a pesar de su debilidad, todos temíamos la muerte por él, y el médico se vio repentinamente ocupado con un caso a muchas millas de distancia, y nunca estuvo cerca de la casa después de la muerte de mi padre.

He dicho que el capitán estaba débil y, en verdad, parecía más debilitarse que recobrar su fuerza. Subía y bajaba escaleras, iba y venía del salón al bar y de vuelta, y a veces sacaba la nariz fuera de la puerta para oler el mar, agarrándose a las paredes mientras buscaba apoyo, y respirando fuerte y rápido, como un hombre en una montaña empinada. Nunca se dirigió a mí en particular, y creo que casi había olvidado sus confidencias; pero su temperamento era más voluble y, teniendo en cuenta su debilidad corporal, más violento que nunca. Ahora, cuando estaba borracho, tenía una manera alarmante de sacar su alfanje y dejarlo desnudo ante él sobre la mesa. Pero, con todo eso, le importaba menos la gente, y parecía encerrado en sus propios pensamientos y bastante errante. Una vez, por ejemplo, para nuestro gran asombro, tocó un aire diferente, una especie de canción de amor rural, que debió aprender en su juventud antes de haber comenzado a seguir el mar.

Así transcurrieron las cosas hasta el día después del entierro y aproximadamente a las tres de una tarde amarga, neblinosa y helada, estuve un momento de pie en la puerta, lleno de pensamientos tristes sobre mi padre, cuando vi que alguien se acercaba lentamente por el camino. Estaba claramente ciego, porque golpeaba delante de él con un palo, y usaba una gran visera verde sobre los ojos y la nariz; y estaba encorvado, como por la edad o la debilidad, y vestía una enorme capa vieja andrajosa con una capucha que lo hacía parecer absolutamente deforme. Nunca vi en mi vida una figura de aspecto más espantoso. Se detuvo un poco en la posada y, alzando la voz en un extraño canturreo, se dirigió al aire frente a él:

“¿Algún buen amigo informará a un pobre ciego, que ha perdido la preciosa vista de sus ojos en la graciosa defensa de su país natal, Inglaterra, y ¡Dios bendiga al rey Jorge! ¿Dónde o en qué parte de este país puede estar ahora?

“Está en el Admiral Benbow, Black Hill Cove, buen hombre”, le dije.

“Escucho una voz”, dijo, “una voz joven. Me darías tu mano, mi amable joven amigo, y llévame adentro?”

Extendí mi mano, y el horrible, de voz suave, sin ojos criatura lo agarró en un momento como un tornillo de banco. Me sobresalté tanto que luché por retirarme, pero el ciego me acercó a él con un solo movimiento de su brazo.

“Ahora, muchacho”, dijo, “llévame con el capitán”.

-Señor -dije-, te doy mi palabra de que no me atrevo.

“Oh”, se burló, “¡eso es todo! Llévame directamente o te romperé el brazo.

Le dio, mientras hablaba, un tirón que me hizo gritar.

-Señor -dije-, es por usted mismo, quiero decir. El capitán ya no es lo que era. Se sienta con un alfanje desenvainado.

Otro caballero...

"Ven, ahora, marcha", interrumpió, y nunca escuché una voz tan cruel, y fría, y fea como la de ese ciego. Me acobardó más que el dolor, y comencé a obedecerle de inmediato, caminando directamente hacia la puerta y hacia la sala, donde estaba sentado el viejo bucanero enfermo, aturdido por el ron. El ciego se aferró a mí, sosteniéndome con un puño de hierro y apoyando casi más de su peso sobre mí de lo que yo podía cargar. “Llévame directamente hacia él, y cuando esté a la vista, grita: 'Aquí hay un amigo para ti, Bill'. Si no lo haces, haré esto”, y con eso me dio un tic que pensé que me habría desmayado. Entre esto y aquello, estaba tan aterrorizado por el mendigo ciego que olvidé mi terror al capitán, y cuando abrí la puerta de la sala, grité las palabras que me había ordenado con voz temblorosa.

El pobre capitán levantó los ojos, y de una sola mirada se le salió el ron y lo dejó con la mirada sobria. la expresión de

su rostro no era tanto de terror como de enfermedad mortal. Hizo un movimiento para levantarse, pero no creo que le quedara suficiente fuerza en su cuerpo.

"Ahora, Bill, siéntate donde estás", dijo el mendigo. "Si no puedo ver, puedo escuchar un dedo moviéndose. Negocios son negocios. Extiende tu mano izquierda. Muchacho, toma su mano izquierda por la muñeca y acércala a mi derecha.

Los dos le obedecimos al pie de la letra, y le vi pasar algo del hueco de la mano que sostenía el bastón a la palma de la del capitán, que se cerró sobre ella al instante.

"Y ahora que está hecho", dijo el ciego, y en el De repente me soltó y, con increíble precisión y agilidad, saltó del salón y salió al camino, donde, mientras permanecía inmóvil, pude escuchar su bastón hacer tap-tap-tap en la distancia.

Pasó algún tiempo antes de que yo o el capitán pareciera que reúne nuestros sentidos; pero al final, y casi en el mismo momento, solté su muñeca, que todavía estaba sujetando, y él metió la mano y miró fijamente la palma.

"¡Diez!" gritó. "¡Seis horas! ¡Los haremos todavía! y se puso en pie de un salto.

Mientras lo hacía, se tambaleó, se llevó la mano a la garganta, Se quedó tambaleándose por un momento, y luego, con un sonido peculiar, cayó desde toda su altura de cara al suelo.

Corrí hacia él de inmediato, llamando a mi madre. Pero la prisa fue en vano. El capitán había muerto a causa de una atonadora apoplejía. Es algo curioso de entender, porque ciertamente nunca me había gustado ese hombre, aunque últimamente había comenzado a sentir lástima por él, pero tan pronto como vi que estaba muerto, estallé en un mar de lágrimas. Era la segunda muerte que conocía, y el dolor de la primera aún estaba fresco en mi corazón.

IV

EL COFRE DEL MAR

No perdí tiempo, por supuesto, en decirle a mi madre todo lo que sabía, y tal vez debería habérselo dicho mucho antes, y nos vimos de inmediato en una posición difícil y peligrosa. Parte del dinero del hombre, si es que tenía alguno, ciertamente nos lo debía a nosotros, pero no era probable que los compañeros de nuestro capitán, sobre todo los dos especímenes que vi, Black Dog y el mendigo ciego, estuvieran dispuestos a renunciar a su dinero. botín en pago de las deudas del muerto. La orden del capitán de montar inmediatamente y cabalgar para el doctor Livesey habría dejado a mi madre sola y desprotegida, lo que no era de esperar. De hecho, parecía imposible que ninguno de nosotros permaneciera mucho más tiempo en la casa; la caída de las brasas en la parrilla de la cocina, el mismo tictac del reloj, nos llenaban de alarma. El vecindario, a nuestros oídos, parecía embrujado por pasos que se acercaban; y entre el cadáver del capitán en el suelo de la sala y el pensamiento de ese detestable mendigo ciego rondando cerca y listo para volver, había momentos en que, como dice el refrán, saltaba en mi piel de terror. Algo debe resolverse rápidamente, y finalmente se nos ocurrió salir juntos y buscar ayuda en la aldea vecina. Dicho y hecho. Con la cabeza descubierta como íbamos, salimos corriendo de inmediato en medio de la caída de la tarde y la niebla helada.

El caserío se encontraba a no muchos cientos de metros, aunque fuera de la vista, al otro lado de la próxima cala; y lo que me animó mucho, fue en una dirección opuesta de donde el ciego había hecho su aparición, y donde presumiblemente había regresado. no éramos muchos

minutos en el camino, aunque a veces nos deteníamos para abrazarnos y escucharnos. Pero no se oía ningún sonido inusual, nada más que el suave murmullo de las ondas y el croar de los habitantes del bosque.

Ya era la luz de las velas cuando llegamos al caserío, y nunca olvidaré cuánto me alegró ver brillar el amarillo en puertas y ventanas; pero eso, como resultó, fue la mejor de las ayudas que probablemente obtuviéramos en ese sector.

Porque —habrías pensado que los hombres se avergonzarían de sí mismos— ningún alma consentiría en volver con nosotros al Admiral Benbow. Cuanto más contábamos

nuestros problemas, más hombres, mujeres y niños se aferraban al refugio de sus casas. El nombre del capitán Flint, aunque me resultaba extraño, era bien conocido por algunos allí y tenía un gran peso de terror. Algunos de los hombres que habían estado en el trabajo de campo al otro lado del Admiral

Benbow recordaban, además, haber visto a varios extraños en el camino y, tomándolos por contrabandistas, se habían ido corriendo; y al menos uno había visto un pequeño lugre en lo que llamábamos Kitt's Hole. De hecho, cualquiera que fuera camarada del capitán era suficiente para asustarlos hasta la muerte. Y el resumen y el resumen del asunto fue que, si bien pudimos conseguir varios que estuvieran lo suficientemente dispuestos a cabalgar hasta la casa del doctor Livesey, que estaba en otra dirección, ninguno nos ayudaría a defender la posada.

Dicen que la cobardía es contagiosa; pero entonces el argumento es, por otro lado, un gran envalentonador; y así, cuando cada uno hubo dicho lo suyo, mi madre les hizo un discurso. Ella declaró que no perdería el dinero que pertenecía a su hijo huérfano. “Si ninguno de los demás se atreve”, dijo, “Jim y yo nos atrevemos. ¡Regresaremos, por donde vinimos, y gracias a ustedes, hombres grandes, corpulentos y cobardes! Tendremos ese cofre abierto, si morimos por él. Y le agradeceré esa bolsa, señora Crossley, para traer nuestro dinero legal.

Por supuesto que dije que iría con mi madre; y por supuesto todos clamaron por nuestra temeridad; pero incluso entonces no es un

el hombre iría con nosotros. Todo lo que hicieron fue darme una pistola cargada, para que no nos atacaran; y prometer tener caballos listos para ensillar, en caso de que fuéramos perseguidos a nuestro regreso; mientras que un muchacho debía cabalgar hacia el médico en busca de ayuda armada.

Mi corazón latía con fuerza cuando los dos partimos en el fría noche sobre esta peligrosa aventura. La luna llena comenzaba a salir y se asomaba rojiza a través de los bordes superiores de la niebla, y esto aumentó nuestra prisa, porque era evidente, antes de que saliéramos de nuevo, que todo sería brillante como el día, y nuestra partida quedaría expuesta a los ojos. de cualquier observador. Nos deslizamos a lo largo de los setos, silenciosos y rápidos, sin ver ni oír nada que aumentara nuestros terrores hasta que, para nuestro gran alivio, la puerta del Admiral Benbow se cerró detrás de nosotros.

Deslicé el cerrojo de inmediato y nos quedamos de pie y jadeamos durante un rato. momento en la oscuridad, solo en la casa con el cuerpo del capitán muerto. Entonces mi madre encendió una vela en la barra y, tomados de la mano, avanzamos hacia la sala. Yacía como lo habíamos dejado, boca arriba, con los ojos abiertos y un brazo extendido.

—Baje la persiana, Jim —susurró mi madre; Podrían venir y mirar afuera. Y ahora —dijo ella, cuando hube terminado—, tenemos que sacar la llave; ¡y quién va a tocarlo, me gustaría saberlo! y ^{eso} soltó una especie de sollozo al decir las palabras.

Caí de rodillas de inmediato. En el suelo cerca de su mano había un pequeño rollo de papel, ennegrecido por un lado. No podía dudar que este era el ; y, tomándolo, encontré ^{en el otro} ~~escrito en~~ otro lado, con letra muy buena y clara, este breve mensaje: “Tienes hasta las diez de la noche”.

—Tenía hasta las diez, madre —dije—. y, tal como lo dije, nuestro viejo reloj comenzó a sonar. Este ruido repentino nos sobresaltó de manera impactante; pero la noticia era buena, pues sólo eran las seis.

“Ahora, Jim”, dijo, “¡esa llave!”

Busqué en sus bolsillos, uno tras otro. Unas moneditas, un dedal, un poco de hilo y agujas grandes, un trozo de tabaco en espiral mordido en la punta, su barranco con el mango torcido, una brújula de bolsillo y un yesquero, era todo lo que contenían, y comencé desesperar.

“Tal vez esté alrededor de su cuello”, sugirió mi madre.

Superando una fuerte repugnancia, le desgarré la camisa por el cuello, y allí, efectivamente, colgando de un cordel alquitranado, que corté con su propia cañada, encontramos la llave. Ante este triunfo, nos llenamos de esperanza y subimos corriendo, sin demora, a la pequeña habitación donde había dormido tanto tiempo y donde había estado su caja desde el día de su llegada.

Era como el baúl de cualquier otro marinero en el exterior, la inicial "B" quemada en la parte superior con un hierro caliente, y las esquinas algo aplastadas y rotas como por un uso prolongado y rudo.

—Dame la llave —dijo mi madre, y aunque la cerradura estaba muy dura, la giró y abrió la tapa en un abrir y cerrar de ojos.

Del interior salía un fuerte olor a tabaco y alquitrán, pero en la parte de arriba no se veía nada más que un traje de muy buena ropa, cuidadosamente cepillado y doblado. Nunca se habían usado, dijo mi madre. Debajo de eso comenzaba la miscelánea: un cuadrante, una lata de hojalata, varias barritas de tabaco, dos pares de pistolas muy hermosas, una pieza de plata en barra, un viejo reloj español, y algunas otras baratijas de poco valor y en su mayoría de fabricación extranjera, un un par de brújulas montadas con latón, y cinco o seis curiosas conchas antillanas. A menudo me he preguntado desde entonces por qué debería haber llevado consigo estas conchas en su vida errante, culpable y acosada.

Mientras tanto, no encontramos nada de valor aparte de la plata y las baratijas, y ninguna de ellas se interpuso en nuestro camino. Debajo había un viejo capote de barco, blanqueado con sal marina en muchos tablones de puerto. Mi madre lo levantó con impaciencia, y allí estaban, ante nosotros, las últimas cosas en el

arcón, un bulto envuelto en hule, que parecían papeles, y una bolsa de lona que, al tocarla, emitía un tintineo de oro.

“Le demostraré a esos bribones que soy una mujer honesta”, dijo mi madre. Tendré mis cuotas y ni un centavo de más. Sostenga el bolso de la señora Crossley. Y ella comenzó a contar la cantidad de la cuenta del capitán de la bolsa del marinero a la que yo tenía en la mano.

Fue un asunto largo y difícil, porque las monedas eran de todas países y tamaños: doblones, luises de oro, guineas, piezas de a ocho y no sé qué más, todo revuelto al azar. Las guineas también eran las más escasas, y sólo con ellas supo mi madre cómo hacerla contar.

Cuando estábamos a mitad de camino, de repente puse mi mano sobre su brazo, porque había oído en el aire helado y silencioso, un sonido que me llevó el corazón a la boca: el golpeteo del bastón del ciego sobre el camino helado. Se acercó más y más, mientras nos sentábamos conteniendo la respiración. Luego golpeó con fuerza en la puerta de la posada, y luego pudimos escuchar el giro de la manija y el traqueteo del cerrojo cuando el desdichado ser intentaba entrar; y luego hubo un largo tiempo de silencio tanto dentro como fuera. Por fin se reanudó el golpeteo y, para nuestro indescriptible gozo y gratitud, volvió a apagarse lentamente hasta que dejó de oírse.

“Madre”, le dije, “toma todo y vámonos”; porque estaba seguro de que la puerta cerrada con cerrojo debió de parecer sospechosa, y traería todo el avispero sobre nuestros oídos; aunque lo agradecido que estaba de haber echado el cerrojo, nadie podía decir quién nunca había conocido a ese terrible ciego.

Pero mi madre, asustada como estaba, no consintió. tomar una fracción más de lo que le correspondía, y se obstinaba en no querer contentarse con menos. Todavía no eran las siete, dijo ella, por mucho tiempo; conocía sus derechos y los tendría; y ella todavía estaba discutiendo conmigo, cuando un

un pequeño silbido sonó muy lejos en la colina. Eso fue suficiente, y más que suficiente, para los dos.

"Tomaré lo que tengo", dijo, poniéndose de pie de un salto.

"Y tomaré esto para cuadrar la cuenta", dije, recogiendo el paquete de hule.

Al momento siguiente, ambos bajábamos a tientes las escaleras, dejando la vela junto al baúl vacío; y al siguiente habíamos abierto la puerta y estábamos en plena retirada. No habíamos comenzado un momento demasiado pronto. La niebla se estaba dispersando rápidamente; la luna ya brillaba con toda claridad en el terreno elevado a ambos lados, y sólo en el fondo exacto del valle y alrededor de la puerta de la taberna colgaba todavía intacto un fino velo que ocultaba los primeros pasos de nuestra huida. Menos de la mitad del camino hacia la aldea, muy poco más allá del pie de la colina, debemos salir a la luz de la luna. Esto no fue todo; porque el sonido de varios pasos corriendo ya llegó a nuestros oídos, y cuando miramos hacia atrás en su dirección, una luz, moviéndose de un lado a otro, y aún avanzando rápidamente, mostró que uno de los recién llegados llevaba una linterna.

—Querida —dijo mi madre de repente—, toma el dinero y sigue corriendo. Me voy a desmayar.

Este era sin duda el final para los dos, pensé. Como yo maldijo la cobardía de los vecinos; ¡Cómo culpé a mi pobre madre por su honestidad y su codicia, por su pasada temeridad y su presente debilidad! Estábamos justo en el puentecito, por suerte, y la ayudé, tambaleándose como estaba, hasta el borde de la orilla, donde, en efecto, soltó un suspiro y se echó sobre mi hombro. No sé cómo encontré la fuerza para hacerlo todo, y me temo que lo hice toscamente, pero logré arrastrarla por la orilla y un poco debajo del arco. No podía moverla más, porque el puente era demasiado bajo para dejarme hacer algo más que arrastrarme por debajo. Así que allí tuvimos que quedarnos, mi madre casi completamente expuesta y ambos al alcance del oído desde la posada.

V EL ÚLTIMO DEL CIEGO

Mi curiosidad, en cierto sentido, era más fuerte que mi miedo; porque no podía quedarme donde estaba, sino que volví sigilosamente a la orilla, desde donde, protegiendo mi cabeza detrás de un arbusto de escoba, podría dominar el camino frente a nuestra puerta. Apenas estuve en posición cuando empezaron a llegar mis enemigos, siete u ocho de ellos, corriendo con fuerza, sus pies golpeando sin tiempo a lo largo del camino, y el hombre de la linterna unos pasos por delante.

Tres hombres corrieron juntos, tomados de la mano; y descubrí, incluso a través de la niebla, que el intermediario de este trío era el mendigo ciego. Al momento siguiente, su voz me mostró que tenía razón.

¡Abajo la puerta! gritó.

“¡Ay, ay, señor!” respondió dos o tres; y se abalanzó sobre el almirante Benbow, seguido del portador de la linterna; y luego pude verlos hacer una pausa y escuchar los discursos pronunciados en un tono más bajo, como si se sorprendieran de encontrar la puerta abierta.

Pero la pausa fue breve, porque el ciego volvió a dar sus órdenes. Su voz sonaba cada vez más alta, como si estuviera ardiendo de entusiasmo y rabia.

"¡Adentro, adentro, adentro!" gritó, y los maldijo por su retraso.

Cuatro o cinco de ellos obedecieron a la vez, quedando dos en el camino con el formidable mendigo. Hubo una pausa, luego un grito de sorpresa y luego una voz que gritaba desde la casa: “¡Bill está muerto!”.

Pero el ciego volvió a maldecirlos por su demora.

Regístrenlo, algunos de ustedes, vagabundos, y el resto de sube y coge el cofre —gritó—.

Podía escuchar sus pies traqueteando en nuestras viejas escaleras, de modo que el la casa debe haber temblado con ella. Inmediatamente después surgieron nuevos sonidos de asombro; la ventana de la habitación del capitán se abrió con un portazo y un tintineo de cristales rotos, y un hombre se asomó a la luz de la luna, con la cabeza y los hombros, y se dirigió al mendigo ciego que estaba en el camino debajo de él.

"¡Banco de iglesia!" -exclamó-, han estado antes que nosotros. Alguien ha girado el cofre hacia arriba y hacia abajo.

"¿Está ahí?" rugió Pew.

"El dinero está ahí".

El ciego maldijo el dinero.

—Me refiero al puño de pedernal —exclamó—.

"No lo vemos aquí, de ninguna manera", respondió el hombre.

"Aquí, tú abajo, ¿está en Bill?" —gritó de nuevo el ciego.

En eso, otro tipo, probablemente el que se había quedado abajo para registrar el cuerpo del capitán, llegó a la puerta de la posada. "Bill ya ha sido reparado", dijo, "no queda nada".

Es esta gente de la posada, es ese chico. ¡Ojalá le hubiera sacado los ojos!". gritó el ciego, Pew. "Estaban aquí hace poco tiempo, tenían la puerta cerrada con cerrojo cuando lo intenté. Dispérsense, muchachos, y encuéntralos.

—Efectivamente, dejaron su resplandor aquí —dijo el tipo desde la ventana.

"¡Dispérsense y encuéntralos! ¡Ahuyentad la casa! reiteró Pew, golpeando con su bastón el camino.

Luego siguió un gran alboroto a través de toda nuestra antigua posada, pies pesados golpeando de un lado a otro, muebles tirados, puertas derribadas, hasta que las mismas rocas resonaron, y los hombres volvieron a salir, uno tras otro, al camino, y declararon que no nos encontraban por ninguna parte. Y justo en ese momento, el mismo silbido que nos había alarmado a mi madre ya mí por el dinero del capitán muerto se volvió a escuchar claramente durante la noche, pero esta vez se repitió dos veces. Pensé que era la trompeta del ciego, por así decirlo,

convocando a su tripulación al asalto; pero ahora descubrí que era una señal desde la ladera hacia la aldea y, por su efecto sobre los bucaneros, una señal para advertirles del peligro que se avecinaba.

“Ahí está Dirk otra vez”, dijo uno. “¡Dos veces! Tendremos que ceder, compañeros.

“¡Budge, merodeador!” gritó Pew. “Dirk fue un tonto y un cobarde desde el principio, no te importaría. Deben estar cerca; no pueden estar lejos; lo tienes en tus manos.

Dispérsense y búsqúenlos, perros. ¡Oh, tiembla mi alma!, exclamó, ¡si tuviera ojos!

Esta apelación pareció producir algún efecto, porque dos de los muchachos comenzaron a mirar aquí y allá entre la madera, pero sin entusiasmo, pensé, y con la mitad de la vista puesta en su propio peligro todo el tiempo, mientras el resto permanecía indeciso en el camino. .

“¡Tienen sus manos en miles, tontos, y cuelgan una pierna! Serías tan rico como reyes si pudieras encontrarlo, y sabes que está aquí, y te quedas ahí parado al acecho. Ninguno de ustedes se atrevió a enfrentar a Bill, y lo hice, ¡un ciego!

¡Y voy a perder mi oportunidad por ti! ¡Seré un pobre mendigo que se arrastra, que busca ron con una esponja, cuando podría estar rodando en un carruaje! Si tuvieras el desplumado de un gorgojo en una galleta, todavía los atraparías”.

“¡Espera, Pew, tenemos los doblones!” se quejó uno.

“Podrían haber escondido la cosa bendita”, dijo otro.

Toma el Georges, Pew, y no te quedes aquí chillando.

Ladrando era la palabra para ello; La ira de Pew se elevó tanto por estas objeciones; hasta que al fin, su pasión tomó completamente la delantera, los golpeó a diestra y siniestra en su ceguera, y su bastón resonó pesadamente en más de uno.

Estos, a su vez, maldecían al ciego sinvergüenza, lo amenazaban en términos horribles y trataban en vano de atrapar el palo y arrebatárselo de las manos.

Esta pelea fue nuestra salvación; porque mientras todavía estaba furioso, otro sonido vino de la cima de la colina en el

lado de la aldea: el paso de los caballos al galope. Casi al mismo tiempo, un disparo de pistola, un destello y un estallido llegaron desde el lado del seto. Y ésa fue claramente la última señal de peligro, porque los bucaneros dieron media vuelta y corrieron, separándose en todas direcciones, uno hacia el mar a lo largo de la cala, otro inclinado a través de la colina, y así sucesivamente, de modo que en medio minuto ni una señal de peligro. ellos permanecieron pero Pew. A él lo habían abandonado, ya sea por puro pánico o por venganza por sus malas palabras y golpes, no lo sé; pero allí se quedó atrás, dando golpecitos arriba y abajo del camino en un frenesí, andando a tientas y llamando a sus camaradas. Finalmente se equivocó de dirección y corrió unos pasos más allá de mí, hacia la aldea, gritando: "Johnny, Black Dog, Dirk", y otros nombres, "no lo harás".

dejad al viejo Pew, compañeros, ¿no al viejo Pew?

Justo en ese momento, el ruido de los caballos superó la elevación, y cuatro o cinco jinetes aparecieron a la vista a la luz de la luna, y descendieron a todo galope por la pendiente.

Ante esto, Pew vio su error, se volvió con un grito y corrió directamente hacia la zanja, en la que rodó. Pero se puso de pie de nuevo en un segundo y corrió otra vez, ahora completamente desconcertado, justo debajo del caballo más cercano que se acercaba.

El jinete trató de salvarlo, pero fue en vano. Pew cayó con un grito que resonó en lo alto de la noche, y los cuatro cascos lo pisotearon y lo despreciaron y pasaron de largo. Cayó de lado, luego se derrumbó suavemente sobre su rostro y no se movió más.

Me puse en pie de un salto y saludé a los jinetes. Estaban llegando, en cualquier caso, horrorizados por el accidente, y pronto vi lo que eran. Uno, siguiendo a los demás, era un muchacho que había ido del caserío a casa del doctor Livesey; el resto eran oficiales de Hacienda, a quienes había conocido en el camino, y con quienes había tenido la inteligencia de regresar de inmediato. Alguna noticia del lugre en Kitt's Hole había llegado al supervisor Dance, y lo puso esa noche en nuestra dirección, ya esa circunstancia mi madre y yo debíamos nuestra salvación de la muerte.

Pew estaba muerto, completamente muerto. En cuanto a mi madre, cuando teníamos la llevó hasta la aldea, un poco de agua fría y sales la devolvieron muy pronto, y no se agravó de su terror, aunque seguía deplorando el saldo del dinero.

Mientras tanto, el supervisor siguió cabalgando, lo más rápido que pudo, hasta Kitt's Hole; pero sus hombres tuvieron que desmontar y andar a tientos por el desfiladero, conduciendo ya veces apoyando a sus caballos, y con el temor continuo de las emboscadas; así que no fue una gran sorpresa que cuando llegaron al Agujero el lugre ya estaba en camino, aunque todavía cerca. Él la llamó. Respondió una voz, diciéndole que se mantuviera alejado de la luz de la luna, o le entraría algo de plomo, y al mismo tiempo una bala silbó cerca de su brazo. Poco después, el lugre dobló la punta y desapareció. El Sr. Dance se quedó allí, como dijo, "como un pez fuera del agua", y todo lo que pudo hacer fue enviar un hombre a B—— para advertir al cúter. "Y eso", dijo él, "es tan bueno como nada. Han salido limpios, y hay un final. Solo que", agregó, "me alegro de haber pisado los callos del maestro Pew"; porque para entonces ya había oído mi historia.

Regresé con él al Admiral Benbow, y no puedes imaginar una casa en tal estado de ruina; el mismo reloj había sido derribado por estos tipos en su furiosa cacería tras mi madre y yo; y aunque en realidad no se habían llevado nada excepto la bolsa de dinero del capitán y un poco de plata de la caja, pude ver de inmediato que estábamos arruinados. Mr. Dance no pudo sacar nada de la escena.

¿Tienen el dinero, dices? Bueno, entonces, Hawkins, ¿qué en fortuna fueron después? ¿Más dinero, supongo?

"No señor; no es dinero, creo", respondí yo. "De hecho, señor, creo Lo tengo en el bolsillo del pecho; y, a decir verdad, me gustaría ponerlo a salvo.

"Por supuesto, muchacho; muy bien", dijo. "Me lo llevo, si quieres".

—Pensé, tal vez, doctor Livesey... —empecé.

“Perfectamente correcto”, interrumpió, muy alegremente, “perfectamente correcto: un caballero y un magistrado. Y, ahora que lo pienso, bien podría dar una vuelta por allí yo mismo e informarle a él o hacer de escudero. Maestro Pew está muerto, cuando todo está hecho; no es que me arrepienta, pero está muerto, ya ves, y la gente se enfrentará a un oficial de Hacienda de Su Majestad, si pueden hacerlo. Ahora, te diré, Hawkins, si quieres, te llevaré”.

Le agradecí de todo corazón la oferta y volvimos andando a el caserío donde estaban los caballos. Cuando le hube dicho a mi madre cuál era mi propósito, todos estaban montados.

—Dogger —dijo Mr. Dance—, tienes un buen caballo; toma a este muchacho detrás de ti.

Tan pronto como estuve montado, agarrado al cinturón de Dogger, el El supervisor dio la orden y el grupo emprendió el camino a la casa del doctor Livesey.

VI

LOS PAPELES DEL CAPITÁN

Cabalgamos duro todo el camino, hasta que nos detuvimos ante la puerta del doctor Livesey. La casa estaba toda oscura al frente.

El Sr. Dance me dijo que saltara y golpeará, y Dogger me dio un estribo para descender. La criada abrió la puerta casi de inmediato.

¿Está el doctor Livesey? Yo pregunté.

"No", dijo ella. Había vuelto a casa por la tarde, pero había subido al Salón para cenar y pasar la velada con el escudero.

"Así que ahí vamos, muchachos", dijo el Sr. Dance.

Esta vez, como la distancia era corta, no monté, sino que corrí con el estribo de cuero de Dogger hasta las puertas del pabellón y subí por la larga avenida desprovista de hojas e iluminada por la luna hasta donde la línea blanca de los edificios del Ayuntamiento miraba a ambos lados sobre grandes viejos jardines. Aquí el Sr. Dance desmontó y, llevándome con él, fue admitido en la casa con una palabra.

El sirviente nos condujo por un pasillo enmarañado y nos mostró al final a una gran biblioteca, toda llena de estanterías y bustos encima de ellas, donde el squire y el doctor Livesey estaban sentados, pipa en mano, a ambos lados de un brillante fuego.

Nunca había visto al escudero tan de cerca. Era un hombre alto, de más de seis pies de alto, y de proporciones anchas, y tenía un rostro fanfarrón, rudo y listo, todo áspero, enrojecido y arrugado en sus largos viajes. Sus cejas eran muy negras y se movían con facilidad, y esto le daba un aspecto de cierto temperamento, no malo, diría usted, pero rápido y elevado.

—Adelante, señor Dance —dijo él, muy majestuoso y condescendiente

“Buenas noches, Dance”, dijo el doctor, asintiendo. “Y buenas noches para ti, amigo Jim. ¿Qué buen viento te trae por aquí?”

El supervisor se paró derecho y rígido, y contó su historia como una lección; y deberías haber visto cómo los dos caballeros se inclinaron hacia adelante y se miraron, y se olvidaron de fumar en su sorpresa e interés. Cuando supieron que mi madre volvía a la posada, el doctor Livesey casi le dio una palmada en el muslo y el escudero gritó “¡Bravo!” y rompió su larga pipa contra la rejilla. Mucho antes de que terminara, el Sr. Trelawney (que, como recordarán, era el nombre del hacendado) se había levantado de su asiento y estaba dando zancadas por la habitación, y el doctor, como para oír mejor, se había quitado la peluca empolvada, y se sentó allí, luciendo muy extraño con su propia nuca negra muy corta.

Por fin el Sr. Dance terminó la historia.

“Señor. Danza, dijo el escudero, eres muy noble.

Y en cuanto a cabalgar sobre ese negro y atroz sinvergüenza, lo considero un acto de virtud, señor, como pisotear una cucaracha. Este muchacho Hawkins es un triunfo, lo percibo. Hawkins, ¿tocará esa campana? El Sr. Dance debe tener algo de cerveza.

“Y entonces, Jim”, dijo el doctor, “usted tiene la cosa que estaban detrás, ¿verdad?”

“Aquí está, señor”, le dije, y le di el paquete de hule.

El médico lo miró por todas partes, como si le picaran los dedos por abrirlo; pero, en vez de hacerlo, lo metió tranquilamente en el bolsillo de su abrigo.

—Squire —dijo—, cuando Dance haya bebido su cerveza, debe, por supuesto, por supuesto, ponte al servicio de Su Majestad; pero tengo la intención de mantener a Jim Hawkins aquí para que duerma en mi casa y, con su permiso, propongo que comamos el pastel frío y lo dejemos cenar.

—Como quieras, Livesey —dijo el hacendado; “Hawkins se ha ganado algo mejor que un pastel frío”.

Así que trajeron un gran pastel de pichón y lo pusieron en una mesa auxiliar, y preparé una cena sustanciosa, porque tenía tanta hambre como un

halcón, mientras que el Sr. Dance recibió más cumplidos y finalmente se despidió.

-Y ahora, escudero -dijo el doctor-.

"Y ahora, Livesey", dijo el hacendado, al mismo tiempo.

"Uno a la vez, uno a la vez", se rió el doctor Livesey.

Supongo que has oído hablar de este Flint.

"¡He oído hablar de él!" exclamó el escudero. "¡He oído hablar de él, dices! Era el bucanero más sanguinario que navegó. Barbanegra era un niño para Flint. Los españoles le tenían tanto miedo que, le digo, señor, a veces me enorgullecía de que fuera inglés. He visto sus gavias con estos ojos, frente a Trinidad, y el cobarde hijo de un ponche de ron con el que navegué retroceder, retroceder, señor, a Puerto España.

"Bueno, yo mismo he oído hablar de él, en Inglaterra", dijo el doctor. "Pero el punto es, ¿tenía dinero?"

"¡Dinero!" exclamó el escudero. "¿Has oído la historia? ¿Qué buscaban estos villanos sino dinero? ¿Qué les importa sino el dinero? ¿Por qué arriesgarían sus cadáveres sinvergüenzas sino por dinero?"

"Eso lo sabremos pronto", respondió el médico. "Pero tu eres tan terriblemente exaltado y exclamatorio que no puedo pronunciar una palabra. Lo que quiero saber es esto: suponiendo que tengo aquí en mi bolsillo alguna pista de dónde Flint enterró su tesoro, ¿será mucho ese tesoro?"

"¡Cantidad, señor!" exclamó el escudero. "Es lo siguiente: si tenemos la pista de la que hablas, armaré un barco en el muelle de Bristol, te llevaré a ti y a Hawkins aquí, y tendré ese tesoro si busco un año".

"Muy bien", dijo el médico. "Ahora, entonces, si Jim está de acuerdo, abriremos el paquete", y lo puso delante de él sobre la mesa.

El paquete fue cosido y el médico tuvo que sacar su estuche de instrumentos y cortar los puntos con sus tijeras médicas. Contenía dos cosas: un libro y un papel sellado.

"Primero probaremos el libro", observó el doctor.

El escudero y yo estábamos mirando por encima de su hombro mientras él La abrí, porque el doctor Livesey me había indicado amablemente que me apartara de la mesa auxiliar, donde había estado comiendo, para disfrutar del deporte de la búsqueda. En la primera página sólo había algunos fragmentos de escritura, como los que un hombre con una pluma en la mano podría hacer por ocio o por práctica. Uno era igual a la marca del tatuaje, "Billy Bones its fancy"; luego estaba el "Sr. W. Bones, amigo", "No más ron", "Off Palm Key lo consiguió", y algunos otros fragmentos, en su mayoría palabras sueltas e ininteligibles. No pude evitar preguntarme quién fue el que "lo consiguió" y qué "eso" fue lo que obtuvo. Un cuchillo en la espalda como si no.

"No hay mucha instrucción allí", dijo el doctor Livesey, mientras pasaba.

Las siguientes diez o doce páginas estaban llenas de una curiosa serie de entradas. Había una fecha en un extremo de la línea y en el otro una suma de dinero, como en los libros de cuentas corrientes; pero en lugar de escritura explicativa, solo un número variable de cruces entre los dos. El 12 de junio de 1745, por ejemplo, se le debía claramente a alguien una suma de setenta libras, y no había más que seis cruces para explicar la causa. En algunos casos, sin duda, se agregaría el nombre de un lugar, como "Offe Caracas"; o una mera entrada de latitud y longitud, como "62° 17' 20", 19° 2' 40"".

El registro duró más de veinte años, la cantidad de las entradas separadas aumentó con el paso del tiempo, y al final se había hecho un gran total, después de cinco o seis sumas incorrectas, y estas palabras añadidas: "Huesos, su pila". ."

"No puedo entender ni pies ni cabeza de esto", dijo el doctor Livesey.

"La cosa está tan clara como el mediodía", exclamó el escudero. "Este es el libro de cuentas del sabueso de corazón negro. Estas cruces representan los nombres de barcos o pueblos que hundieron o saquearon. Las sumas son la parte del sinvergüenza, y donde temía una ambigüedad, ya veis que añadió algo más claro. 'Offe Caracas,' ahora; Verás, aquí había algunos

barco infeliz abordado frente a esa costa. Dios ayude a las pobres almas que tripulaban su coral hace mucho tiempo.

"¡Bien!" dijo el doctor. "Mira lo que es ser un viajero.

¡Bien! Y las cantidades aumentan, ya ves, a medida que ascendía de rango.

Había poco más en el volumen, excepto unas pocas referencias de lugares anotados en las hojas en blanco hacia el final, y una tabla para reducir el dinero francés, inglés y español a un valor común.

"¡Hombre ahorrativo!" gritó el médico. "Él no fue el que fue engañado".

"Y ahora", dijo el escudero, "a la otra".

El papel había sido sellado en varios lugares con un dedal a modo de sello; el mismo dedal, tal vez, que había encontrado en el bolsillo del capitán. El doctor abrió los sellos con gran cuidado, y cayó el mapa de una isla, con latitud y longitud, sondeos, nombres de colinas y bahías y ensenadas, y todos los detalles que se necesitarían para llevar un barco a un fondeadero seguro en sus orillas. Tenía unas nueve millas de largo y cinco de ancho, se podría decir que tenía la forma de un dragón gordo de pie, y tenía dos hermosos puertos sin salida al mar, y una colina en la parte central marcada como "El Catalejo". Hubo varias adiciones de una fecha posterior; pero, sobre todo, tres cruces de tinta roja, dos en la parte norte de la isla, una en el suroeste, y, además de esta última, en la misma tinta roja, y en una letra pequeña y pulcra, muy diferente de la del capitán. caracteres tambaleantes, estas palabras: "Gran cantidad de tesoro aquí".

En el reverso, la misma mano había escrito esto más adelante.
información:

"Árbol alto, hombro de catalejo, con una punta al N. de NNE

"Skeleton Island ESE y por E.

"Diez pies.

“La barra de plata está en el caché norte; puedes encontrarlo por la tendencia del montículo este, diez brazas al sur del peñasco negro con la cara en él.

“Los brazos son fáciles de encontrar, en la colina de arena, N. punta del cabo de entrada norte, dirección E. y un cuarto N.

"JF"

Eso fue todo, pero breve como fue, y, para mí, incomprendible, llenó de alegría al escudero y al doctor Livesey.

“Livesey”, dijo el escudero, “renunciarás a esta miserable práctica de inmediato. Mañana salgo para Bristol. Dentro de tres semanas, ¡tres semanas!, dos semanas, diez días, tendremos el mejor barco, señor, y la mejor tripulación de Inglaterra. Hawkins vendrá como grumete. Serás un grumete famoso, Hawkins. Tú, Livesey, eres el médico de a bordo; soy almirante Nos llevaremos a Redruth, Joyce y Hunter. Tendremos vientos favorables, una travesía rápida y no la menor dificultad para encontrar el lugar, y dinero para comer, para rodar, para jugar al pato y al pato para siempre.

“Trelawney”, dijo el médico, “iré contigo; y me iré fianza por ello, también lo hará Jim, y será un crédito para la empresa. Solo hay un hombre al que le tengo miedo.

“¿Y quien es eso?” exclamó el escudero. “¡Nombre al perro, señor!”

“Tú”, respondió el médico, “porque no puedes morderte la lengua. No somos los únicos hombres que conocen este papel. Estos tipos que atacaron la posada esta noche, espadas audaces y desesperadas, sin duda, y el resto que se quedó a bordo de ese lugre, y más, me atrevo a decir, no muy lejos, todos y cada uno, en las buenas y en las malas, están obligados a conseguir ese dinero. Ninguno de nosotros debe ir solo hasta que lleguemos al mar. Jim y yo permaneceremos juntos mientras tanto; llevarás a Joyce y Hunter cuando cabalgues a Bristol y, desde el principio hasta el final, ninguno de nosotros debe decir ni una palabra de lo que hemos encontrado.

” “
“Live esey, devolvió el sq uir, usted siempre está en lo correcto.
Voy a beas sile ntasthegrav e.

PARTE II

EL COCINERO DEL MAR

VII VOY A BRISTOL

Pasó más tiempo de lo que imaginó el escudero antes de que estuviéramos listos para el mar, y ninguno de nuestros primeros planes, ni siquiera Doctor Livesey's, de mantenerme a su lado, podría llevarse a cabo como pretendíamos. El médico tuvo que ir a Londres por un médico. hacerse cargo de su práctica; el escudero estaba trabajando duro en Brístol; y yo viví en el Salón bajo el cargo de viejo Redruth, el guardabosques, casi un prisionero, pero lleno de sueños marinos y las más encantadoras anticipaciones de extraños islas y aventuras. Medité por la hora juntos sobre el mapa, cuyos detalles recordaba muy bien. Sesión junto al fuego en la habitación del ama de llaves, me acerqué a ese isla, en mi fantasía, desde todas las direcciones posibles; yo exploré cada acre de su superficie; Subí mil veces a eso alto cerro al que llaman el Catalejo, y desde lo alto disfrutaba de la perspectivas más maravillosas y cambiantes. A veces la isla estaba lleno de salvajes, con los que luchamos; a veces lleno de peligrosos animales que nos cazaban; pero en todo mi Me imagino que no se me ocurrió nada tan extraño y trágico como nuestra aventuras reales.

Así pasaron las semanas, hasta que un buen día llegó un carta dirigida al Doctor Livesey, con esta adición, "Para ser abierta en caso de su ausencia, por Tom Redruth o Young Hawkins. Obedeciendo esta orden, encontramos, o más bien encontré— porque el guardabosque no sabía leer nada pero imprima las siguientes noticias importantes:

“ Viejo Ancla Posada, Brístol, marzo —.

“QUERIDA LIVESEY: Como no sé si estás en Hall o todavía en Londres, envío esto por duplicado a

ambos lugares.

“El barco está comprado y equipado. Ella yace anclada, lista para zarpar. Nunca imaginaste una goleta más dulce, un niño podría navegarla, doscientas toneladas; nombre, Hispaniola .

“La conseguí a través de mi viejo amigo, Blandly, quien ha demostrado su valía a través del triunfo más sorprendente. El admirable tipo literalmente se esclavizó en mi interés, y también, puedo decir, todos en Bristol, tan pronto como se enteraron del puerto hacia el que zarpamos... tesoro, quiero decir.

—Redruth —dijo interrumpiendo la carta—, el doctor Livesey no le gustará eso. El escudero ha estado hablando, después de todo.

"Bueno, ¿quién es mejor, verdad?" gruñó el guardabosques. "A Bastante jodido si Squire no va a hablar por el doctor Livesey, creo."

Ante eso, renuncié a todo intento de comentario y seguí leyendo:

“Blandly mismo encontró el y por la ^{Hispanista} ~~Hispanista~~ acción más admirable la consiguió por la más mínima bagatela. Hay una clase de hombres en Bristol monstruosamente predispuestos contra Blandly. Llegan al extremo de declarar que esta criatura honesta haría cualquier cosa por dinero; que el era de él, y que me vendió absurdamente alto, Hispaniola las calumnias más transparentes. Ninguno de ellos se atreve, sin embargo, a negar los méritos del barco.

“Hasta ahora no hubo ningún problema. Los trabajadores, a asegúrese de que los instaladores y todo eso fueran más molestos que lentos, pero el tiempo curó eso. Era la tripulación la que me preocupaba.

“Deseaba una veintena redonda de hombres, en el caso de nativos, bucaneros o los odiosos franceses, y yo

Tuve la preocupación del deuce mismo de encontrar tanto como media docena, hasta que el golpe más notable de la fortuna me trajo al hombre que necesitaba.

“Estaba de pie en el muelle cuando, por pura casualidad, me puse a hablar con él. Descubrí que era un viejo marinero, tenía una taberna, conocía a todos los marineros de Bristol, había perdido la salud en tierra y quería un buen puesto como cocinero para volver a hacerse a la mar. Había bajado cojeando allí esa mañana, dijo, para oler la sal.

“Me conmovió monstruosamente, tú también lo habrías estado, y, por pura lástima, lo contraté en el acto para que fuera el cocinero del barco. Se llama Long John Silver, y ha perdido una pierna; pero eso lo tomé como una recomendación, ya que lo perdió al servicio de su país, bajo el inmortal Hawke. No tiene pensión, Livesey. ¡Imagina la era abominable en la que vivimos!

“Bueno, señor, pensé que solo había encontrado un cocinero, pero fue una tripulación lo que descubrí. Entre Silver y yo reunimos en unos pocos días una compañía de los más duros viejos salteadores imaginables, no bonitos a la vista, pero tipos, a juzgar por sus rostros, del espíritu más indomable. Declaro que podríamos luchar contra una fragata.

“Long John incluso se deshizo de dos de los seis o siete que ya había contratado. Me mostró en un momento que eran justo el tipo de hisopos de agua dulce que teníamos que temer en una aventura de importancia.

“Estoy en la más magnífica salud y espíritu, comiendo como un toro, durmiendo como un árbol, pero no disfrutaré ni un momento hasta que oiga mis viejas lonas pisando fuerte alrededor del cabrestante. ¡Hacia el mar! ¡Cuelga el tesoro! Es la gloria del mar que tiene

giré la cabeza. Así que ahora, Livesey, ven a publicar; no pierdas ni una hora, si me respetas.

“Que el joven Hawkins vaya inmediatamente a ver a su madre, con Redruth como guardia, y luego ambos vengan a toda velocidad a Bristol.

“JOHN TRELAWNEY.

PD: no le dije que Blandly, que, dicho sea de paso, enviará una consorte tras nosotros si no volvemos a finales de agosto, había encontrado un compañero admirable para capitán de vela, un hombre rígido. , que lamento, pero, en todos los demás aspectos, un tesoro. Long John Silver descubrió a un hombre muy competente como compañero, un hombre llamado Arrow. Tengo un contramaestre que toca la flauta, Livesey; así las cosas irán a la manera de un buque de guerra a bordo del buen Hispaniola .

barco. “Olvidé decirles que Silver es un hombre de sustancia; Sé por mi propio conocimiento que tiene una cuenta bancaria, que nunca ha estado en descubierto. Deja a su esposa a cargo de la posada; y como ella es una mujer de color, un par de viejos solteros como usted y yo podemos disculparnos por adivinar que es la esposa, tanto como la salud, lo que lo hace volver a vagabundear.

“JT

“PPS: Hawkins puede quedarse una noche con su madre.

"JT"

Puedes imaginarte la emoción en la que me puso esa carta. Estaba medio fuera de mí de alegría, y si alguna vez desprecié a un hombre, fue al viejo Tom Redruth, que no podía hacer otra cosa que quejarse y lamentarse. Cualquiera de los guardabosques auxiliares

gustosamente he cambiado de lugar con él; pero tal no era el gusto del escudero, y el gusto del escudero era como ley entre todos ellos. Nadie excepto el viejo Redruth se habría atrevido a protestar.

A la mañana siguiente, él y yo salimos a pie hacia el Almirante. Benbow, y allí encontré a mi madre con buena salud y ánimo. El capitán, que tanto tiempo había sido causa de tanto malestar, se había ido donde los malvados cesan de molestar. El hacendado lo había arreglado todo, repintado los salones y el letrero, y añadido algunos muebles, sobre todo un hermoso sillón para mamá en el bar. También le había encontrado un muchacho como aprendiz, para que no necesitara ayuda mientras yo no estaba.

Fue al ver a ese chico que comprendí, por primera vez, mi situación. Había pensado hasta ese momento en las aventuras que tenía por delante, para nada en el hogar que dejaba; y ahora, al ver a este forastero torpe, que iba a quedarse aquí en mi lugar al lado de mi madre, tuve mi primer ataque de lágrimas. Me temo que llevé a ese chico una vida de perro; porque como él era nuevo en el trabajo, tuve cien oportunidades de corregirlo y humillarlo, y no tardé en aprovecharlas.

Pasó la noche y al día siguiente, después de la cena, Redruth y yo estaba de nuevo a pie y en el camino. Me despedí de mi madre y de la casa donde había vivido desde que nací, y del querido y viejo almirante Benbow, que desde que lo repintaron ya no es tan querido. Uno de mis últimos pensamientos fue para el capitán, que tantas veces había paseado por la playa con su tricornio, su mejilla cortada por el sable y su viejo catalejo de latón. Al momento siguiente habíamos doblado la esquina y mi casa estaba fuera de la vista.

El correo nos recogió al anochecer en el Royal George en el brezal. Estaba encajado entre Redruth y un anciano corpulento, y a pesar del rápido movimiento y el aire frío de la noche, debí haber dormido mucho desde el principio, y luego dormí como un tronco colina arriba y valle abajo, a través de

etapa tras etapa; porque cuando por fin me desperté, fue por un puñetazo en las costillas, y abrí los ojos para descubrir que estábamos parados frente a un gran edificio en una calle de la ciudad, y que el día ya había despuntado hacía mucho tiempo.

"¿Dónde estamos?" Yo pregunté.

—Bristol —dijo Tom. "Bajar."

El señor Trelawney se había instalado en una posada en los muelles para supervisar el trabajo de la goleta.

Hacia allí teníamos que caminar ahora, y nuestro camino, para mi gran deleite, discurría a lo largo de los muelles y al lado de la gran multitud de barcos de todos los tamaños, aparejos y naciones. En uno, los marineros cantaban en su trabajo; en otro, había hombres en lo alto, muy por encima de mi cabeza, colgando de hilos que no parecían más gruesos que los de una araña. Aunque había vivido en la orilla toda mi vida, parecía que nunca había estado cerca del mar hasta entonces. El olor a alquitrán y sal era algo nuevo. Vi los más maravillosos mascarones de proa, que habían estado todos muy lejos en el océano. Vi, además, a muchos viejos marineros, con aretes en las orejas, y patillas rizadas en tirabuzones, y coletas alquitranadas, y su andar fanfarrón y torpe; y si hubiera visto tantos reyes o arzobispos no podría haber estado más feliz.

Y yo mismo me iba a hacer a la mar; al mar en una goleta, con un contramaestre aflautado y marineros cantores con trenzas; al mar, con destino a una isla desconocida, y en busca de un tesoro enterrado.

Mientras aún estaba en este delicioso sueño, llegamos repentinamente frente a una gran posada y nos encontramos con Squire Trelawney, todo vestido como un oficial de mar, con una gruesa tela azul, saliendo por la puerta con una sonrisa en su rostro, y una imitación capital del andar de un marinero.

"¡Aquí estás!" gritó; "y el doctor vino anoche de Londres ¡Bravo! La tripulación del barco está completa.

"Oh, señor", exclamé, "¿cuándo zarpamos?"

"¡Navegar!" Dice el. "Navegamos mañana".

viii

A LA SEÑAL DEL ESPECIAL

Cuando terminé de desayunar, el hacendado me dio una nota dirigida a John Silver, en el letrero del Catalejo, y me dijo que encontraría fácilmente el lugar siguiendo la línea de los muelles y estando atento a una pequeña taberna con un gran telescopio de latón como letrero. Partí, rebosante de alegría por esta oportunidad de ver más barcos y marineros, y me abrí paso entre una gran multitud de personas, carretas y balas, porque el muelle estaba ahora en su apogeo, hasta que encontré la taberna en cuestión.

Era un pequeño lugar de entretenimiento bastante brillante. El cartel estaba recién pintado; las ventanas tenían pulcras cortinas rojas; el suelo estaba limpiamente lijado. Había una calle a cada lado y una puerta abierta en ambos, lo que hacía que la habitación grande y baja fuera bastante clara para ver, a pesar de las nubes de humo de tabaco.

Los clientes eran en su mayoría marineros, y hablaban tan alto que me quedé colgado en la puerta, casi con miedo de entrar.

Mientras esperaba, un hombre salió de una habitación lateral, y de un vistazo estuve seguro de que debía ser Long John. Su pierna izquierda estaba cortada cerca de la cadera, y debajo del hombro izquierdo llevaba una muleta, que manejaba con maravillosa destreza, saltando sobre ella como un pájaro. Era muy alto y fuerte, con una cara tan grande como un jamón, sencillo y pálido, pero inteligente y sonriente. De hecho, parecía de muy buen humor, silbando mientras se movía entre las mesas, con una palabra alegre o una palmada en el hombro para los más favorecidos de sus invitados.

Ahora, para decirle la verdad, desde la primera mención de Long John en la carta de Squire Trelawney, había tenido miedo en mi mente de que pudiera resultar ser el mismo marinero cojo a quien había observado durante tanto tiempo en el Benbow viejo.

Pero una mirada al hombre que tenía delante fue suficiente. Había visto al capitán, a Black Dog y al ciego Pew, y pensé que sabía cómo era un bucanero, una criatura muy diferente, según yo, de este patrón limpio y de temperamento agradable.

Me armé de valor de inmediato, crucé el umbral y me acerqué al hombre que estaba parado, apoyado en su muleta, hablando con un cliente.

"Señor. ¿Plata, señor? Pregunté, extendiendo la nota.

-Sí, muchacho -dijo-; "tal es mi nombre, para estar seguro. ¿Y quién puedes ser tú? Y cuando vio la carta del escudero me pareció que dio algo casi como un sobresalto.

"¡Oh!" dijo él, en voz muy alta, y ofreciendo su mano, "Ya veo. Eres nuestro nuevo grumete; Me alegro de verte.

Y él tomó mi mano en su agarre grande y firme.

En ese momento, uno de los clientes del otro lado se levantó de repente y se dirigió a la puerta. Estaba cerca de él, y estaba en la calle en un momento. Pero su prisa me había llamado la atención y lo reconocí de un vistazo. Era el hombre de cara sebácea, al que le faltaban dos dedos, el que había llegado primero al Admiral Benbow.

"Oh", grité, "¡detenlo! ¡Es Perro Negro!

-Me importa un bledo quién sea -exclamó Silver-, pero él no ha pagado su cuenta. Harry, corre y atrápalo.

Uno de los otros que estaba más cerca de la puerta saltó y comenzó a perseguirlos.

"Si fuera el almirante Hawke, pagará su cuenta", exclamó Silver; y luego, soltando mi mano, "¿Quién dijiste que era?" preguntó. "¿Negro qué?"

—Perro, señor —dije—. ¿No le ha hablado el señor Trelawney de la bucaneros? El era uno de ellos."

"¿Entonces?" gritó Plata. "¡En mi casa! Ben, corre y ayuda a Harry. Uno de esos hisopos, ¿verdad? ¿Eras tú bebiendo con él, Morgan? Sube aquí.

El hombre al que llamaba Morgan, un viejo marinero de pelo gris y rostro color caoba, se adelantó con bastante timidez, haciendo rodar su libra.

"Ahora, Morgan", dijo Long John, muy severamente, "nunca has mirado con aplausos a ese Black-Black Dog antes, ¿verdad?"

—Yo no, señor —dijo Morgan con un saludo—.

"No sabías su nombre, ¿verdad?"

"No señor."

"¡Por todos los poderes, Tom Morgan, es tan bueno para ti!" exclamó el propietario. "Si te hubieras mezclado con algo así, nunca habrías puesto un pie en mi casa, puedes reconocerlo. ¿Y qué te estaba diciendo?"

—No lo sé bien, señor —respondió Morgan.

"¿Llamas a eso una cabeza sobre tus hombros, o un bendito ojo muerto?" —exclamó John el Largo. No lo sé bien, ¿verdad?

¿Quizás no sepas correctamente con quién estabas hablando, tal vez? Vamos, ahora, ¿qué estaba diciendo: viajes, capitanes, barcos? ¡Empezar a hablar! ¿Qué era?"

"Estábamos hablando de quilla", respondió Morgan.

"Keelhauling, ¿verdad? y una cosa poderosamente adecuada, también, y puedes confiar en eso. Vuelve a tu casa por un lubber, Tom.

Y luego, mientras Morgan se reclinaba en su asiento, Silver me agregó, en un susurro confidencial, eso fue muy halagador, mientras pensaba: "Es un hombre

bastante honesto, Tom Morgan, solo que estúpido. Y ahora —continuó de nuevo, en voz alta—, veamos: ¿Perro Negro? No, no sé el nombre, no yo. Sin embargo, creo que he... sí, he visto el hisopo. Solía venir aquí con un mendigo ciego, solía.

—Eso lo hizo, puede estar seguro —dije—. Yo también conocía a ese ciego. Su nombre era Pew”.

"¡Fue!" gritó Silver, ahora bastante emocionado. "¡Banco de iglesia! Ese era su nombre seguro. ¡Ah, parecía un tiburón, lo hizo! ¡Si acabamos con este Perro Negro ahora, habrá noticias para Cap'n Trelawney! Ben es un buen corredor; pocos marineros corren mejor que Ben. ¡Debería atropellarlo, mano a mano, por los poderes! Habló de quillas, ¿verdad?

Enfermo ¡Quítale la quilla!

Mientras pronunciaba estas frases, se paseaba de un lado a otro de la taberna con su muleta, golpeaba las mesas con la mano y daba tal muestra de entusiasmo que habría convencido a un juez de Old Bailey o a un corredor de Bow Street. Mis sospechas se habían despertado por completo al encontrar a Perro Negro en el Catalejo, y observé al cocinero con atención. Pero él era demasiado profundo, demasiado listo y demasiado inteligente para mí, y cuando los dos hombres regresaron sin aliento y confesaron que se habían perdido el rastro en una multitud y habían sido regañados como ladrones, yo lo haría. han salido bajo fianza por la inocencia de Long John Silver.

"Mira aquí, ahora, Hawkins", dijo, "aquí hay un bendito duro cosa en un hombre como yo, ahora, ¿no es así? Ahí está el capitán Trelawney, ¿qué va a pensar? ¡Aquí tengo a este maldito hijo de holandés sentado en mi propia casa, bebiendo de mi propio ron! Aquí vienes y me lo dices claro; ¡y he aquí que le dejo que nos deslice a todos ante mis benditas velas muertas!

Ahora, Hawkins, hazme justicia con el capitán. Eres un muchacho, lo eres, pero eres tan inteligente como la pintura. Veo eso cuando entraste por primera vez. Ahora, aquí está: ¿Qué podría hacer yo, con esta vieja madera sobre la que cojeo? Cuando yo era un maestro marinero AB, me habría acercado a él, mano sobre mano, y lo habría abordado en un par de viejos batidos, lo haría; y ahora-

Y luego, de repente, se detuvo y se quedó boquiabierto como si hubiera recordado algo.

"¡El marcador!" estalló. ¡Tres va de ron! ¡Vaya, tiemblen mis maderas, si no hubiera olvidado mi puntuación!

Y, cayendo en un banco, se rió hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas. No pude evitar unirme, y nos reímos juntos, repique tras repique, hasta que la taberna volvió a sonar.

"¡Vaya, qué precioso y viejo becerro de mar soy!" dijo, por fin, limpiándose las mejillas. "Tú y yo deberíamos llevarnos bien, Hawkins, porque me quedo con mi davy. Debería ser clasificado como grumete. Pero, ven, ahora, prepárate para andar. Esto no funcionará. Dooty es dooty, messmates. Me pondré mi viejo sombrero de tres picos y te acompañaré hasta el capitán Trelawney e informaré sobre este asunto. Porque, fíjate, es serio, joven Hawkins; y ni usted ni yo salimos de esto con lo que me atrevería a llamar crédito. Ni tú tampoco, dices tú; no inteligente, ninguno de los dos inteligente. ¡Pero aprieta mis botones! eso fue bueno para mi puntaje".

Y se echó a reír de nuevo, y con tanta fuerza que, aunque no entendí la broma como él, me vi obligado a unirme a él en su alegría.

En nuestro pequeño paseo por los muelles se convirtió en el compañero más interesante, contándome sobre los diferentes barcos por los que pasábamos, su aparejo, tonelaje y nacionalidad, explicando el trabajo que se estaba realizando, cómo uno descargaba, otro tomaba carga, y un tercero preparándose para el mar; y de vez en cuando me contaba alguna anécdota de barcos o de marineros, o me repetía alguna frase náutica hasta que me la aprendía perfectamente. Empecé a ver que aquí estaba uno de los mejores compañeros de barco posibles.

Cuando llegamos a la posada, el squire y el doctor Livesey estaban sentados juntos, terminando un litro de cerveza con un brindis, antes de subir a bordo de la goleta en una visita de inspección.

Long John contó la historia de principio a fin, con mucho del espíritu y de la verdad más perfecta. "Así fueron las cosas, ahora, ¿no es así, Hawkins?" decía, de vez en cuando, y yo siempre podía soportarlo por completo.

Los dos caballeros lamentaron que Black Dog se hubiera escapado, pero todos estuvimos de acuerdo en que no había nada que hacer, y

después de haber sido felicitado, Long John tomó su muleta y se fue.

“¡Toda la tripulación a bordo a las cuatro de esta tarde!” gritó el escudero tras él.

-Ay, ay, señor -exclamó el cocinero en el pasillo-.

"Bueno, escudero", dijo el doctor Livesey, "no tengo mucha fe en sus descubrimientos, en general, pero diré esto: John Silver me conviene.

"Ese hombre es un triunfo perfecto", declaró el escudero.

"Y ahora", agregó el médico, "Jim puede venir a bordo con nosotros, ¿no es así?"

"Para estar seguro de que puede", dijo el escudero. "Toma tu sombrero, Hawkins, y veremos el barco".

IX POLVO Y ARMAS

Se enfilaba a cierta distancia, y pasamos por debajo de los mascarones de proa y alrededor de las popas de muchos otros barcos, y sus cables a veces rozaban debajo de nuestra quilla y otras veces se balanceaban sobre nosotros. Por fin, sin embargo, nos pusimos al costado y fuimos recibidos y saludados cuando subimos a bordo por el piloto, el Sr. Arrow, un viejo marinero moreno, con aretes en las orejas y bizcos. Él y el hacendado eran muy gruesos y amistosos, pero pronto observé que las cosas no eran iguales entre el señor Trelawney y el capitán.

Este último era un hombre de aspecto agudo, que parecía enfadado con todo lo que había a bordo, y no tardó en decirnos por qué, pues apenas habíamos bajado a la cabina cuando un marinero nos siguió.

"Capitán Smollett, señor, deseo hablar con usted", dijo.

"Siempre estoy a las órdenes del capitán. Hágale pasar", dijo el escudero.

El capitán, que estaba muy cerca de su mensajero, entró inmediatamente, y cerró la puerta detrás de él.

"Bueno, Capitán Smollett, ¿qué tiene que decir? Todo bien, yo
esperanza; ¿Todo en condiciones y en condiciones de navegar?"

—Bueno, señor —dijo el capitán—, creo que es mejor hablar claro, a riesgo de ofender. No me gusta este crucero; No me gustan los hombres; y no me gusta mi oficial. Eso es corto y dulce".

"Tal vez, señor, ¿no le gusta el barco?" preguntó el escudero, muy enojado, como pude ver.

"No puedo hablar de eso, señor, no haberla visto intentarlo", dijo el capitán. "Parece un oficio inteligente; más no puedo decir."

"Posiblemente, señor, ¿a usted tampoco le gustará su empleador?"
dijo el escudero.

Pero aquí intervino el doctor Livesey.

"Quédate un poco", dijo él, "quédate un poco. No uso de tales preguntas como eso sino para producir malos sentimientos. El capitán ha dicho demasiado o ha dicho demasiado poco, y debo decir que necesito una explicación de sus palabras. Dices que no te gusta este crucero. ¿Ahora por qué?"

"Me comprometí, señor, en lo que llamamos órdenes selladas, para navegar este barco para ese caballero donde me debería ordenar", dijo el capitán. "Hasta ahora, todo bien. Pero ahora descubro que todos los hombres ante el mástil saben más que yo. No lo llamo justo, ¿verdad?"

"No", dijo el doctor Livesey, "no lo sé".

"A continuación", dijo el capitán, "me enteré de que vamos tras un tesoro; escúchalo de mis propias manos, eso sí. Ahora, el tesoro es un trabajo delicado; No me gustan los viajes del tesoro bajo ningún concepto; y no me gustan, sobre todo, cuando son secretos, y cuando (disculpe, señor Trelawney) se le ha contado el secreto al loro.

"¿El loro de plata?" preguntó el escudero.

"Es una forma de hablar", dijo el capitán. Hablando, quiero decir. Creo que ninguno de ustedes, caballeros, sabe lo que está haciendo; pero te diré mi forma de hacerlo: vida o muerte, y una carrera reñida.

"Todo eso está claro y, me atrevo a decir, bastante cierto", respondió el doctor Livesey. "Nos arriesgamos, pero no somos tan ignorantes como nos crees. A continuación, dices que no te gusta la tripulación. ¿No son buenos marineros?"

"No me gustan, señor", respondió el capitán Smollett. "Y creo que debería haber tenido la elección de mis propias manos, si vas a eso".

"Tal vez deberías", respondió el médico. Quizá mi amigo debería haberte llevado con él; pero el desaire, si es que lo hubo, no fue intencional. ¿Y no te gusta el Sr. Arrow?"

“Yo no, señor. Creo que es un buen marinero, pero es demasiado libre. con la tripulación para ser un buen oficial. Un oficial debe guardarse para sí mismo, no debe beber con los hombres delante del mástil.

"¿Quieres decir que bebe?" exclamó el escudero.

“No, señor”, respondió el capitán; “solo que él es demasiado familiar”.

"Bueno, ahora, ¿y a corto y largo plazo, capitán?" preguntó el medico Dinos lo que quieres.

"Bueno, caballeros, ¿están decididos a ir en este crucero?"

“Como el hierro”, respondió el escudero.

“Muy bien”, dijo el capitán. “Entonces, como me has oído con mucha paciencia, diciendo cosas que no pude probar, escúchame unas palabras más. Están poniendo la pólvora y los brazos en la bodega. Ahora, tienes un buen lugar debajo de la cabina; ¿por qué no ponerlos ahí?—primer punto. Entonces traes a cuatro de los tuyos contigo, y me dicen que algunos de ellos se atracarán en la proa. ¿Por qué no darles las literas aquí al lado de la cabina? Segundo punto.

"¿Ya no?" preguntó el Sr. Trelawney.

“Uno más”, dijo el capitán. “Ha habido demasiado ya parlotando.

“Demasiado”, estuvo de acuerdo el médico.

“Le diré lo que yo mismo he oído,” continuó el Capitán Smollett; “que tienes un mapa de una isla; que hay cruces en el mapa para mostrar dónde está el tesoro; y que la isla está... Y luego dijo exactamente la latitud y la longitud.

“Nunca dije eso”, exclamó el escudero, “a un alma”.

—Los tripulantes lo saben, señor —respondió el capitán.

“Livesey, debe haber sido usted o Hawkins”, gritó el hacendado.

“No importa mucho quién haya sido”, respondió el médico.

Y pude ver que ni él ni el capitán prestaron mucha atención a las protestas del Sr. Trelawney. Yo tampoco, desde luego, era un hablador tan suelto; sin embargo, en este caso creo que él

Tenía toda la razón, y que nadie le había contado la situación de la isla.

“Bueno, caballeros”, continuó el capitán, “no sé quién tiene este mapa, pero insisto en que se mantendrá en secreto incluso para mí y para el Sr. Arrow. De lo contrario, le pediría que me dejara renunciar”.

“Ya veo”, dijo el doctor. Quiere que mantengamos este asunto en secreto y que hagamos una guarnición en la parte de popa del barco, tripulada por la propia gente de mi amigo, y provista de todas las armas y pólvora a bordo. En otras palabras, temes un motín”.

“Señor”, dijo el Capitán Smollett, “sin intención de ofenderme, niego su derecho a poner palabras en mi boca. Ningún capitán, señor, tendría justificación para hacerse a la mar si tuviera motivos suficientes para decir eso. En cuanto al Sr. Arrow, lo creo completamente honesto; algunos de los hombres son iguales; Todo puede ser por lo que sé. Pero soy responsable de la seguridad del barco y de la vida de todos los hombres que están a bordo. Veo que las cosas van, según creo, no del todo bien; y le pido que tome ciertas precauciones, o me deje renunciar a mi litera. Y eso es todo.”

—Capitán Smollett —empezó a decir el médico con una sonrisa—, ¿ha oído alguna vez la fábula de la montaña y el ratón?
Me disculpará, me atrevo a decir, pero me recuerda esa fábula.
Cuando entraste aquí, me juego la peluca, querías decir más que esto.

“Doctor”, dijo el capitán, “usted es inteligente. cuando entré aquí quise darme de alta. No pensé que el Sr. Trelawney escucharía una palabra”.

-Yo no más -exclamó el escudero-. “Si Livesey no hubiera sido aquí debería haberte visto a la deuce. Así las cosas, te he oído. Haré lo que desees, pero pienso lo peor de ti.

—Así lo desee, señor —dijo el capitán. Verás que cumplo con mi deber.

Y con eso se despidió.

“Trelawney”, dijo el médico, “contrariamente a todas mis nociones, creo que ha logrado que dos hombres honestos se unan a usted: ese hombre y John Silver”.

—Plata, si quieres —gritó el escudero—, pero en cuanto a esa patraña intolerable, declaro que creo que su conducta es poco masculina, poco marinera y francamente antiinglesa.

“Bueno”, dijo el doctor, “ya veremos”.

Cuando subimos a cubierta, los hombres ya habían comenzado a sacar las armas y la pólvora, haciendo su trabajo, mientras el capitán y el Sr. Arrow estaban allí para supervisar.

El nuevo arreglo fue bastante de mi agrado. Toda la goleta había sido revisada; Se habían hecho seis literas a popa, en lo que había sido la parte de popa de la bodega principal, y este conjunto de camarotes solo estaba unido a la cocina y al castillo de proa por un pasaje con vigas en el lado de babor. Originalmente se había querido decir que el capitán, el Sr. Arrow, Hunter, Joyce, el médico y el escudero iban a ocupar estas seis literas.

Ahora Redruth y yo íbamos a conseguir dos de ellos, y el Sr. Arrow y el capitán dormirían en la cubierta en el camarote, que había sido ampliado en cada lado hasta que casi se podría haber llamado una casa circular. Todavía estaba muy bajo, por supuesto, pero había espacio para balancear dos hamacas, e incluso el primer oficial parecía complacido con el arreglo. Incluso él, tal vez, había tenido dudas en cuanto a la tripulación, pero eso es solo una suposición, ya que, como escuchará, no tuvimos mucho tiempo el beneficio de su opinión.

Estábamos todos trabajando duro para cambiar la pólvora y las literas, cuando el último o los dos últimos hombres, y Long John junto con ellos, zarparon en un bote de tierra.

El cocinero subió por el costado como un mono por la astucia y, tan pronto como vio lo que estaba haciendo, “¡Así que, amigos!” dijo él, “¡qué es esto!”

“Estamos cambiando la pólvora, Jack”, responde uno.

“Por los poderes”, exclam Long John, “si lo hacemos, vamos a perder la marea de la mañana!”

"¡Mis ordenes!" dijo el capitán, brevemente. "Puedes ir abajo, mi hombre. Las manos querrán cenar.

-Ay, ay, señor -respondió la cocinera-; y, tocándose la frente, desapareció de inmediato en dirección a su galera.

"Ese es un buen hombre, capitán," dijo el doctor.

"Muy probablemente, señor", respondió el capitán Smollett. "Tranquilos con eso, hombres, tranquilos", continuó, dirigiéndose a los tipos que estaban moviendo la pólvora; y luego, de repente, observándome examinando el eslabón giratorio que llevábamos en medio del barco, un largo nueve de bronce: "¡Aquí, grumete", gritó, "fuera de eso! Vete a la cocina y consigue algo de trabajo.

Y luego, mientras me alejaba a toda prisa, lo oí decir, en voz muy alta, al médico: "No

tendré favoritos en mi barco".

Le aseguro que yo era bastante del modo de pensar del hacendado y odiaba profundamente al capitán.

X EL VIAJE

Toda esa noche estuvimos en un gran ajetreo colocando las cosas en su lugar, y botes llenos de amigos del escudero, el Sr. Blandly y demás, que venían a desearle un buen viaje y un feliz regreso. Nunca pasamos una noche en el Admiral Benbow cuando yo tenía la mitad del trabajo; y estaba cansado como un perro cuando, un poco antes del amanecer, el contramaestre hizo sonar su flauta y la tripulación comenzó a manejar las barras del cabrestante. Podría haber estado el doble de cansado, pero no habría dejado la cubierta, todo era tan nuevo e interesante para mí: las órdenes breves, las notas estridentes del silbato, los hombres que se apresuraban a ocupar sus lugares bajo la luz tenue de las linternas del barco. .

“Ahora, Barbacoa, danos una propina”, gritó una voz.

“El viejo”, gritó otro.

"Ay, ay, compañeros", dijo Long John, que estaba de pie, con su muleta bajo su brazo, y de inmediato estalló en el aire y las palabras que conocía tan bien:

“Quince hombres en el cofre del hombre muerto”—

Y luego toda la tripulación cantó a coro:

"¡Yo ho ho y una botella de ron!"

Y al tercer "¡jo!" condujo los barrotes ante ellos con voluntad.

Incluso en ese emocionante momento me llevó de vuelta al viejo Admiral Benbow en un segundo, y me pareció escuchar la voz del capitán en el coro. Pero pronto el ancla estuvo corta; pronto colgaba goteando de la proa; pronto el

las velas comenzaron a izarse, y la tierra y los barcos pasaron volando a ambos lados, y antes de que pudiera acostarme para arrebatarme una hora de sueño, el espacio había comenzado su viaje a la Isla del Tesoro.

No voy a relatar el viaje en detalle. fue bastante próspero. El barco resultó ser un buen barco, la tripulación estaba formada por marineros capaces y el capitán comprendía perfectamente su negocio. Pero antes de que llegáramos a lo largo de Treasure Island, habían sucedido dos o tres cosas que requieren ser conocidas.

Mr. Arrow, en primer lugar, resultó incluso peor de lo que el capitán había temido. No tenía mando entre los hombres, y la gente hacía lo que quería con él. Pero eso no fue de ninguna manera lo peor de todo; porque después de un día o dos en el mar, comenzó a aparecer en cubierta con los ojos nublados, las mejillas rojas, la lengua tartamudeante y otras señales de embriaguez. Una y otra vez se le ordenó abajo en desgracia. A veces se caía y se cortaba; a veces yacía todo el día en su pequeña litera al lado del compañero; a veces, durante un día o dos, estaba casi sobrio y se ocupaba de su trabajo al menos de manera aceptable.

Mientras tanto, nunca pudimos saber dónde consiguió la bebida. Ese era el misterio del barco. Obsérvalo como quisiéramos, no pudimos hacer nada para resolverlo, y cuando le preguntamos a la cara, solo se reiría, si estaba borracho, y si estaba sobrio, negaría solemnemente que alguna vez probó algo más que agua.

No sólo era un inútil como oficial y una mala influencia entre los hombres, pero era evidente que a este ritmo pronto debía suicidarse en el acto, por lo que nadie se sorprendió mucho, ni se arrepintió mucho, cuando una noche oscura, con un mar de cabeza, desapareció por completo y no se lo volvió a ver más.

"¡Al agua!" dijo el capitán. "Bueno, caballeros, eso ahorra la molestia de encadenarlo".

Pero ahí estábamos, sin pareja, y era necesario, por supuesto, para adelantar a uno de los hombres. El contramaestre, Job

Anderson, era el hombre más probable a bordo, y aunque mantuvo su antiguo título, sirvió en cierto modo como oficial. El Sr. Trelawney había seguido el mar, y su conocimiento lo hizo muy útil, ya que a menudo él mismo hacía guardia cuando hacía buen tiempo. Y el timonel, Israel Hands, era un marinero cuidadoso, astuto, viejo y experimentado, en quien se podía confiar casi cualquier cosa.

Era un gran confidente de Long John Silver, por lo que la mención de su nombre me lleva a hablar del cocinero de nuestro barco, Barbacoa, como lo llamaban los hombres.

A bordo del barco llevaba su muleta por un cordón alrededor de su cuello, para tener ambas manos lo más libres posible. Daba algo verlo encajar el pie de la muleta contra un mamparo y, apoyado en él, cediendo a todos los movimientos del barco, seguir cocinando como quien está a salvo en tierra. Todavía más extraño fue verlo cruzar la cubierta con el clima más pesado. Tenía una cuerda o dos preparadas para ayudarlo a cruzar los espacios más amplios (los aretes de Long John, se llamaban) y se transportaba de un lugar a otro, ahora usando la muleta, ahora arrastrándola junto con el cordón, tan rápidamente como otro hombre podría caminar. Sin embargo, algunos de los hombres que habían navegado con él antes expresaron su lástima al verlo tan reducido.

-No es un hombre corriente, Barbacoa -dijo el timonel a mí. "Tuvo una buena educación en su juventud, y puede hablar como un libro cuando así lo desea; y valiente: ¡un león no es nada al lado de Long John! Lo vi agarrar a cuatro y chocar sus cabezas, él desarmado".

Toda la tripulación lo respetó e incluso lo obedeció. Tenía una forma de hablar con cada uno y prestarles a todos algún servicio particular. Fue incansablemente amable conmigo y siempre se alegraba de verme en la cocina, que mantenía tan limpia como un alfiler nuevo; los platos colgados bruñidos y su loro en una jaula en un rincón.

"Vamos, Hawkins", decía; "ven y tómate un hilo con John. Nadie más bienvenido que tú mismo, mi

hijo. Siéntate y escucha las noticias. Aquí está el Capitán Flint. Yo llamo a mi loro Capitán Flint, por el famoso bucanero. Aquí está el Capitán Flint prediciendo el éxito de nuestro viaje. ¿No es así, capitán?

Y el loro decía, con gran rapidez: “¡Piezas de a ocho! ¡piezas de ocho! ¡piezas de ocho!” hasta que te preguntaste si no estaba sin aliento o hasta que John arrojó su pañuelo sobre la jaula.

“Ahora, ese pájaro”, decía, “tiene, puede tener, doscientos años, Hawkins, viven para siempre en su mayoría, y si alguien ha visto más maldad debe ser el mismo diablo. Ha navegado con Inglaterra, el gran capitán Inglaterra, el pirata. Ha estado en Madagascar, en Malabar, en Surinam, en Providence y en Portobello. Ella estaba en la pesca de los barcos de placas naufragados. Fue allí donde aprendió 'Piezas de ocho', y no es de extrañar; ¡Trescientos cincuenta mil de ellos, Hawkins! Estaba en el embarque del y al mirarla uno pensaría que era virrey de la Indias fuera de Goa, ella era, un bebé. Pero oliste a pólvora, ¿verdad, capitán?

“Prepárense para andar”, gritaba el loro.

“Ah, es un oficio hermoso, lo es”, decía el cocinero, y le daba azúcar de su bolsillo, y luego el pájaro picoteaba los barrotes y juraba sin rodeos, pasando la creencia por la maldad. “Allí”, agregaría John, “no puedes tocar la brea y no ser desechado, muchacho. Aquí está este pobre pájaro mío, viejo e inocente, jurando fuego azul y nadie más sabio, puedes confiar en eso. Ella juraría lo mismo, por así decirlo, ante el capellán”. Y John se tocaba el mechón de una manera solemne que tenía, eso me hizo pensar que era el mejor de

hombres.

Mientras tanto, el escudero y el capitán Smollett seguían en términos bastante distantes entre sí. El escudero no se anduvo con rodeos al respecto; despreciaba al capitán. El capitán, por su parte, nunca hablaba sino cuando le hablaban, y luego cortante y cortante y seco, y ni una palabra

desperdiciado. Reconoció, cuando lo arrinconaron, que parecía haberse equivocado con respecto a la tripulación; que algunos de ellos eran tan enérgicos como él quería ver, y todos se habían comportado bastante bien. En cuanto a la nave, se había encaprichado francamente con ella. —Estará un punto más cerca del viento de lo que un hombre tiene derecho a esperar de su propia esposa casada, señor. Pero”, agregaría, “todo lo que digo es que no estamos de nuevo en casa y no me gusta el crucero”.

El escudero, ante esto, se daría la vuelta y marcharía hacia arriba y hacia por la cubierta, la barbilla en el aire.

“Un poco más de ese hombre”, decía, “y explotaría”.

Tuvimos un mal tiempo, que solo demostró las cualidades del . Todos los hombres a bordo ~~disparaban~~ ^{disparaban} muy contentos, y deben haber sido difíciles de complacer si no hubieran sido de otra manera, porque creo que nunca hubo una tripulación de barco tan arruinada desde que Noah se hizo a la mar. El doble grog iba con la menor excusa; había tonterías en los días impares, como, por ejemplo, si el hacendado se enteraba de que era el cumpleaños de algún hombre; y siempre un barril de manzanas de pie abrochado en la cintura, para que cualquiera que tuviera ganas se sirviera.

"Nunca supe que saldría bien de eso todavía", dijo el capitán al doctor Livesey. Estropear las manos de los foc'le, hacer demonios. Esa es mi creencia”.

Pero el barril de manzana salió bien, como oiréis, porque si no hubiera sido por eso, no habiéramos tenido ninguna nota de advertencia y todos hubiésemos perecido por la mano de la traición.

Así es como sucedió.

Habíamos subido los alisios para captar el viento de la isla que perseguíamos —no se me permite ser más claro— y ahora nos acercábamos con una vigía brillante día y noche. Era aproximadamente el último día de nuestro viaje de ida, según el cálculo más grande; en algún momento de esa noche, o, a más tardar, antes del mediodía del día siguiente, deberíamos avistar la Isla del Tesoro. Nos dirigíamos al sur-suroeste, y teníamos un constante

brisa de través y un mar tranquilo. El bauprés Hispaniola arrollado constantemente, sumergiendo su bauprés de vez en cuando con una bocanada de rocío. Todo estaba dibujando abajo y arriba; todo el mundo estaba de muy buen humor, porque ahora estábamos muy cerca del final de la primera parte de nuestra aventura.

Ahora, justo después de la puesta del sol, cuando todo mi trabajo había terminado y me dirigía a mi atracadero, se me ocurrió que me gustaría una manzana. Corrí en cubierta. La guardia estaba al frente mirando hacia la isla. El hombre al timón estaba mirando el grátil de la vela y silbando suavemente para sí mismo, y ese era el único sonido excepto el susurro del mar contra la proa y alrededor de los costados del barco.

Me metí en el barril de manzanas y descubrí que había apenas queda una manzana; pero estando sentado allí en la oscuridad, entre el ruido de las aguas y el vaivén del barco, me había quedado dormido, o estaba a punto de hacerlo, cuando un hombre pesado se sentó con algo de estrépito. por. El barril tembló cuando apoyó los hombros contra él, y estaba a punto de saltar cuando el hombre comenzó a hablar. Era la voz de Silver, y, antes de haber escuchado una docena de palabras, no me habría mostrado por nada del mundo, sino que me quedé allí, temblando y escuchando, en el extremo del miedo y la curiosidad; porque de estas doce palabras entendí que la vida de todos los hombres honestos a bordo dependía sólo de mí.

XI

LO QUE ESCUCHÉ EN EL BARRIL DE MANZANAS

"No, yo no", dijo Silver. Flint era capitán; yo era intendente, a lo largo de mi pierna de madera. La misma andanada perdí la pierna, viejo Pew perdió sus luces muertas. Era un maestro cirujano, el que me amputaron, fuera de la universidad y todo, latín a raudales, Y qué no; pero fue colgado como un perro, y secado al sol como el resto, en el Castillo de Corso. Esos eran los hombres de Roberts, eso fue, y vino de cambiar los nombres de sus barcos— Real Fortuna etcétera. Ahora, qué barco fue bautizado, así que vamos su estancia, digo. Así fue con el como nos traen, todos a casa a salvo de Malabar, después de que Inglaterra Virrey del Indias tomó el ; así fue con el viejo barco del viejo Flint, como he visto enloquecido con la sangre roja y apto para hundirme con oro."

"¡Ah!" gritó otra voz, la de la mano más joven en tablero, y evidentemente lleno de admiración, "era la flor de ¡El rebaño era Flint!

"Davis también era un hombre, según todos los informes", dijo Silver. "I nunca navegó junto a él; primero con Inglaterra, luego con Flint, esa es mi historia; y ahora aquí por mi cuenta, en un Manera de hablar. Puse por novecientos a salvo, de Inglaterra, y dos mil después de Flint. Eso no está mal para un hombre delante del mástil, todo a salvo en la orilla. 'No estoy ganando ahora, es el ahorro lo hace, usted puede poner a eso. ¿Dónde está toda Inglaterra? hombres ahora? No se. ¿Dónde está Flint's? Por qué, la mayoría de ellos a bordo aquí, y me alegro de conseguir el duff-he estado rogando antes de eso, algunos de ellos. Old Pew, como había perdido la vista, y podría haber pensó vergüenza, gasta mil doscientas libras en un año, como un señor en el parlamento. ¿Dónde está ahora? Bueno, está muerto.

ahora y debajo de las escotillas; pero durante dos años antes de eso, ¡temblad mis maderas! el hombre estaba hambriento. Pidió, robó, degolló y se murió de hambre, ¡por los poderes!

“Bueno, no sirve de mucho, después de todo”, dijo el joven marinero.

“No sirve de mucho para los tontos, puede usted decirlo, eso, ni nada”, exclamó Silver. “Pero ahora, mira aquí; eres joven, lo eres, pero eres tan inteligente como la pintura. Veo eso cuando pongo mis ojos en ti, y te hablaré como un hombre”.

Puedes imaginar cómo me sentí cuando escuché este abominable viejo pícaro dirigiéndose a otro con las mismas palabras de adulación que había usado conmigo mismo. Creo que, si hubiera podido, lo habría matado a través del cañón. Mientras tanto, siguió corriendo, sin suponer que lo oyeron.

“Aquí se trata de señores de fortuna. Viven duro y corren el riesgo de columpiarse, pero comen y beben como gallos de pelea, y cuando terminan un crucero, tienen cientos de libras en lugar de cientos de centavos en sus bolsillos.

Ahora, lo más va por el ron y una buena riña, y a la mar de nuevo en sus camisetas. Pero ese no es el curso que yo pongo. Lo guardo todo, algo aquí, algo allá y nada demasiado en ningún lado, por sospecha. Tengo cincuenta, fíjate bien; una vez de regreso de este crucero me establecí caballero en serio. Tiempo suficiente, también, dice usted. Ah, pero he vivido tranquilo mientras tanto; nunca me negué nada a los deseos del corazón, y dormí dulcemente y comí delicioso todos mis días, excepto cuando estaba en el mar. ¿Y cómo empecé? ¡Ante el mástil, como tú!

“Bueno”, dijo el otro, “pero todo el otro dinero se ha ido ahora, ¿no es así? No te atreverás a dar la cara en Bristol después de esto.

“¿Por qué, dónde podrías suponer que fue?” preguntó Silver, burlonamente.

“En Bristol, en bancos y lugares”, respondió su compañero.

—Lo fue —dijo el cocinero; “Fue cuando levamos anclas.

Pero mi antigua señora ya lo tiene todo. Y el Spy-glass se vende, arrendamiento y buena voluntad y aparejo; y la vieja sale a mi encuentro. Te diría dónde, porque confío en ti; pero provocaría celos entre los compañeros.

"¿Y puedes confiar en tu señora?" preguntó el otro.

—Caballeros de fortuna —replicó el cocinero—, por lo general confían poco entre ellos, y tienen razón, puede que lo afirmen. Pero tengo un camino conmigo, lo tengo. Cuando un compañero trae un desliz en su cable, uno que me conoce, quiero decir, no estará en el mismo mundo que el viejo John. Había algunos que eran temidos por Pew y otros que eran temidos por Flint; pero Flint mismo era temido por mí. Era temido y orgulloso.

Eran la tripulación más ruda a flote, la de Flint; se habría temido que el mismo diablo se hiciera a la mar con ellos. Bueno, ahora te digo que no soy un hombre jactancioso, y ya viste qué fácil me hago compañía; pero cuando yo no era la palabra para el viejo intendente de Flint, de ti mismo en el corderos bucaneros. Ah, puedes estar seguro barco del viejo John.

"Bueno, te digo ahora", respondió el muchacho, "no me gustaba ni la mitad del trabajo hasta que tuve esta conversación contigo, John, pero ahora estoy en ello".

—Y eras un muchacho valiente, e inteligente también —respondió Silver, estrechándole la mano tan cordialmente que todo el barril se estremeció—, y una figura decorativa más fina para un caballero de fortuna que nunca vi entre mis ojos.

En ese momento había comenzado a comprender el significado de sus términos. Por "caballero de fortuna" claramente se referían ni más ni menos que a un pirata común, y la pequeña escena que había escuchado era el último acto de corrupción de una de las manos honestas, quizás de la última que quedaba a bordo. Pero en este punto pronto me sentiría aliviado, porque, con Silver dando un pequeño silbido, un tercer hombre se acercó y se sentó junto a la fiesta.

"Dick's square", dijo Silver.

"Oh, ya sabía que Dick estaba bien", respondió la voz del timonel, Israel Hands. "Él no es tonto, es Dick". Y dio la vuelta a su quid y escupió. "Pero, mira," prosiguió, "esto es lo que quiero saber, Barbacoa: ¿cuánto tiempo vamos a estar parados de vez en cuando como un bendito bote flotante? he tenido casi suficiente

del Capitán Smollett; ¡Me ha engañado lo suficiente, por el trueno! Quiero entrar en esa cabina, quiero. Quiero sus encurtidos y vinos, y eso.

"Israel", dijo Silver, "tu cabeza no cuenta mucho, ni nunca lo fue. Pero puedes oír, supongo; al menos tus orejas son lo suficientemente grandes. Ahora, esto es lo que digo: atracarán hacia adelante, y vivirán duramente, y hablarán en voz baja, y se mantendrán sobrios, hasta que yo dé la orden; y puedes confiar en eso, hijo mío.

"Bueno, yo no digo que no, ¿verdad?" gruñó el timonel. "Lo que digo es, ¿cuándo? Eso es lo que dije."

"¡Cuando! por los poderes! gritó Plata. "Bueno, ahora, si Ud. Quiero saber, te diré cuando. El último momento que puedo manejar; y ahí es cuando Aquí hay un marinero de primera clase, el Capitán Smollett, navegando el bendito barco para nosotros. Aquí está este escudero y médico con un mapa y cosas por el estilo. No sé dónde está, ¿verdad? Tú no más, dices tú. Bueno, entonces, me refiero a que este escudero y médico encontrarán el material y nos ayudarán a subirlo a bordo, ¡por los poderes! Entonces veremos. Si estuviera seguro de todos ustedes, hijos de dos holandeses, haría que el Capitán Smollett nos llevara a la mitad del camino antes de atacar.

—Bueno, creo que aquí todos somos marineros a bordo —dijo el muchacho Dick—.

"Todos somos manos de foc'le, querrás decir", espetó Silver. "Podemos seguir un rumbo, pero ¿quién lo marcará? En eso es en lo que se dividieron todos ustedes, caballeros, primero y último. Si por mí fuera, haría que el Capitán Smollett nos volviera a trabajar en los oficios al menos; entonces no tendríamos dichosos errores de cálculo y una cucharada de agua al día. Pero sé el tipo que eres. Terminaré con ellos en la isla, tan pronto como estén a bordo, y es una lástima.

Pero nunca eres feliz hasta que estás borracho. ¡Divídeme los costados, tengo un corazón enfermo para navegar con gente como tú!

"Calma todo, Long John", gritó Israel. "¿Quién se cruza contigo?"

"¿Por qué, cuántos barcos altos, pensáis, ahora, he visto poner ¿a bordo? y cuántos muchachos enérgicos secándose al sol en

¿Muelle de ejecución? exclamó Plata; “y todo por esta misma prisa y prisa y prisa. ¿Me escuchas? He visto una cosa o dos en el mar, lo he hecho. Si sólo marcarais el rumbo, y una pinta a barlovento, montaríais en carruajes, lo haríais. ¡Pero no tú! Te conozco. Tendrás tu bocado de ron mañana y te vas a colgar.

Todo el mundo sabía que eras una especie de capellán, John; pero hay otros que pueden manejar y conducir tan bien como tú”, dijo Israel. “Les gustaba un poco de diversión, lo hicieron. No eran tan altos y secos, de todos modos, pero se lanzaron, como alegres compañeros, todos”.

“¿Entonces?” dijo Plata. “Bueno, ¿y dónde están ahora? Pew era de ese tipo, y murió como un mendigo. Flint lo era, y murió de ron en Savannah. ¡Ah, eran un grupo dulce, lo eran! on'y, ¿dónde están?

“Pero”, preguntó Dick, “cuando los ponemos de través, ¿qué son tenemos que ver con ellos, de todos modos?

“¡Ahí está el hombre para mí!” —exclamó el cocinero con admiración. Eso es lo que yo llamo negocios. Bueno, ¿qué pensarías? ¿Dejarlos en tierra como cimarrones? Ese habría sido el estilo de Inglaterra. ¿O cortarlos como tanta carne de cerdo? Habría sido de Flint o de Billy Bones.

“Billy era el hombre para eso”, dijo Israel. “‘Los hombres muertos no muerde’, dice él. Bueno, él mismo está muerto ahora; él sabe lo largo y lo corto ahora; y si alguna vez llegó a puerto una mano ruda, fue Billy.

—Tienes razón —dijo Silver—, rudo y listo. Pero fíjate aquí: soy un hombre fácil, soy todo un caballero, dices tú; pero esta vez es en serio. Dooty es dooty, compañeros. Doy mi voto: muerte. Cuando esté en el Parlamento y viaje en mi carruaje, no quiero que ninguno de estos abogados marinos en la cabina regrese a casa sin que nadie los busque, como el diablo en sus oraciones. Espera es lo que digo; pero cuando llegue el momento, ¿por qué dejarla rasgar?

“John”, gritó el timonel, “¡eres un hombre!”

“Tú lo dirás, Israel, cuando lo veas”, dijo Silver. “Solo una cosa que reclamo: reclamo a Trelawney. Le arrancaré la cabeza a su ternero

su cuerpo con estas manos. ¡Polla!" —añadió, interrumpiéndose—, debes saltar, como un muchacho dulce, y traerme una manzana, para mojarme la pipa como.

¡Puedes imaginarte el terror en el que estaba! Debería haber saltado y haber corrido hacia él, si hubiera encontrado la fuerza; pero mis miembros y mi corazón por igual me fallaron. Escuché a Dick comenzar a levantarse, y luego alguien aparentemente lo detuvo, y la voz de Hands

exclamó: "¡Oh, guarda eso! No te pongas a chupar esa sentina, John. Vamos a probar el ron.

"Dick", dijo Silver, "confío en ti. Tengo un indicador en el barril, ojo. Ahí está la clave; llenas un pannikin y lo subes".

Aterrado como estaba, no pude evitar pensar para mí mismo que así debe haber sido cómo el Sr. Arrow consiguió las fuertes aguas que lo destruyeron.

Dick se fue por poco tiempo, y durante su ausencia Israel habló directamente al oído del cocinero. Sólo pude captar una o dos palabras y, sin embargo, reuní algunas noticias importantes; porque, además de otras migajas que tendían al mismo propósito, se oía toda esta cláusula: "No se juntará otro hombre de ellos". Por lo tanto, todavía había hombres fieles a bordo.

Cuando Dick regresó, uno tras otro del trío tomó el pannikin y bebió: uno "A la suerte"; otro con un "Aquí está el viejo Flint", y el mismo Silver diciendo, en una especie de canción, "Aquí está para nosotros, y aguanta tu grátil, muchos premios y mucha basura".

En ese momento una especie de brillo cayó sobre mí en el barril, y, mirando hacia arriba, encontré que la luna había salido, y plateaba la copa de mesana y brillaba blanca en el grátil del trinquete, y casi al mismo tiempo la voz del vigía gritaba: ¡Tierra a la vista!

XII

CONSEJO DE GUERRA

Hubo una gran avalancha de pies por la cubierta. Oía a la gente que subía dando tumbos desde el camarote y el castillo de proa; y deslizándome en un instante fuera de mi barril, me zambullí detrás de la vela de proa, hice un doble hacia la popa y salí a la cubierta abierta a tiempo para unirme a Hunter y al doctor Livesey en la carrera hacia la proa.

Allí ya estaban todas las manos congregadas. Un cinturón de niebla se había levantado casi simultáneamente con la aparición de la luna. A lo lejos, al sudoeste de nosotros, vimos dos colinas bajas, separadas por un par de millas, y detrás de una de ellas se elevaba una tercera colina más alta, cuyo pico aún estaba enterrado en la niebla. Los tres parecían afilados y de forma cónica.

Tanto que vi casi en un sueño, porque aún no me había recuperado de mi horrible miedo de un minuto o dos antes. Y luego escuché la voz del Capitán Smollett dando órdenes.

El ~~hispaniola~~ ^{hispaniola} estaba anclado un par de puntos más cerca del viento, y ahora navegaba a un rumbo que apenas pasaría por encima de la isla por el este.

"Y ahora, hombres", dijo el capitán, cuando todo estuvo cubierto casa, "¿alguno de ustedes ha visto alguna vez esa tierra delante?"

"Sí, señor", dijo Silver. "He regado allí con un comerciante en el que cociné".

"El fondeadero está en el sur, detrás de un islote, me imagino". preguntó el capitán.

"Sí, señor, Skeleton Island lo llaman. Era un lugar principal para los piratas una vez, y una mano que teníamos a bordo sabía todos sus nombres para ello. Esa colina al norte la llaman la Colina Foremast; hay tres colinas seguidas corriendo

South'ard: proa, mayor y mesana, señor. Pero el principal, ese es el gran 'un, con la nube en él, generalmente lo llaman el 'Espiajo', debido a un puesto de observación que mantuvieron cuando estaban en la limpieza del fondeadero; que allí limpiaban sus naves, señor, pidiéndote perdón.

“Tengo un mapa aquí”, dijo el capitán Smollett. A ver si ese es el lugar.

Los ojos de Long John ardían en su cabeza mientras tomaba el gráfico, pero, por el aspecto fresco del papel, supe que estaba condenado a la decepción. Este no era el mapa que encontramos en el cofre de Billy Bones, sino una copia exacta, completa en todas las cosas (nombres, alturas y sondeos), con la única excepción de las cruces rojas y las notas escritas. Por agudo que debió haber sido su enfado, Silver tuvo la fuerza mental para ocultarlo.

“Sí, señor”, dijo él, “este es el lugar, sin duda, y está muy bien dibujado. ¿Quién podría haber hecho eso, me pregunto? Los piratas eran demasiado ignorantes, supongo. Sí, aquí está: 'Anclaje del Capitán Kidd', tal como lo llamó mi compañero de barco. Hay una fuerte corriente que corre a lo largo del sur, y luego se aleja hacia el norte por la costa oeste. Tenías razón, señor -dijo-, en llevar tu viento y mantener el tiempo de la isla. Menos, si tal era tu intención de entrar y carenar, y no hay mejor lugar para eso en estas aguas.

"Gracias, mi hombre", dijo el Capitán Smollett. "Te pediré, más tarde, que nos des una ayuda. Tu puedes ir."

Me sorprendió la frialdad con la que John manifestó su conocimiento de la isla, y reconozco que estaba medio asustado cuando lo vi acercarse a mí. No sabía, sin duda, que yo había oído su consejo desde el barril de manzanas y, sin embargo, para entonces, me había horrorizado tanto su crueldad, duplicidad y poder, que apenas pude ocultar un escalofrío cuando puso su mano sobre mi brazo.

“Ah”, dijo, “este es un lugar ideal, esta isla, un lugar ideal para que un muchacho desembarque. Te bañarás y te

Trepa a los árboles y cazarás cabras, lo harás, y subirás a las colinas como una cabra. Por qué, me hace joven otra vez. Iba a olvidar mi pierna de madera, lo estaba. Es agradable ser joven y tener diez dedos en los pies, y puedes reconocerlo. Cuando quieras explorar un poco, solo pregúntaselo al viejo John y él te preparará un refrigerio para que te lo lleves”.

Y palmeándome de la manera más amistosa en el hombro, se alejó cojeando y se fue abajo.

El capitán Smollett, el escudero y el doctor Livesey estaban hablando juntos en el alcázar, y aunque estaba ansioso por contarles mi historia, no me atreví a interrumpirlos abiertamente. Mientras aún estaba dando vueltas en mis pensamientos para encontrar alguna excusa probable, el doctor Livesey me llamó a su lado. Había dejado su pipa abajo y, siendo esclavo del tabaco, había querido que yo la fuera a buscar; pero tan pronto como estuve lo suficientemente cerca para hablar y no ser escuchado, estallé de inmediato: “Doctor, déjeme hablar. Haz que el capitán y el escudero bajen a la cabina y luego finge enviar a buscarme. Tengo una noticia terrible.

El doctor cambió un poco de semblante, pero luego momento en que era dueño de sí mismo.

“Gracias, Jim”, dijo en voz muy alta; “Eso fue todo lo que yo quería saber”, como si me hubiera hecho una pregunta.

Y con eso dio media vuelta y se reunió con el otro dos. Hablaron juntos durante un rato, y aunque ninguno de ellos se sobresaltó, ni alzó la voz, ni siquiera silbó, estaba bastante claro que el doctor Livesey había comunicado mi pedido, porque lo siguiente que escuché fue al capitán dando una orden. a Job Anderson, y todas las manos estaban en cubierta.

“Muchachos”, dijo el capitán Smollett, “tengo algo que decirles. Esta tierra que hemos avistado es el lugar al que hemos estado navegando. El Sr. Trelawney, siendo un caballero muy abierto, como todos sabemos, acaba de pedirme una o dos palabras, y como pude decirle que cada hombre a bordo había cumplido con su deber, arriba y abajo, como nunca pido para verlo hecho

mejor, pues, él y yo y el doctor vamos abajo al camarote a beber salud y suerte, y te servirán grog para que bebas salud y suerte. Te diré lo que pienso de esto: me parece guapo. Y si piensas como yo, le darás una buena alegría al caballero que lo hace.

Siguieron los vítores, eso era algo natural, pero resonó tan lleno y abundante, que confieso que apenas podía creer que estos mismos hombres estuvieran conspirando por nuestra sangre.

"¡Otra ovación para el Capitán Smollett!" —exclamó Long John, cuando el primero hubo amainado—.

Y esto también fue dado con un testamento.

Además de eso, los tres caballeros bajaron, y no mucho después, se envió la noticia de que se buscaba a Jim Hawkins en la cabina.

Los encontré a los tres sentados alrededor de la mesa, una botella de vino español y unas pasas delante de ellos, y el doctor fumando, con su peluca en el regazo, y eso, lo sabía, era señal de que estaba agitado. La ventana de popa estaba abierta, porque era una noche cálida, y se podía ver la luna brillando detrás de la estela del barco.

"Ahora, Hawkins", dijo el escudero, "tienes algo que decir. Hablar alto."

Hice lo que me pedían y, tan pronto como pude, le dije al todos los detalles de la conversación de Silver. Nadie me interrumpió hasta que terminé, ni ninguno de los tres hizo ni un movimiento, pero mantuvieron sus ojos en mi rostro desde el principio hasta el final.

"Jim", dijo el doctor Livesey, "tome asiento".

Y me hicieron sentar en una mesa junto a ellos, me sirvieron una copa de vino, me llenaron las manos de pasas, y los tres, uno tras otro, y cada uno con una reverencia, bebieron mi buena salud y su servicio a yo, por mi suerte y coraje.

"Ahora, capitán", dijo el escudero, "usted tenía razón y yo estaba equivocado. Soy dueño de un asno y espero sus órdenes."

—No más asno que yo, señor —respondió el capitán—. “Nunca escuché de una tripulación que tuviera la intención de amotinarse pero que mostrara señales antes, para cualquier hombre que tuviera un ojo en la cabeza para ver el daño y tomar las medidas correspondientes. Pero este equipo”, agregó, “me supera”.

“Capitán”, dijo el doctor, “con su permiso, ese es Silver. Un hombre muy notable.

—Se vería muy bien visto desde una yarda, señor —respondió el capitán. “Pero esto es hablar; esto no conduce a nada. Veo tres o cuatro puntos, y con el permiso del Sr. Trelawney los nombraré”.

“Usted, señor, es el capitán. A ti te toca hablar”, dijo Sr. Trelawney, grandiosamente.

“Primer punto”, comenzó el Sr. Smollett, “debemos continuar porque no podemos dar marcha atrás. Si diera la orden de dar la vuelta, se levantarían de inmediato. Segundo punto, tenemos tiempo por delante, al menos hasta que se encuentre este tesoro. Tercer punto, hay manos fieles. Ahora, señor, tarde o temprano tiene que llegar a las manos, y yo lo que yo propongo es tomar el tiempo por los pelos, como dice el refrán, y llegar a las manos un buen día cuando menos lo esperen. ¿Podemos contar, supongo, con sus propios sirvientes domésticos, señor Trelawney?

“Como sobre mí mismo”, declaró el escudero.

“Tres”, calculó el capitán; “Nosotros somos siete, contando a Hawkins aquí. Ahora, ¿sobre las manos honestas?

“Lo más probable es que sean los propios hombres de Trelawney”, dijo el médico; “aquellos recogió por sí mismo antes de caer en Silver”.

“No”, respondió el escudero, “Manos era uno de los míos”.

“Pensé que podría haber confiado en Hands”, agregó el capitán.

¡Y pensar que todos son ingleses! estalló el escudero. “Señor, podría encontrar en mi corazón volar el barco”.

“Bueno, señores”, dijo el capitán, “lo mejor que puedo decir es que no es mucho. Debemos acostarnos, por favor, y mantener una buena vigilancia. Se trata de un hombre, lo sé. Sería más agradable llegar a las manos. Pero no hay ayuda para eso hasta que

conoce a nuestros hombres. Acuéstese y silbe por un viento; esa es mi opinión.”

“Jim”, dijo el médico, “puede ayudarnos más que nadie. Los hombres no son tímidos con él y Jim es un muchacho perspicaz”.

“Hawkins, tengo una fe prodigiosa en ti”, agregó el escudero.

Empecé a sentirme bastante desesperado por esto, porque me sentía completamente indefenso; y, sin embargo, por una extraña sucesión de circunstancias, fue en verdad a través de mí que llegó la seguridad. Mientras tanto, hablemos como queramos, solo había siete de los veintiséis en los que sabíamos que podíamos confiar, y de estos siete uno era un niño, por lo que los hombres adultos de nuestro lado eran seis a sus diecinueve. .

PARTE III

MI AVENTURA EN LA ORILLA

XIII

CÓMO COMENZÓ MI AVENTURA EN LA TIERRA

El aspecto de la isla cuando subí a cubierta a la mañana siguiente había cambiado por completo. Aunque la brisa había cesado por completo, habíamos avanzado mucho durante la noche y ahora estábamos en calma a una media milla al sureste de la costa este baja. Maderas de color gris cubrían gran parte de la superficie. Este matiz parejo estaba ciertamente interrumpido por vetas de arena amarilla en las tierras más bajas y por muchos árboles altos de la familia de los pinos, que superaban a los demás, algunos solos, algunos en grupos; pero el colorido general era uniforme y triste. Las colinas se alzaban claras sobre la vegetación en agujas de roca desnuda. Todos tenían formas extrañas, y el Catalejo, que era por noventa o ciento veinte metros el más alto de la isla, era también el más extraño en su configuración, ascendiendo verticalmente desde casi todos los lados y luego repentinamente cortado en la

El Hispaniola parte superior como un pedestal. poner una estatua. estaba hinchar. Las botavaras desgarraban los bloques, el timón golpeaba de un lado a otro y todo el barco crujía, gemía y saltaba como una fábrica. Tuve que agarrarme con fuerza a la popa y el mundo giró vertiginosamente ante mis ojos; pues aunque yo era bastante buen marinero cuando hacía mucho tiempo, esto de estar quieto y dar vueltas como una botella era algo que nunca aprendí a soportar sin remordimientos, sobre todo por la mañana, con el estómago vacío.

Tal vez fue esto, tal vez fue el aspecto de la isla, con sus bosques grises y melancólicos, sus chapiteles de piedra salvaje, y el oleaje que podíamos ver y oír al mismo tiempo que echaba espuma y espuma.

tronando en la playa empinada, al menos, aunque el sol brillaba fuerte y caliente, y los pájaros de la orilla pescaban y chillaban a nuestro alrededor, y habrías pensado que cualquiera se alegraría de llegar a tierra después de estar tanto tiempo en el mar, mi corazón se hundió, como dice el dicho, en mis botas, y desde esa primera mirada en adelante odié la sola idea de Treasure Island.

Teníamos el trabajo de una mañana aburrida por delante, porque había No había señales de viento, y hubo que sacar los botes y tripularlos, y el barco se desvió tres o cuatro millas alrededor de la esquina de la isla y subió por el estrecho pasaje hacia el puerto detrás de la isla de los Esqueletos. Me ofrecí voluntario para uno de los barcos, donde, por supuesto, no tenía nada que hacer. El calor era sofocante y los hombres refunfuñaban ferozmente por su trabajo. Anderson estaba al mando de mi barco, y en lugar de mantener a la tripulación en orden, se quejó tan fuerte como lo peor.

"Bueno", dijo, con un juramento, "no es para siempre".

Pensé que esto era una muy mala señal, porque, hasta ese día, los hombres se habían ocupado de sus asuntos de manera enérgica y voluntaria, pero la sola vista de la isla había aflojado las cuerdas de la disciplina.

Durante todo el camino, Long John estuvo junto al timonel y dirigió el barco. Conocía el pasaje como la palma de su mano; y aunque el hombre de las cadenas consiguió en todas partes más agua de la que figuraba en la tabla, John nunca dudó una vez.

"Hay una fuerte socavación con el reflujo", dijo, "y este pasaje ha sido excavado, por así decirlo, con una pala".

Llegamos justo donde estaba el ancla en la carta, aproximadamente a un tercio de milla de cada costa, tierra firme a un lado y Skeleton Island al otro. El fondo era arena limpia. El hundimiento de nuestra ancla hizo que se alzaran nubes de pájaros que revoloteaban y chillaban sobre el bosque, pero en menos de un minuto volvieron a bajar y todo volvió a estar en silencio.

El lugar estaba completamente rodeado de tierra, enterrado en bosques, el árboles llegando justo hasta la marca de la marea alta, las costas en su mayoría planas, y las cimas de las colinas se erguían a lo lejos en una especie de anfiteatro, uno aquí, otro allá. Dos pequeños ríos, o más bien dos pantanos, desembocaban en este estanque, como se podría llamar, y el follaje alrededor de esa parte de la orilla tenía una especie de brillo venenoso. Desde el barco no podíamos ver nada de la casa ni de la empalizada, porque estaban completamente enterradas entre los árboles; y si no hubiera sido por el mapa del compañero, podríamos haber sido los primeros en fondear allí desde que surgieron las islas de los mares.

No había ni un soplo de aire en movimiento, ni un sonido más que el de las olas rompiendo a media milla de distancia a lo largo de las playas y contra las rocas afuera. Un olor peculiar a estancado flotaba sobre el fondeadero: un olor a hojas empapadas y troncos de árboles podridos. Observé al médico olfatear y olfatear, como quien prueba un huevo podrido.

"No sé sobre tesoros", dijo, "pero me juego la peluca, aquí hay fiebre".

Si la conducta de los hombres había sido alarmante en el bote, se volvió verdaderamente amenazante cuando subieron a bordo. Yacían sobre la cubierta, gruñendo juntos en la conversación. La más mínima orden era recibida con una mirada sombría y obedecida de mala gana y sin cuidado. Incluso las manos honestas deben haber contraído la infección, porque no había un hombre a bordo para curar a otro. El motín, estaba claro, se cernía sobre nosotros como una nube de tormenta.

Y no solo nosotros, los del grupo de la cabaña, percibimos el peligro. Long John estaba trabajando duro yendo de un grupo a otro, gastándose en buenos consejos, y como por ejemplo, ningún hombre podría haber mostrado una mejor. Se superó bastante a sí mismo en disposición y cortesía; él era todo sonrisas para todos. Si se diera una orden, John estaría en su muleta en un instante, con el más alegre "¡Ay, ay, señor!" en el mundo; y cuando no había nada más que hacer, seguía

una canción tras otra, como para disimular el descontento de los demás.

De todas las características sombrías de esa tarde sombría, esta la ansiedad evidente por parte de Long John parecía lo peor.

Tuvimos un consejo en la cabaña.

—Señor —dijo el capitán—, si me arriesgo a dar otra orden, todo el barco se nos vendrá encima a la carrera. Verá, señor, aquí está.

Tengo una respuesta aproximada, ¿no? Bueno, si respondo, las picas se irán en dos sacudidas; si no lo hago, Silver verá que hay algo debajo y el juego habrá terminado. Ahora, solo tenemos un hombre en quien confiar.

“¿Y quién es ese?” preguntó el escudero.

"Plata, señor", respondió el capitán; Está tan ansioso como tú y como yo por sofocar las cosas. Esto es una pelea; pronto los disuadiría si tuviera la oportunidad, y lo que propongo hacer es darle la oportunidad. Dejemos a los hombres una tarde en tierra. Si todos se van, pues, lucharemos contra el barco. Si ninguno de ellos va, bueno, entonces, tenemos la cabaña, y Dios defiende el derecho. Si algunos se van, recuerde mis palabras, señor, Silver los traerá a bordo de nuevo tan mansos como corderos.

Así estaba decidido; pistolas cargadas fueron servidas a todos los seguro hombres. Hunter, Joyce y Redruth recibieron nuestra confianza y recibieron la noticia con menos sorpresa y mejor ánimo de lo que habíamos esperado, y luego el capitán subió a cubierta y se dirigió a la tripulación.

“Mis muchachos”, dijo, “hemos tenido un día caluroso, y todos estamos cansados y fuera de sí. Un viraje a tierra no hará daño a nadie; los barcos todavía están en el agua; pueden tomar los calesas, y tantos como quieran pueden bajar a tierra por la tarde. Dispararé un arma media hora antes de la puesta del sol.

Creo que los tontos deben haber pensado que se romperían las espinillas por el tesoro tan pronto como desembarcaran; porque todos salieron de su enfado en un momento, y dieron una ovación que provocó el eco en una colina lejana, y envió a los pájaros una vez más a volar y chillar alrededor del fondeadero.

El capitán era demasiado listo para interponerse en el camino. Se perdió de vista en un momento, dejando a Silver para organizar la fiesta, y me imagino que hizo bien en hacerlo. Si hubiera estado en cubierta, ya no podría haber fingido no comprender la situación. Era tan claro como el día. Silver era el capitán, y tenía una poderosa tripulación rebelde. Los marineros honrados —y pronto vería que se demostraba que los había a bordo— debían de ser tipos muy estúpidos.

O, más bien, supongo que la verdad era esta, que todas las manos estaban desahucadas por el ejemplo de los cabecillas, solo que algunos más, otros menos; y unos pocos, siendo buenos muchachos en general, no pudieron ser conducidos ni empujados más lejos. Una cosa es estar ocioso y merodear, y otra muy distinta tomar un barco y asesinar a un número de hombres inocentes.

Por fin, sin embargo, el grupo estaba compuesto. Seis compañeros fueron para permanecer a bordo, y los trece restantes, incluido Silver, comenzaron a embarcar.

Fue entonces cuando me vino a la cabeza la primera de las locas ideas que tanto contribuyeron a salvarnos la vida. Si Silver dejaba seis hombres, era evidente que nuestro grupo no podría tomar y luchar contra el barco; y como sólo quedaban seis, era igualmente claro que el grupo de la cabaña no necesitaba mi ayuda en ese momento. Se me ocurrió de inmediato bajar a tierra. En un santiamén me resbalé por la borda y me acurruqué en las escotas de proa del bote más cercano, y casi en el mismo momento ella se hizo a la mar.

Nadie se fijó en mí, sólo el remo de proa diciendo: "¿Es eso tu, jim? Mantén tu cabeza abajo." Pero Silver, desde el otro bote, miró fijamente y gritó para saber si ese era yo; y desde ese momento comencé a arrepentirme de lo que había hecho.

Las tripulaciones corrieron hacia la playa, pero el bote en el que yo estaba, teniendo cierta salida y siendo a la vez el más ligero y el mejor tripulado, salió disparado muy por delante de su consorte, y la proa había golpeado entre los árboles de la orilla, y yo había cogido una rama y me balanceé fuera, y me zambullí en el más cercano

matorral, mientras que Silver y el resto seguían a cien metros detrás.

“¡Jim, Jim!” Lo escuché gritar.

Pero puedes suponer que no presté atención; saltando, agachándome y abriéndome paso, corrí frente a mi nariz, hasta que ya no pude correr más.

XIV

EL PRIMER GOLPE

Estaba tan complacido de haberle dado esquinazo a Long John, que comencé a divertirme y a mirar a mi alrededor con cierto interés en la extraña tierra en la que me encontraba. Había cruzado un tramo pantanoso lleno de sauces, juncos y extraños, árboles extravagantes y pantanosos; y ahora había llegado a las faldas de un terreno abierto, ondulado y arenoso, de aproximadamente una milla de largo, salpicado de algunos pinos y una gran cantidad de árboles retorcidos, no muy diferentes del roble en crecimiento, pero pálidos en el follaje, como sauces. Al otro lado del campo abierto se alzaba una de las colinas, con dos picos pintorescos y escarpados, que brillaban vívidamente sol.

Ahora sentí por primera vez la alegría de la exploración. La isla estaba deshabitada; mis compañeros de barco los había dejado atrás, y nada vivía frente a mí, excepto bestias mudas y aves. Di vueltas aquí y allá entre los árboles. Aquí y allá había plantas con flores, desconocidas para mí; aquí y allá vi serpientes, y una levantó la cabeza de un saliente de roca y me siseó con un ruido parecido al de un trompo.

Poco supuse que era un enemigo mortal, y que el ruido era el famoso sonajero.

Luego llegué a un largo matorral de estos árboles parecidos a robles (robles vivos o de hoja perenne, según oí llamar más tarde) que crecían a lo largo de la arena como zarzas, las ramas curiosamente torcidas, el follaje compacto, como paja. La espesura se extendía hacia abajo desde la cima de uno de los montículos arenosos, extendiéndose y haciéndose más alta a medida que avanzaba, hasta que llegó al borde del amplio pantano lleno de juncos, a través del cual el más cercano de los pequeños ríos se abría paso hasta el agua.

anclaje. El pantano humeaba bajo el fuerte sol, y la silueta del Catalejo temblaba a través de la neblina.

De repente empezó a haber una especie de bullicio entre los juncos; un pato salvaje voló con un graznido, otro lo siguió, y pronto sobre toda la superficie del pantano una gran nube de pájaros se elevó chillando y dando vueltas en el aire. Juzgué de inmediato que algunos de mis compañeros de barco debían estar acercándose a lo largo de los bordes del pantano. Tampoco me engañé, porque pronto escuché los tonos muy distantes y bajos de una voz humana, que, a medida que continuaba prestando atención, se hizo cada vez más fuerte y más cercana.

Esto me asustó mucho y me arrastré al amparo de la roble vivo más cercano, y se puso en cuclillas allí, escuchando, como silencioso como un ratón

Otra voz respondió; y luego la primera voz, que ahora reconocí como la de Silver, retomó la historia una vez más y siguió corriendo durante un largo rato en un arroyo, solo que de vez en cuando la interrumpía la otra. Por el sonido deben haber estado hablando seriamente, y casi con fiereza, pero ninguna palabra clara llegó a mis oídos.

Por fin, los oradores parecían haber hecho una pausa, y tal vez haberse sentado, porque no sólo dejaron de acercarse, sino que los mismos pájaros comenzaron a aquietarse y a asentarse de nuevo en sus lugares en el pantano.

Y ahora comencé a sentir que estaba descuidando mi negocio; que como había sido tan temerario como para desembarcar con estos desesperados, lo menos que podía hacer era escucharlos en sus consejos, y que mi deber claro y obvio era acercarme lo más posible, bajo la emboscada favorable de los árboles agazapados.

Podía decir la dirección de los altavoces con bastante exactitud, no solo por el sonido de sus voces, sino por el comportamiento de los pocos pájaros que aún colgaban alarmados sobre las cabezas de los intrusos.

Arrastrándome a cuatro patas, me acerqué a ellos de forma constante pero lenta, hasta que por fin levanté la cabeza hacia una abertura entre los árboles.

hojas, pude ver claramente hacia abajo en un pequeño valle verde al lado del pantano, y rodeado de árboles, donde Long John Silver y otro miembro de la tripulación estaban cara a cara conversando.

El sol caía de lleno sobre ellos. Silver había tirado su sombrero a su lado en el suelo, y su cara grande, suave y rubia, toda brillante por el calor, se alzó hacia la del otro hombre en una especie de súplica.

“Amigo”, estaba diciendo, “es porque pienso en ti como polvo de oro, ¡polvo de oro, y puedes estar seguro de eso! Si no te hubiera tomado como brea, ¿crees que habría estado aquí advirtiéndote? Todo está arriba, no puedes hacer ni reparar; es para salvarte el cuello por lo que estoy hablando, y si uno de los salvajes lo supiera, ¿dónde estaría, Tom? Ahora dime, ¿dónde estaría?”

“Silver”, dijo el otro hombre, y observé que no solo tenía la cara roja, sino que hablaba tan ronco como un cuervo, y su voz también temblaba, como una cuerda tensa: “Silver”, dice él, “tú”. eres viejo, y eres honesto, o tiene el nombre para ello; y también tienes dinero, que muchos marineros pobres no tienen; y eres valiente, o me equivoco. ¿Y me dirás que te dejarás llevar con ese tipo de lío de hisopos? ¡No tú! Tan seguro como que Dios me ve, prefiero perder mi mano. Si me vuelvo loco...

Y luego, de repente, fue interrumpido por un ruido. Había encontrado una de las manos honestas, bueno, aquí, en ese mismo momento, llegó la noticia de otra. A lo lejos, en el pantano, se elevó, de repente, un sonido como el grito de la ira, luego otro en la parte posterior del mismo, y luego un grito horrible y prolongado. Las rocas del Catalejo resonaron veinte veces; toda la tropa de pájaros de los pantanos se elevó de nuevo, oscureciendo el cielo con un zumbido simultáneo; y mucho después de que aquel grito de muerte aún resonara en mi cerebro, el silencio había restablecido su imperio, y sólo el susurro de los pájaros que descendían de nuevo y el estruendo de las olas lejanas turbaban la languidez de la tarde.

Tom había saltado al oír el sonido, como un caballo ante la espuela; pero Silver no había guiñado un ojo. Se quedó donde estaba, apoyado levemente en su muleta, observando a su compañero como una serpiente a punto de saltar.

"¡John!" dijo el marinero, extendiendo su mano.

"¡Manos fuera!" —exclamó Silver, saltando un metro hacia atrás, como si pareciera para mí, con la velocidad y seguridad de una gimnasta entrenada.

"Quita las manos, si quieres, John Silver", dijo el otro. "Es una conciencia negra que puede hacer que me tengas miedo. Pero, en nombre del cielo, dime ¿qué fue eso?"

"¿Eso?" respondió Silver, sonriendo, pero más cauteloso que nunca, su ojo era un mero puntito en su gran cara, pero brillaba como una miga de vidrio. "¿Eso? Oh, creo que será Alan.

Y ante esto, el pobre Tom brilló como un héroe.

"¡Alan!" gritó. "¡Entonces descanse su alma por un verdadero marinero!"

Y en cuanto a ti, John Silver, has sido compañero mío durante mucho tiempo, pero ya no lo eres más. Si muero como un perro, moriré en mi culo. Has matado a Alan, ¿verdad? Mátame a mí también, si puedes. Pero te desafío.

Y con eso este valiente le dio la espalda directamente a la cocinera y partió caminando hacia la playa. Pero no estaba destinado a ir muy lejos. Con un grito, John agarró la rama de un árbol, se quitó la muleta de la axila y lanzó ese tosco proyectil por los aires. Golpeó al pobre Tom, de punta a punta, y con una violencia asombrosa, justo entre los hombros, en medio de la espalda. Sus manos volaron, dio una especie de jadeo y cayó.

Si estaba herido mucho o poco, nadie podría decirlo. Bastante, a juzgar por el sonido, su espalda estaba rota en el acto. Pero no le dieron tiempo para recuperarse.

Silver, ágil como un mono, incluso sin pierna ni muleta, se le echó encima al momento siguiente, y había hundido dos veces su cuchillo hasta la empuñadura en aquel cuerpo indefenso. Desde mi lugar de emboscada podía oírlo jadear en voz alta mientras daba los golpes.

No sé qué es desmayarse correctamente, pero sí sé que Durante el siguiente rato, el mundo entero se alejó nadando de

ante mí en una niebla arremolinada; Silver y los pájaros y la alta cima de la colina Spyglass dando vueltas y vueltas y al revés ante mis ojos, y todo tipo de campanas sonando, y voces distantes gritando en mi oído.

Cuando volví en mí, el monstruo se había recuperado, con la muleta bajo el brazo y el sombrero en la cabeza. Justo delante de él, Tom yacía inmóvil sobre el césped; pero el asesino no se preocupó por él, limpiando su cuchillo ensangrentado en un poco de hierba.

Todo lo demás permanecía inalterado, el sol seguía brillando sin piedad sobre el humeante pantano y el alto pináculo de la montaña, y apenas podía convencerme de que realmente se había cometido un asesinato y una vida humana se había truncado cruelmente ante mis ojos.

Pero ahora John metió la mano en el bolsillo, sacó una silbato, y sopló sobre él varias ráfagas moduladas, que resonaron a través del aire caliente. No pude decir, por supuesto, el significado de la señal, pero instantáneamente despertó mis temores. Vendrían más hombres. Podría ser descubierto. Ya habían matado a dos de las personas honestas; después de Tom y Alan, ¿no podría ser el siguiente?

Instantáneamente comencé a liberarme y gatear de nuevo, con la velocidad y el silencio que pude manejar, a la parte más abierta del bosque. Mientras lo hacía, pude escuchar gritos que iban y venían entre el viejo bucanero y sus camaradas, y este sonido de peligro me dio alas. Tan pronto como me alejé de la espesura, corrí como nunca antes, sin prestar atención a la dirección de mi huida, siempre que me alejara de los asesinos, y mientras corría, el miedo creció y creció sobre mí, hasta que se convirtió en una especie de frenesí.

De hecho, ¿podría alguien estar más completamente perdido que yo? Cuando disparada la escopeta, ¿cómo me atrevería a bajar a las barcas entre esos demonios, todavía humeantes de su crimen? ¿No me retorcería el pescuezo como a una agachadiza el primero que me viera? ¿No sería mi ausencia misma una prueba para ellos de mi alarma y, por lo tanto, de mi conocimiento fatal? Él

Todo había terminado, pensé. Adiós al , adiós al ~~Hernández~~ ~~Hernández~~, al doctor y al capitán. No me quedaba nada más que la muerte por inanición, o la muerte a manos de los amotinados.

Todo este tiempo, como digo, seguía corriendo, y, sin hacer caso, me había acercado al pie de la pequeña colina con los dos picos, y había llegado a una parte de la isla donde crecían los robles silvestres. más separados, y se parecían más a los árboles del bosque en su porte y dimensiones.

Mezclados con éstos había unos cuantos pinos dispersos, unos de cincuenta, otros más cerca de los setenta pies de altura. El aire también olía más fresco que al lado del pantano.

Y aquí una nueva alarma me detuvo con el corazón desbocado.

XV

EL HOMBRE DE LA ISLA

De la ladera de la colina, que aquí era empinada y pedregosa, se desprendió un chorro de grava que cayó traqueteando y saltando entre los árboles. Mis ojos se volvieron instintivamente en esa dirección y vi una figura que saltaba con gran rapidez detrás del tronco de un pino. Qué era, si oso, hombre o mono, no podía decirlo en absoluto. Parecía oscuro y peludo; más no sabía. Pero el terror de esta nueva aparición me hizo detenerme.

Estaba ahora, al parecer, cortado por ambos lados: detrás de mí los asesinos, ante mí este acecho anodino. E inmediatamente comencé a preferir los peligros que conocía a los que no conocía. El mismo Silver parecía menos terrible en contraste con esta criatura del bosque, y me di la vuelta y, mirando fijamente detrás de mí por encima del hombro, comencé a volver sobre mis pasos en dirección a los botes.

Instantáneamente la figura reapareció y, dando un amplio rodeo, comenzó a adelantarme. Estaba cansado, en cualquier caso, pero si hubiera estado tan fresco como cuando me levanté, pude ver que era en vano para mí luchar con tanta rapidez con tal adversario. De tronco en tronco, la criatura revoloteaba como un ciervo, corriendo como un hombre sobre dos patas, pero a diferencia de cualquier hombre que hubiera visto en mi vida, inclinándose casi en dos mientras corría. ¡Sin embargo, era un hombre! Ya no podía tener dudas sobre eso.

Empecé a recordar lo que había oído hablar de los caníbales. Estuve a un as de pedir ayuda. Pero el mero hecho de que fuera un hombre, por salvaje que fuera, me había tranquilizado un poco, y mi miedo a Silver empezó a revivir en proporción. Me detuve, por lo tanto, y busqué algún método de escape, y como

Estaba tan pensando que el recuerdo de mi pistola me vino a la mente. Tan pronto como recordé que no estaba indefenso, el valor brilló de nuevo en mi corazón, y puse mi rostro con resolución hacia este hombre de la isla, y caminé rápidamente hacia él.

Estaba oculto en ese momento, detrás de otro tronco de árbol, pero debe haber estado observándome de cerca, porque tan pronto como comencé a moverme en su dirección, reapareció y dio un paso para encontrarse conmigo. Entonces vaciló, retrocedió, volvió a avanzar y, por fin, para mi asombro y confusión, se arrodilló y extendió las manos entrelazadas en señal de súplica.

En eso me detuve una vez más.

"¿Quién eres?" Yo pregunté.

"Ben Gunn", respondió, y su voz sonaba ronca.

y torpe, como una cerradura oxidada. "Soy el pobre Ben Gunn, lo soy; y no he hablado con un cristiano estos tres años."

Ahora pude ver que era un hombre blanco como yo, y que sus facciones eran incluso agradables. Su piel, dondequiera que estuvo expuesta, fue quemada por el sol; incluso sus labios eran negros, y sus ojos claros se veían bastante sorprendentes en un rostro tan oscuro. De todos los hombres mendigos que había visto o imaginado, él era el jefe de los andrajosos. Iba vestido con andrajos de viejas lonas de barcos y viejas telas marinas, y este extraordinario mosaico se mantenía unido mediante un sistema de los más variados e incongruentes cierres, botones de latón, trozos de palo y bucles de gasa alquitranada. En torno a la cintura llevaba un viejo cinturón de cuero con hebilla de latón, que era lo único sólido de todo su atavío.

"¡Tres años!" Lloré. "¿Naufragaste?"

"No, compañero", dijo, "abandonado".

Había oído la palabra y sabía que representaba un tipo horrible de castigo bastante común entre los bucaneros, en el que se desembarca al delincuente con un poco de pólvora y se le dispara y se le deja en alguna isla desolada y lejana.

Abandonado hace tres años —continuó—, y desde entonces ha vivido de cabras, bayas y ostras. Dondequiera que esté un hombre, digo yo, un hombre puede hacer por sí mismo. Pero amigo, mi corazón está dolorido por la dieta cristiana. Puede que no tengas un trozo de queso sobre ti, ¿ahora? ¿No? Bueno, muchas son las largas noches que he soñado con queso, tostado, en su mayoría, y desperté de nuevo, y aquí estaba.

—Si alguna vez puedo volver a subir a bordo —dije—, tendrás queso junto a la piedra.

Todo este tiempo había estado palpando la tela de mi chaqueta, alisándome las manos, mirando mis botas y, en general, en los intervalos de su discurso, mostrando un placer infantil en presencia de un semejante. Pero con mis últimas palabras se animó con una especie de astucia sorprendida.

"Si alguna vez vuelves a subir a bordo, dices?" el Repitió.

"Bueno, ahora, ¿quién te lo impide?"

"Tú no, lo sé", fue mi respuesta.

"Y tenías razón", gritó. "Ahora tú, ¿cómo te llamas a ti mismo, amigo?"

"Jim", le dije.

"Jim, Jim", dice él, bastante complacido, aparentemente. "Bien ahora, Jim, he vivido tan duro como te avergonzaría saber.

Ahora, por ejemplo, ¿no pensarías que he tenido una madre piadosa, mirándome? preguntó.

"Pues, no, no en particular", respondí.

—Ah, bueno —dijo él—, pero yo tenía... un piadoso notable. Y yo era un chico cortés y piadoso, y podía recitar mi catecismo tan rápido como no podías distinguir una palabra de otra. Y esto es lo que sucedió, Jim, ¡y comenzó con chuck-farthen en las benditas lápidas! Eso es lo que empezó, pero fue más allá, y así me lo dijo mi madre, y predijo todo, lo hizo, la piadosa mujer. Pero fue la Providencia la que me puso aquí. Lo he pensado todo en esta isla solitaria y he vuelto a la piedad. No me puedes encontrar probando tanto el ron, pero solo un dedal para la suerte, por supuesto, la primera oportunidad que tenga. Estoy obligado a ser bueno, y veo la manera de hacerlo.

Y, Jim —mirando a su alrededor y bajando la voz a un susurro—, soy rico.

Ahora estaba seguro de que el pobre hombre se había vuelto loco en su soledad, y supongo que debo haber mostrado el sentimiento en mi rostro, porque repitió la declaración acaloradamente: “¡Rico!

¡rico! Yo digo. Y te diré qué, haré un hombre de tu, jim ¡Ah, Jim, bendecirás tus estrellas, lo harás, fuiste el primero que me encontró!

Y en esto vino de repente una sombra que descendía sobre su cara y apretó su agarre sobre mi mano y levantó un dedo índice amenazante ante mis ojos.

“Ahora, Jim, dime la verdad; ¿Ése no es el barco de Flint? preguntó.

En esto tuve una feliz inspiración. Empecé a creer que había encontrado un aliado y le respondí de inmediato.

“No es el barco de Flint y Flint está muerto, pero te diré la verdad, como me preguntas, hay algunos marineros de Flint a bordo; peor suerte para el resto de nosotros.

¿No es un hombre con una sola pierna? jadeó.

“¿Plata?” Yo pregunté.

“¡Ah, Plata!” dice él, “ese era su nombre”.

Es el cocinero y también el cabecilla.

Seguía sosteniéndome por la muñeca, y en eso me dio bastante retorcido. “Si Long John te envió”, dijo, “soy tan bueno como el cerdo y lo sé. Pero, ¿dónde estabas, crees?

Me decidí en un momento y, a modo de respuesta, le conté toda la historia de nuestro viaje y el apuro en que nos encontrábamos. Me escuchó con el mayor interés, y cuando terminé me dio unas palmaditas en la cabeza.

“Eres un buen muchacho, Jim”, dijo, “y estás en un apuro, ¿no es así? Bueno, solo confía en Ben Gunn: Ben Gunn es el hombre para hacerlo. ¿Creería usted que es probable, ahora, que su escudero demostraría ser de mentalidad liberal en caso de ayuda, ya que está en un apuro, como usted comenta?

Le dije que el escudero era el más liberal de los hombres.

—Sí, pero ya ves —replicó Ben Gunn—, no me refería a darme una puerta para guardar y un traje de librea y cosas por el estilo; esa no es mi marca, Jim. Lo que quiero decir es, ¿sería probable que bajara al toon de, digamos, mil libras de dinero que ya es tan bueno como el de un hombre?

“Estoy seguro de que lo haría”, dije yo. “Tal como estaban las cosas, todas las manos

Y debían compartir”. ¿Un pasaje a casa? añadió, con una mirada de gran astucia.

—Pues —exclamé—, el hacendado es un caballero. Y, además, si nos deshicimos de los demás, queremos que ayudes a llevar el barco a casa.

“Ah”, dijo él, “así lo harías”. Y parecía muy aliviado.

"Ahora, te diré qué", continuó. "Tanto te diré, y no mas. Yo estaba en el barco de Flint cuando enterró el tesoro; él y seis, seis fuertes marineros. Estuvieron en tierra cerca de una semana, y nosotros parados de vez en cuando en Morsa el viejo. Un buen día sonó la señal, y aquí venía Flint solo en un pequeño bote, y con la cabeza envuelta en un pañuelo azul. El sol estaba saliendo, y blanco mortal miraba alrededor del tajamar. Pero allí estaba él, te importa, y los seis estaban todos muertos, muertos y enterrados. ¿Cómo lo había hecho? Ningún hombre a bordo pudo entenderlo. Era batalla, asesinato y muerte súbita, al menos, él contra seis. Billy Bones era el compañero; Long John, era contramaestre; y le preguntaron dónde estaba el tesoro. 'Ah', dice él, 'puedes bajar a tierra, si quieres, y quedarte', dice; 'pero en cuanto al barco, va a batir por más, ¡por el trueno!' Eso es lo que él dijo.

“Bueno, yo estaba en otro barco hace tres años, y avistamos esta isla. -Muchachos -dije-, aquí está el tesoro de Flint; aterricemos y lo encontremos. Eso disgustó al capitán; pero mis compañeros de mesa estaban decididos y desembarcaron. Doce días lo buscaron, y cada día tenían la peor palabra para mí, hasta que una buena mañana todos los marineros subieron a bordo. 'En cuanto a ti,

Benjamin Gunn,' dicen ellos, 'aquí hay un mosquete,' dicen, 'y una pala, y un pico. Puedes quedarte aquí y encontrar el dinero de Flint por ti mismo", dice.

"Bueno, Jim, hace tres años que estoy aquí, y ni un bocado de dieta cristiana desde ese día hasta hoy. Pero ahora, mira aquí; Mírame. ¿Parezco un hombre ante el mástil? No, dices tú. Ni yo no lo era, tampoco, digo yo.

Y con eso me guiñó un ojo y me pellizcó fuerte.

"Solo menciona esas palabras a tu escudero, Jim", dijo.
en. "Ni él tampoco lo era, esas son las palabras. Tres años fue el hombre de esta isla, luz y oscuridad, bella y lluvia; ya veces él, puede ser, piensa en una oración (usted dice), ya veces él, puede ser, piensa en su anciana madre, así que sea como si estuviera viva (usted dirá); pero la mayor parte del tiempo de Gunn (esto es lo que dirás), la mayor parte de su tiempo lo ocupaba en otro asunto. Y luego le darás un mordisco, como hago yo.

Y me volvió a pellizcar, en lo más confidencial manera.

"Entonces", continuó, "entonces te levantarás y dirás esto: Gunn es un buen hombre (dirás), y pone más confianza, una vista preciosa, una vista preciosa, en un caballero nacido que en estos caballeros de fortuna, habiendo sido él mismo.

"Bueno", dije, "no entiendo ni una palabra de lo que has estado diciendo. Pero eso no es ni aquí ni allá; porque ¿cómo voy a subir a bordo?

"Ah", dijo él, "ese es el problema, seguro. Bueno, ahí está mi bote que hice con mis dos manos. La mantengo debajo de la roca blanca. Si lo peor llega a lo peor, podríamos intentarlo después del anochecer. ¡Hola!" estalló, "¿qué es eso?"

Pues en ese momento, aunque al sol le quedaban todavía una o dos horas para correr, todos los ecos de la isla se despertaron y bramaron con el estruendo de un cañón.

"¡Han comenzado a pelear!" Lloré. "¡Sígueme!"

Y comencé a correr hacia el fondeadero, todos mis terrores olvidados; mientras, a mi lado, el hombre abandonado con sus pieles de cabra trotaba con facilidad y ligereza.

“¡Izquierda, izquierda”, dice él; “¡Manténgase a su izquierda, compañero Jim! ¡Bajo los árboles contigo! Ahí es donde maté mi primera cabra. Ellos no vienen aquí ahora; todos están encabezadas en los montajes por temor a Benjamin Gunn. ¡Ay! y ahí está el cementerio”—cementerio debe haber querido decir. “¿Ves los montículos? Vengo aquí y oré, de vez en cuando, cuando pensé que tal vez un domingo estaría a punto de morir. No era exactamente una capilla, pero parecía más solemne; y luego, dice usted, Ben Gunn estaba falto de personal: ni capullo, ni siquiera una Biblia y una bandera, dice.

Así que siguió hablando mientras yo corría, sin esperar ni recibir respuesta alguna.

El cañonazo fue seguido, después de un considerable intervalo, por una ráfaga de armas pequeñas.

Otra pausa, y luego, a menos de un cuarto de milla por delante de mí, vi ondear el Union Jack en el aire sobre un bosque.

PARTE IV

LA EMPALDA

XVI

NARRATIVA CONTINUADA POR EL DOCTOR: CÓMO FUE ABANDONADO EL BARCO

Era cerca de la una y media —tres campanadas en la frase del mar— cuando los dos barcos desembarcaron Hispaniola. El capitán, el escudero, y yo estábamos hablando en la cabina. Si hubiera habido un soplo de viento, habríamos caído sobre los seis amotinados que quedaron a bordo con nosotros, habríamos tirado nuestro cable y nos habríamos hecho a la mar. Pero faltaba el viento; y, para completar nuestra impotencia, llegó Hunter con la noticia de que Jim Hawkins se había deslizado en un bote y se había ido a tierra con el resto.

Nunca se nos había ocurrido dudar de Jim Hawkins, pero estábamos alarmados por su seguridad. Con los hombres en el estado de ánimo en el que se encontraban, parecía una buena oportunidad si volvíamos a ver al muchacho. Corrimos en cubierta. La brea burbujeaba en las costuras; el hedor desagradable del lugar me enfermó; si alguna vez un hombre olió fiebre y disentería fue en ese abominable fondeadero. Los seis sinvergüenzas estaban sentados refunfuñando bajo una vela en el castillo de proa; en tierra pudimos ver las calesas amarradas, y un hombre sentado en cada una, justo por donde corre el río. Uno de ellos silbaba “Lillibullero”.

Esperar era un esfuerzo, y se decidió que Hunter y yo deberíamos ir a tierra con el chinchorro, en busca de información.

Los botes se habían inclinado hacia la derecha, pero Hunter y yo nos detuvimos en dirección a la empalizada en el mapa. Los dos que se quedaron guardando sus botes parecieron muy animados ante nuestra aparición; “Lillibullero” se detuvo y pude ver a la pareja discutiendo lo que debían hacer. Si hubieran ido y se lo hubieran dicho a Silver, todo podría haber resultado diferente; pero tenían sus órdenes, supongo, y decidieron

para sentarse en silencio donde estaban y volver a recordar a "Lilibullero".

Había una pequeña curva en la costa, y me dirigí para ponlo entre nosotros. Incluso antes de aterrizar habíamos perdido de vista los calesas; Salté y llegué tan cerca como me atreví a correr, con un gran pañuelo de seda bajo el sombrero para refrescarme y un par de pistolas listas para la seguridad.

No había recorrido cien metros cuando llegué a la empalizada.

Así fue: Un manantial de agua clara brotó en lo alto de un montículo. Bueno, en la loma, y cercando el manantial, habían construido una sólida casa de troncos, apta para albergar a dos veintenas de personas en un apuro, y con aspilleras por todos lados para los mosquetes. Alrededor de esto habían despejado un amplio espacio, y luego la cosa se completó con una valla de seis pies de alto, sin puerta ni abertura, demasiado fuerte para derribarla sin tiempo y esfuerzo, y demasiado abierta para albergar a los sitiadores. La gente de la casa de troncos los tenía en todos los sentidos; se quedaron quietos en el refugio y dispararon a los demás como perdices. Todo lo que querían era un buen reloj y comida; porque, salvo una completa sorpresa, podrían haber mantenido el lugar co

Lo que particularmente me atrajo fue la primavera. Para, aunque teníamos un buen lugar en la cabina del con un Hispaniola, montón de armas y municiones, y cosas para comer y excelentes vinos, se había pasado por alto una cosa: no teníamos agua. Estaba pensando en esto, cuando resonó sobre la isla el grito de un hombre al borde de la muerte. No era nuevo en la muerte violenta: he servido a Su Alteza Real el duque de Cumberland y me hice una herida en Fontenoy, pero sé que mi pulso se aceleró. "Jim Hawkins se ha ido", fue mi primer pensamiento.

Algo es haber sido un viejo soldado, pero más aún haber sido médico. No hay tiempo para perder el tiempo en nuestro trabajo. Y así que ahora tomé una decisión al instante, y sin

el tiempo perdido volvió a la orilla y saltó a bordo del chinchorro.

Por suerte, Hunter tiró de un buen remo. Hicimos volar el agua, y pronto el bote estuvo al costado y yo a bordo de la goleta.

Los encontré a todos conmocionados, como era natural. ¡Estaba sentado el escudero, blanco como una sábana, pensando en el mal a que nos había llevado, el alma buena! y uno de los seis marineros del castillo de proa era un poco mejor.

“Hay un hombre,” dijo el Capitán Smollett, asintiendo hacia él, “nuevo en este trabajo. Llegó casi desmayado, doctor, cuando oyó el grito. Otro toque del timón y ese hombre se uniría a nosotros.

Le conté mi plan al capitán, y entre los dos arreglamos sobre los detalles de su realización.

Ponemos al viejo Redruth en la galería entre la cabina y el castillo de proa, con tres o cuatro mosquetes cargados y un colchón para protección. Hunter hizo virar el barco por la popa, y Joyce y yo nos pusimos manos a la obra para cargarlo con pólvora, latas, mosquetes, bolsas de galletas, barriles de cerdo, un barril de coñac y mi valiosísimo botiquín.

Mientras tanto, el escudero y el capitán se quedaron en cubierta, y este último saludó al timonel, que era el hombre principal a bordo.

“Señor. Manos”, dijo, “aquí estamos dos de nosotros con un par de pistolas cada uno. Si alguno de ustedes seis hace una señal de cualquier descripción, ese hombre está muerto.

Estaban bastante desconcertados; y, después de un poco de consulta, todos y cada uno se desplomaron sobre el compañero de proa, pensando, sin duda, en llevarnos por la retaguardia. Pero cuando vieron a Redruth esperándolos en la galería, dieron la vuelta al barco de inmediato y una cabeza volvió a asomar en la cubierta.

“¡Abajo, perro!” gritó el capitán.

Y la cabeza volvió a aparecer, y no escuchamos más por el tiempo de estos seis marineros muy pusilánimes.

Para entonces, arrojando las cosas como venían, teníamos la bote cargó tanto como nos atrevimos. Joyce y yo salimos por la portilla de popa y volvimos a la orilla, tan rápido como los remos nos permitían.

Este segundo viaje despertó bastante a los observadores a lo largo de la costa. “Lillibullero” se dejó caer de nuevo, y justo antes de que los perdiéramos de vista detrás de la punta pequeña, uno de ellos fue azotado a tierra y desapareció. Tenía la idea de cambiar mi plan y destruir sus barcos, pero temía que Silver y los demás pudieran estar cerca, y todo podría perderse si intentaba demasiado.

Pronto habíamos tocado tierra en el mismo lugar que antes y se puso a trabajar para aprovisionar el blocao. Los tres hicimos el primer viaje, muy cargados, y arrojamos nuestras provisiones sobre la empalizada. Luego, dejando a Joyce para que los protegiera —un hombre, sin duda, pero con media docena de mosquetes—, Hunter y yo regresamos al chinchorro y cargamos una vez más. Así proseguimos, sin detenernos a tomar aliento, hasta que hubimos repartido todo el cargamento, cuando los dos sirvientes ocuparon sus puestos en el blocao, y yo, con todas mis fuerzas, remé de Hispaniola .

nuevo hacia el barco. parece más atrevido de lo que realmente fue. Tenían la ventaja de los números, por supuesto, pero teníamos la ventaja de las armas. Ninguno de los hombres en tierra tenía un mosquete, y antes de que pudieran ponerse a tiro para disparar con pistola, nos enorgullecíamos de poder dar buena cuenta de una media docena por lo menos.

El escudero me esperaba en la ventana de popa, todo su desfallecimiento había desaparecido. Atrapó al bote y lo hizo rápido, y nos dedicamos a cargar el bote para salvar nuestras propias vidas. Carne de cerdo, pólvora y galletas era el cargamento, con sólo un mosquete y un sable para cada uno, para el squire, para mí, para Redruth y para el capitán. El resto de las armas y la pólvora las echamos por la borda en dos brazas y media de agua, para

Podía ver el acero brillante brillando muy por debajo de nosotros al sol en el fondo limpio y arenoso.

Para entonces, la marea comenzaba a bajar y el barco se balanceaba hacia su ancla. Se oyeron voces que gritaban débilmente en dirección a las dos calesas; y aunque esto nos tranquilizó por Joyce y Hunter, que estaban bien hacia el este, advirtió a nuestro grupo que se marchara.

Redruth se retiró de su lugar en la galería y se dejó caer en el bote, que luego acercamos al mostrador del barco para que fuera más práctico para el capitán Smollett.

"Ahora, hombres", dijo él, "¿me oyen?"

No hubo respuesta desde el castillo de proa.

"Es para ti, Abraham Gray, es para ti a quien me dirijo".

Todavía no hay respuesta.

—Gray —continuó el Sr. Smollett, un poco más alto—, me voy de este barco y te ordeno que sigas a tu capitán. Sé que, en el fondo, eres un buen hombre, y me atrevo a decir que ninguno de ustedes es tan malo como parece. Tengo mi reloj aquí en mi mano; Te doy treinta segundos para unirme a mí.

Hubo una pausa.

-Vamos, mi buen amigo -continuó el capitán-, no se demore tanto en los tirantes. Estoy arriesgando mi vida y la vida de estos buenos caballeros cada segundo".

Hubo una refriega repentina, un sonido de golpes, y Abraham Gray salió disparado con un corte de cuchillo en un lado de la mejilla, y corrió hacia el capitán, como un perro al silbato.

"Estoy con usted, señor", dijo.

Y al momento siguiente, él y el capitán habían caído a bordo de nosotros, y habíamos empujado y cedido el paso.

Habíamos salido del barco, pero aún no habíamos llegado a tierra en nuestra empalizada.

XVII

NARRATIVA CONTINUADA POR EL DOCTOR: EL ÚLTIMO VIAJE DEL JOLLY-BOAT

Este quinto viaje fue bastante diferente a cualquiera de los otros. En primer lugar, el gallipot pequeño de un bote en el que íbamos estaba gravemente sobrecargado. Cinco hombres adultos, y tres de ellos (Trelawney, Redruth y el capitán) de más de seis pies de alto, ya era más de lo que se suponía que podía cargar. Agregue a eso el polvo, la carne de cerdo y las bolsas de pan. La borda se balanceaba hacia atrás. Varias veces embarcamos un poco de agua, y mis calzones y los faldones de mi abrigo estaban empapados antes de que hubiéramos recorrido cien metros.

El capitán nos hizo trimar el bote y conseguimos que se acostara un poco. poco más uniformemente. De todos modos, teníamos miedo de respirar.

En segundo lugar, ahora se estaba formando el reflujo: una corriente fuerte y ondulante que corría hacia el oeste a través de la cuenca, y luego hacia el sur y hacia el mar por el estrecho por el que habíamos entrado por la mañana. Incluso las ondas eran un peligro para nuestra nave sobrecargada, pero lo peor de todo era que nos desviaban de nuestro verdadero rumbo y nos alejaban de nuestro lugar de aterrizaje adecuado detrás de la punta. Si nos dejamos llevar por la corriente, deberíamos desembarcar junto a los botes, donde los piratas podrían aparecer en cualquier momento.

"No puedo mantener su cabeza para la empalizada, señor", le dije al capitán. Yo estaba gobernando, mientras él y Redruth, dos hombres nuevos, estaban a los remos. "La marea sigue lavándola. ¿Podrías tirar un poco más fuerte?"

"No sin hundir el barco", dijo. "Debe aguantar, señor, por favor, aguantar hasta que vea que está ganando".

Lo intenté y descubrí por experiencia que la marea seguía arrastrándonos hacia el oeste hasta que puse su cabeza hacia el este, o

casi en ángulo recto a la forma en que debemos ir.

“Nunca llegaremos a tierra a este ritmo”, dije yo.

“Si es el único curso que podemos mentir, señor, debemos incluso mentir”, respondió el capitán. “Debemos mantenernos río arriba. Verá, señor — prosiguió—, si una vez que descendemos a sotavento del desembarcadero, es difícil decir adónde llegaremos a tierra, además de la posibilidad de que nos aborden los botes; mientras que, por el camino que vamos, la corriente debe aflojarse, y luego podemos esquivar de regreso a lo largo de la orilla”.

—La corriente está menos lista, señor —dijo el hombre Gray, que estaba sentado en las escotas de proa; “Puedes aliviarla un poco”.

—Gracias, amigo mío —dije yo, como si nada hubiera pasado, porque todos nos habíamos decidido en silencio a tratarlo como a uno de nosotros.

De repente, el capitán habló de nuevo, y pensé que su voz estaba un poco cambiada.

“¡El arma!” dijo el.

—He pensado en eso —dije, porque me aseguré de que estaba pensando en un bombardeo del fuerte—. “Nunca podrían llevar el arma a tierra y, si lo hicieran, nunca podrían arrastrarla por el bosque”.

“Mire a popa, doctor”, respondió el capitán.

Nos habíamos olvidado por completo de los nueve largos; y allí, para nuestro horror, estaban los cinco bribones ocupados a su alrededor, quitándole la chaqueta, como llamaban a la resistente cubierta de lona bajo la que navegaba. No solo eso, sino que me vino a la mente en el mismo momento que la bala redonda y la pólvora para el arma habían quedado atrás, y un golpe con un hacha lo pondría todo en posesión de los malvados a bordo.

—Israel era el artillero de Flint —dijo Gray con voz ronca.

A cualquier riesgo, ponemos la proa del barco directo al lugar de desembarco. En ese momento nos habíamos alejado tanto de la corriente que nos mantuvimos en la tercera posición, incluso a nuestro ritmo de remo necesariamente suave, y pude mantenerla estable para la meta. Pero lo peor de todo fue que con el curso que ahora tenía,

giramos nuestro costado en lugar de nuestra popa hacia el y
Hispaniola , ofrecimos un objetivo como una puerta de granero.

Podía escuchar, además de ver, a ese bribón con cara de brandy, Israel
Manos, tirando un tiro redondo en la cubierta.

"¿Quién es el mejor tirador?" preguntó el capitán.

"Señor. Trelawney, fuera y fuera —dije.

"Señor. Trelawney, ¿podrías por favor elegirme de uno de esos?
hombres, señor? Manos, si es posible", dijo el capitán.

Trelawney estaba tan fría como el acero. Miró el cebado de su arma.

—Ahora —gritó el capitán—, tranquilo con ese arma, señor, o
inundar el barco. Todas las manos están listas para recortarla cuando él
apunte.

El escudero levantó su fusil, cesó el remo, y nosotros nos inclinamos
hacia el otro lado para mantener el equilibrio, y todo estaba tan bien
organizado que no lanzamos una gota.

Tenían el arma, en ese momento, girada sobre el pivote, y Hands, que
estaba en la boca, con el pisón, era, en consecuencia, el más expuesto. Sin
embargo, no tuvimos suerte; porque justo cuando Trelawney disparó, él se
agachó, la pelota silbó sobre él, y fue uno de los otros cuatro quien cayó.

El grito que dio fue repetido, no sólo por sus compañeros a bordo, sino por
un gran número de voces desde la orilla, y mirando en esa dirección vi a los
otros piratas saliendo en tropel de entre los árboles y ocupando sus lugares en
los botes. .

"Aquí vienen los conciertos, señor", le dije.

—Ceda el paso, entonces —dijo el capitán. "No debe importarnos si
inundarla ahora. Si no podemos desembarcar, todo se acaba.

"Solo uno de los calesas está siendo tripulado, señor," añadí; "Lo más
probable es que la tripulación del otro esté dando vueltas por la costa para
aislarnos".

"Tendrán una buena carrera, señor", respondió el capitán. "Jack en tierra,
ya sabes. No son ellos los que me importan; es el tiro redondo.

¡Cuencos de alfombra! La doncella de mi señora no podía fallar. Dinos,
escudero, cuando veas el fósforo, y aguantaremos agua.

Mientras tanto, habíamos estado avanzando a buen ritmo para un barco tan sobrecargado, y habíamos embarcado muy poca agua en el proceso. Ahora estábamos cerca; Treinta o cuarenta brazadas y la dejaríamos en la playa, porque el reflujo ya había dejado al descubierto un estrecho cinturón de arena debajo de los árboles arracimados. El concierto ya no era de temer; el puntito ya lo había ocultado a nuestros ojos. El reflujo, que tan cruelmente nos había retrasado, ahora reparaba y retrasaba a nuestros agresores. La única fuente de peligro era el arma.

"Si me atrevo", dijo el capitán, "me detendría y mataría a otro hombre".

Pero estaba claro que no pretendían que nada retrasara su disparo. Ni siquiera habían mirado a su camarada caído, aunque no estaba muerto, y pude verlo tratando de alejarse arrastrándose.

"¡Listo!" exclamó el escudero.

"¡Sostener!" —exclamó el capitán, rápido como un eco.

Y él y Redruth retrocedieron con un gran tirón que la envió a popa sumergida en el agua. El informe cayó en el mismo instante de tiempo. Esto fue lo primero que escuchó Jim, el sonido del disparo del escudero no lo había alcanzado. Cuando pasó la pelota, ninguno de nosotros lo supo con precisión, pero me imagino que debe haber estado sobre nuestras cabezas, y que el viento puede haber contribuido a nuestro desastre.

De todos modos, el barco se hundió por la popa, muy suavemente, en tres pies de agua, dejándonos al capitán ya mí, uno frente al otro, de pie. Los otros tres dieron cabezazos completos y volvieron a salir, empapados y burbujeantes.

Hasta el momento no ha habido grandes daños. No se perdieron vidas y pudimos vadear a tierra con seguridad. Pero al fondo estaban todas nuestras provisiones y, para empeorar las cosas, sólo quedaban dos armas de cinco en estado de servicio. La mía la había arrancado de mis rodillas y la había sostenido sobre mi cabeza, por una especie de instinto. En cuanto al capitán, lo había llevado al hombro con una bandolera y, como un sabio, con la cerradura hacia arriba. El otro

tres se habían hundido con el bote. Para aumentar nuestra preocupación, escuchamos voces que ya se acercaban a nosotros en el bosque a lo largo de la costa; y no solo teníamos el peligro de quedar aislados de la empalizada en nuestro estado medio lisiado, sino el temor ante nosotros de si Hunter y Joyce eran atacados por media docena, tendrían el sentido común y la conducta para mantenerse firmes. Hunter era firme, eso lo sabíamos; Joyce era un caso dudoso: un hombre agradable y educado para ser ayuda de cámara y cepillarse la ropa, pero no del todo apto para un buque de guerra.

Con todo esto en nuestras mentes, vadeamos hasta la orilla lo más rápido que pudimos, dejando atrás el pobre bote y una buena mitad de toda nuestra pólvora y provisiones.

XVIII

NARRATIVA CONTINUADA POR EL DOCTOR: FIN DE LA LUCHA DEL PRIMER DÍA

Hicimos nuestra mejor velocidad a través de la franja de madera que ahora nos separaba de la empalizada, ya cada paso que dábamos, las voces de los bucaneros resonaban más cerca. Pronto pudimos oír sus pisadas mientras corrían, y el crujido de las ramas cuando se abrían paso entre la espesura.

Empecé a ver que deberíamos tener un cepillo para ello en serio, y miró a mi imprimación.

“Capitán”, dije yo, “Trelawney es la tiradora certera. Dale tu arma; la suya es inútil.

Intercambiaron armas, y Trelawney, silenciosa y fría, como lo había estado desde el comienzo del bullicio, colgó un momento de sus talones para asegurarse de que todo estuviera en condiciones para el servicio. Al mismo tiempo, al observar que Gray estaba desarmado, le entregué mi machete. Hizo bien a todos nuestros corazones verlo escupir en su mano, fruncir el ceño y hacer que la espada cantara en el aire. Estaba claro por cada línea de su cuerpo que nuestra nueva mano valía su sal.

Cuarenta pasos más adelante llegamos al borde del bosque y Vimos la empalizada frente a nosotros. Golpeamos el recinto cerca de la mitad del lado sur y, casi al mismo tiempo, siete amotinados —Job Anderson, el contramaestre, a la cabeza— aparecieron gritando en la esquina suroeste.

Hicieron una pausa, como sorprendidos, y antes de que se recuperaran, no solo el escudero y yo, sino también Hunter y Joyce del fortín, tuvimos tiempo de disparar.

Los cuatro disparos llegaron en una andanada dispersa, pero hizo el negocio; uno de los enemigos cayó, y el resto, sin dudarlo, se volvió y se zambulló entre los árboles.

Después de recargar, caminamos por el exterior de la empalizada para ver al enemigo caído. Estaba muerto como una piedra, con un disparo en el corazón.

Comenzamos a regocijarnos por nuestro buen éxito, cuando justo en ese momento una pistola restalló en la maleza, una bala pasó silbando cerca de mi oído y el pobre Tom Redruth tropezó y cayó al suelo. Tanto el escudero como yo devolvimos el tiro, pero como no teníamos a qué apuntar, es probable que sólo desperdiciáramos pólvora. Luego recargamos y dirigimos nuestra atención al pobre Tom.

El capitán y Gray ya lo estaban examinando, y yo vio con medio ojo que todo había terminado.

Creo que la preparación de nuestra vuela de regreso se había dispersado los amotinados una vez más, pues se nos permitió sin más molestias que izaran al pobre viejo guardabosques por encima de la empalizada y lo llevaran, gimiendo y sangrando, a la casa de troncos.

Pobre anciano, no había pronunciado una sola palabra de sorpresa, queja, miedo o incluso aquiescencia, desde el comienzo mismo de nuestros problemas hasta ahora, cuando lo habíamos puesto en la casa de troncos para que muriera. Había yacido como un troyano detrás de su colchón en la galería; había seguido cada orden en silencio, tenazmente y bien; era el mayor de nuestro grupo por una veintena de años; y ahora, hosco, viejo y servicial sirviente, era él quien iba a morir.

El escudero se dejó caer de rodillas a su lado y besó su mano, llorando como un niño.

"¿Me voy, doctor?" preguntó.

"Tom, amigo", le dije, "te vas a casa".

"Desearía haberlos golpeado con el arma primero", respondió.

"Tom", dijo el escudero, "dime que me perdonas, ¿no?"

"¿Sería eso respetuoso, de mí hacia usted, escudero?" fue la respuesta. "¡Como sea, que así sea, amén!"

Después de un rato de silencio dijo que pensaba que alguien podría leer una oración. "Es la costumbre, señor", agregó,

excusándose. Y poco después, sin decir una palabra más, falleció.

Mientras tanto, el capitán, a quien había observado que estaba maravillosamente hinchados en el pecho y los bolsillos, habían resultado una gran cantidad de provisiones diversas: los colores británicos, una Biblia, un rollo de cuerda resistente, pluma, tinta, el diario de a bordo y libras de tabaco. Había encontrado un abeto bastante largo que yacía talado y despejado en el cercado y, con la ayuda de Hunter, lo había colocado en la esquina de la casa de troncos, donde los troncos se cruzaban y formaban un ángulo. Luego, trepando al techo, con su propia mano se inclinó y subió los colores.

Esto pareció aliviarlo poderosamente. Volvió a entrar en el registro casa y se puso a contar las provisiones, como si nada más existiera. Pero tenía un ojo en el paso de Tom para todo eso, y tan pronto como todo terminó se adelantó con otra bandera y la extendió reverentemente sobre el cuerpo.

—No se haga cargo, señor —dijo, estrechando la mano del escudero. “Todo está bien con él; no hay miedo por una mano que ha sido derribada en su deber de capitán y propietario. Puede que no sea una buena divinidad, pero es un hecho”.

Luego me hizo a un lado.

"Doctor Livesey", dijo, "¿en cuántas semanas usted y ¿El escudero espera a la consorte?

Le dije que era una cuestión, no de semanas, sino de meses; que si no volvíamos a finales de agosto Blandly mandaría a buscarnos, pero ni tarde ni temprano. "Puedes calcular por ti mismo", le dije.

—Pues sí —respondió el capitán, rascándose la cabeza—. "Y teniendo en cuenta, señor, todos los dones de la Providencia, debo decir que estuvimos bastante cerca".

"¿Qué quieres decir?" Yo pregunté.

“Es una pena, señor, perdimos esa segunda carga. Eso es lo que quiero decir”, respondió el capitán. En cuanto a la pólvora y las perdigones, lo haremos. Pero las raciones son escasas, muy escasas, tan escasas, doctor.

Livesey, que tal vez estemos bien sin esa boca extra.

Y señaló el cadáver debajo de la bandera.

En ese momento, con un rugido y un silbido, pasó un tiro redondo. muy por encima del techo de la casa de troncos y descendía mucho más allá de nosotros en el bosque.

"¡Oh!" dijo el capitán. "¡Seguir disparando! tienes poco polvo ya, muchachos.

En el segundo intento, la puntería fue mejor y la bola descendió dentro de la empalizada, esparciendo una nube de arena, pero sin causar más daño.

"Capitán", dijo el escudero, "la casa es bastante invisible desde el barco. Debe ser la bandera a la que apuntan. ¿No sería más prudente aceptarlo?

"¡Golpea mis colores!" gritó el capitán. "No, señor, yo no", y tan pronto como hubo dicho las palabras, creo que todos estuvimos de acuerdo con él. Porque no era sólo una muestra de buenos sentimientos fuertes y marineros; además, era una buena política y mostraba a nuestros enemigos que despreciábamos sus cañonazos.

Durante toda la noche siguieron tronando. Bola tras bola volaba o se quedaba corta, o pateaba la arena del recinto; pero tuvieron que disparar tan alto que el tiro cayó muerto y se enterró en la arena blanda. No teníamos rebote que temer; y aunque uno entró por el techo de la casa de troncos y volvió a salir por el suelo, pronto nos acostumbramos a ese tipo de payasadas y no nos importaba más que el cricket.

-Hay una cosa buena en todo esto -observó el capitán-; "La madera frente a nosotros es probablemente clara. El reflujo ha hecho un buen rato; nuestras tiendas deben ser descubiertas. Voluntarios para ir a traer carne de cerdo".

Gray y Hunter fueron los primeros en presentarse. Bien armados, salieron furtivamente de la empalizada, pero resultó ser una misión inútil. Los amotinados fueron más audaces de lo que pensábamos, o confiaron más en la artillería de Israel, porque cuatro o cinco de ellos estaban ocupados llevándose nuestras provisiones y vadeando con ellos hasta uno de los calesas que había cerca, tirando de un remo más o menos.

para mantenerla firme contra la corriente. Silver estaba en las escotas de popa al mando, y cada uno de ellos estaba ahora provisto de un mosquete de alguna revista secreta de su propio.

El capitán se sentó a su bitácora, y aquí está el comienzo de la entrada:

“Alexander Smollett, maestro; David Livesey, médico de a bordo; Abraham Gray, ayudante de carpintero; John Trelawney, propietario; John Hunter y Richard Joyce, sirvientes del propietario, hombres de tierra —siendo todo lo que queda fiel de la tripulación del barco— con provisiones para diez días con raciones escasas, desembarcaron ese día e hicieron ondear la bandera británica en la casa de troncos de Treasure Island. Thomas Redruth, sirviente del propietario, terrateniente, fusilado por los amotinados; James Hawkins, grumete...

Y al mismo tiempo me preguntaba sobre el destino del pobre Jim Hawkins.

Un granizo en el lado de la tierra.

“Alguien nos llama”, dijo Hunter, que estaba de guardia.

“¡Doctor! ¡escudero! ¡capitán! Hola, Hunter, ¿eres tú? Llegaron los gritos.

Y corrí hacia la puerta a tiempo de ver a Jim Hawkins, sano y salvo, saltando la empalizada.

XIX

NARRATIVA RESUMIDA POR JIM HAWKINS: LA GUARNICIÓN EN EL STOCKADE

Tan pronto como Ben Gunn vio los colores, se detuvo, me detuvo por el brazo y se sentó.

"Ahora", dijo él, "ahí están tus amigos, por supuesto".

"Es mucho más probable que sean los amotinados", respondí.

"¡Eso!" gritó. "¿Por qué, en un lugar como este, donde nadie dice, pero caballeros de fortuna, Silver volaría el Jolly Roger, no lo duden. No, esos son tus amigos. También ha habido golpes, y creo que tus amigos se han llevado la mejor parte; y aquí están en tierra en la vieja empalizada, como la hizo Flint hace años y años. ¡Ah, él era el hombre indicado para tener un tocado, era Flint! A excepción del ron, su partido nunca fue visto. No tenía miedo de nadie, no de él; on'y Silver—Silver fue así de gentil."

"Bueno", dije yo, "eso puede ser así, y que así sea; cuanto más razón por la que debería darme prisa y reunirme con mis amigos.

"No, compañero", respondió Ben, "tú no. Eres un buen chico, o me equivoco; pero eres solo un niño, todo dicho. Ahora Ben Gunn es mosca. El ron no me llevaría allí, a donde vas, no el ron no lo haría, hasta que vea a tu caballero nato y lo confirme bajo su palabra de honor. Y no olvidará mis palabras: 'Una vista preciosa' (eso es lo que dirá), 'una vista preciosa más confianza', y luego lo muerde".

Y me pellizcó la tercera vez con el mismo aire de astucia.

"Y cuando se busca a Ben Gunn, sabes dónde encontrar él, Jim. Justo donde lo encontraste hoy. Y el que venga debe tener una cosa blanca en su mano; y el esta por venir

solo. ¡Oh! y dirás esto: 'Ben Gunn', dices, 'tiene sus propias razones'".

"Bueno", dije yo, "creo que entiendo. Tienes algo que proponer, y deseas ver al escudero o al médico, y te encontrarán donde yo te encontré. ¿Eso es todo?"

"¿Y cuando? dices tú", agregó. "Pues, desde la observación del mediodía hasta las seis campanadas".

"Bien", dije yo, "¿y ahora puedo irme?"

"¿No lo olvidarás?" preguntó, ansioso. "Preciosa vista, y razones propias, dices tú. Razones propias; ese es el pilar; como entre hombre y hombre. Bueno, entonces —todavía sosteniéndome—, creo que puedes irte, Jim. Y, Jim, si fueras a ver a Silver, ¿no irías a vender a Ben Gunn? los caballos salvajes no te lo sacarían? No, dices tú. Y si esos piratas desembarcaran, Jim, ¿qué dirías sino que habría viudas por la mañana?"

Aquí fue interrumpido por un fuerte estallido, y una bala de cañón se abrió paso entre los árboles y se estrelló contra la arena, a menos de cien metros de donde estábamos hablando. Al momento siguiente, cada uno de nosotros había echado a correr en una dirección diferente.

Durante una buena hora por venir, frecuentes informes sacudieron la isla, y las pelotas seguían estrellándose a través del bosque. Iba de escondite en escondite, siempre perseguido, o eso me parecía, por estos proyectiles terroríficos. Pero hacia el final del bombardeo, aunque todavía no me atrevía a aventurarme en dirección a la empalizada, donde las balas caían con mayor frecuencia, había comenzado, en cierto modo, a recobrar el ánimo; y después de un largo desvío hacia el este, se deslizó entre los árboles de la orilla.

El sol acababa de ponerse, la brisa marina susurraba y daba vueltas en el bosque, y erizaba la superficie gris del fondeadero; la marea también estaba muy baja y grandes extensiones de arena estaban descubiertas; el aire, después del calor del día, me heló a través de mi chaqueta.

El Hispaniola todavía yacía donde había anclado; pero, efectivamente, estaba el Jolly Roger, la bandera negra de la piratería, ondeando desde su cima. Incluso mientras miraba, se produjo otro destello rojo y otro estallido, que hizo que los ecos retumbaran, y un disparo más silbó en el aire. Fue el último de los cañonazos.

Permanecí tendido durante algún tiempo, observando el bullicio que sucedió al ataque. Unos hombres estaban demoliendo algo con hachas en la playa cerca de la empalizada: el pobre chinchorro, según descubrí más tarde. A lo lejos, cerca de la desembocadura del río, un gran fuego ardía entre los árboles, y entre esa punta y el barco iba y venía una de las chalupas, los hombres, a los que había visto tan melancólicos, gritando a los remos como niños. Pero había un sonido en sus voces que sugería ron.

Finalmente pensé que podría regresar hacia la empalizada. Yo estaba bastante abajo en la lengua baja y arenosa que rodea el fondeadero por el este y se une a la isla de los Esqueletos en la mitad del agua; y ahora, cuando me puse de pie, vi, a cierta distancia más abajo en la lengua, y saliendo de entre arbustos bajos, una roca aislada, bastante alta y de un color peculiarmente blanco. Se me ocurrió que ésta podría ser la roca blanca de la que había hablado Ben Gunn, y que un día u otro tal vez se necesitaría un bote, y yo debería saber dónde buscar uno.

Luego bordeé el bosque hasta que recuperé la parte trasera, o lado de la orilla, de la empalizada, y pronto fue recibido calurosamente por el grupo fiel.

Pronto conté mi historia y comencé a mirar a mi alrededor. El La casa de troncos estaba hecha de troncos de pino sin escuadrar: techo, paredes y piso. Este último se encontraba en varios lugares tanto como un pie o un pie y medio sobre la superficie de la arena. Había un porche en la puerta, y debajo de este porche el pequeño manantial brotaba en una cuenca artificial de un tipo bastante extraño, nada menos que la gran caldera de hierro de un barco, con el fondo roto y hundido "hasta sus rumbos, como dijo el capitán, entre la arena.

Poco había quedado junto a la estructura de la casa, pero en un rincón había una losa de piedra colocada a modo de fogón y un viejo canasto de hierro oxidado para contener el fuego.

Las laderas del montículo y todo el interior de la empalizada habían sido limpiados de madera para construir la casa, y pudimos ver por los tocones qué hermosa y alta arboleda había sido destruida. La mayor parte del suelo había sido arrastrado o enterrado por la deriva después de la remoción de los árboles; sólo donde el riachuelo bajaba de la tetera, un espeso lecho de musgo y algunos helechos y pequeños arbustos rastreros seguían verdes entre la arena. Muy cerca de la empalizada —demasiado cerca para la defensa, dijeron—, el bosque todavía florecía alto y denso, todo de abeto en el lado de tierra, pero hacia el mar con una gran mezcla de robles vivos.

La brisa fría de la tarde, de la que he hablado, silbaba por cada resquicio del tosco edificio y salpicaba el suelo con una lluvia continua de arena fina. Había arena en nuestros ojos, arena en nuestros dientes, arena en nuestras cenas, arena bailando en el manantial en el fondo de la tetera, por todo el mundo como gachas que comienzan a hervir. Nuestra chimenea era un agujero cuadrado en el techo; fue sólo una pequeña parte del humo que encontró la salida, y el resto se arremolinaba por la casa, y nos mantuvo tosiendo y pitando.

Añádase a esto que Gray, el hombre nuevo, tenía la cara atada en un vendaje para un corte que se había hecho al escapar de los amotinados; y ese pobre viejo Tom Redruth, aún sin enterrar, yacía junto a la pared, tieso y rígido, bajo la Union Jack.

Si se nos hubiera permitido sentarnos ociosos, todos deberíamos haber caído en el blues, pero el Capitán Smollett nunca fue el hombre para eso. Todas las manos fueron llamadas delante de él, y nos dividió en turnos. El doctor, Gray y yo, por uno; el escudero, Hunter y Joyce en el otro. Cansados como estábamos todos, dos fueron enviados a buscar leña, dos más fueron enviados a cavar una tumba para Redruth, el doctor fue nombrado cocinero, yo fui puesto de centinela en la puerta, y el capitán mismo salió de

unos a otros, levantando el ánimo y echando una mano donde hacía falta.

De vez en cuando el doctor salía a la puerta a tomar un poco de aire ya descansar los ojos, que casi se le salían de humo de la cabeza, y cada vez que lo hacía tenía una palabra para mí.

"Ese tal Smollett", dijo una vez, "es mejor hombre que yo. Y cuando digo eso significa un trato, Jim.

En otra ocasión vino y se quedó en silencio un rato. Luego él ladeó la cabeza y me miró.

"¿Es este Ben Gunn un hombre?" preguntó.

—No lo sé, señor —dije—. No estoy muy seguro de que esté cuerdo.

-Si hay alguna duda al respecto, es él -replicó el médico-. "Un hombre que ha estado tres años moriéndose las uñas en una isla desierta, Jim, no puede esperar parecer tan cuerdo como tú o como yo. No está en la naturaleza humana. ¿Fue el queso lo que dijiste que le gustaba?

"Sí, señor, queso", respondí.

"Bueno, Jim", dice él, "solo mira lo bueno que viene de ser delicado en tu comida. Has visto mi caja de rapé, ¿verdad? Y nunca me viste tomar rapé; la razón es que en mi caja de rapé llevo un trozo de queso parmesano, un queso hecho en Italia, muy nutritivo. Bueno, ¡eso es para Ben Gunn!".

Antes de que terminara la cena, enterramos al viejo Tom en la arena y permanecimos un rato a su alrededor, con la cabeza descubierta, en la brisa. Se había metido mucha leña, pero no la suficiente para la fantasía del capitán, y sacudió la cabeza y nos dijo que "debemos volver a esto mañana con más energía". Luego, cuando hubimos comido nuestro cerdo y cada uno tomó un buen vaso de brandy grog, los tres jefes se reunieron en un rincón para discutir nuestras perspectivas.

Parece que no sabían qué hacer, las reservas estaban tan bajas que debimos morir de hambre y rendirnos mucho antes de que llegara la ayuda. Pero se decidió que nuestra mejor esperanza era matar a los bucaneros hasta que

arriaron su bandera o se escaparon con el . De diecinueve, ya reducidos a quince, otros dos estaban heridos, y uno, por lo menos — el hombre baleado al lado del arma—, gravemente herido, si es que no estaba muerto. Cada vez que tuviéramos una grieta en ellos, debíamos tomarla, salvando nuestras propias vidas, con el mayor cuidado. Y, además de eso, teníamos dos aliados capaces: el ron y el clima.

En cuanto a los primeros, aunque estábamos a media milla de distancia, podíamos oírlos rugir y cantar hasta altas horas de la noche; y en cuanto a los segundos, el doctor apostó su peluca, que acamparon donde ellos estaban en el pantano, y desprovistos de remedios, la mitad de ellos estarían de espaldas antes de una semana.

"Entonces", agregó, "si no nos derriban a todos primero, serán contento de estar empacando en la goleta. Siempre es un barco, y supongo que pueden volver a ser bucaneros de nuevo.

"El primer barco que perdí", dijo el Capitán Smollett.

Estaba muerto de cansancio, como pueden imaginar, y cuando me dormí, que no fue hasta después de dar muchas vueltas, dormí como un tronco de madera.

El resto se había levantado hacía mucho tiempo, y ya habían desayunado y aumentado la pila de leña a la mitad de nuevo, cuando me despertó un bullicio y el sonido de unas voces.

"¡Bandera de tregua!" Escuché a alguien decir, y luego, inmediatamente después, con un grito de sorpresa: "¡Silver mismo!"

Y, en ese momento, salté y, frotándome los ojos, corrí hacia una tronera en la pared.

XX

EMBAJADA DE PLATA

Efectivamente, había dos hombres justo afuera de la empalizada, uno de ellos agitando una tela blanca; el otro, nada menos que el propio Silver, permanecía plácidamente a su lado.

Todavía era bastante temprano, y la mañana más fría que creo alguna vez estuve en el extranjero; un escalofrío que atravesó la médula. El cielo estaba brillante y sin nubes en lo alto, y las copas de los árboles brillaban rosadas al sol. Pero donde estaba Silver con su lugarteniente todo estaba en sombras, y se metieron hasta las rodillas en un vapor bajo y blanco que se había arrastrado durante la noche fuera del pantano. El frío y el vapor juntos contaban una pobre historia de la isla. Era claramente un lugar húmedo, febril e insalubre.

“Manténganse adentro, hombres”, dijo el capitán. “Diez a uno, esto es un truco”.

Luego llamó al bucanero.

“¿Quién va? Ponte de pie o disparamos.

“¡Bandera de tregua!” gritó Plata.

El capitán estaba en el porche, manteniéndose cuidadosamente fuera del camino de un disparo traicionero, en caso de que se pretenda alguno. Se volvió y nos habló.

“Reloj del doctor al acecho. Doctor Livesey, tome el lado norte, por favor; Jim el este; Gris, oeste. La guardia de abajo, todas las manos para cargar mosquetes. Animados, hombres, y cuidadosos.

Y luego se volvió de nuevo hacia los amotinados.

“¿Y qué quieres con tu bandera de tregua?” gritó.

Esta vez fue el otro hombre quien respondió.

“Capitán Silver, señor, suba a bordo y llegue a un acuerdo”, gritó.

¡Capitán Silver! No lo conozco. ¿Quién es él?" gritó el capitán. Y lo oíamos agregar para sí mismo: "Capitán, ¿verdad? ¡Mi corazón, y aquí está la promoción!"

Long John respondió por sí mismo.

"Yo, señor. Estos pobres muchachos me han elegido capitán, después de su deserción, señor", poniendo un énfasis particular en la palabra "deserción". "Estamos dispuestos a someternos, si podemos llegar a un acuerdo, y sin rodeos. Todo lo que pido es su palabra, Capitán Smollett, de que me deje salir sano y salvo de esta empalizada, y un minuto para escapar antes de que se dispare un arma.

"Amigo", dijo el capitán Smollett, "no tengo el menor deseo de hablar con usted. Si desea hablar conmigo, puede venir, eso es todo. Si hay alguna traición, será de tu parte, y el Señor te ayude".

—Es suficiente, capitán —gritó Long John alegremente—. Una palabra tuya es suficiente. Conozco a un caballero, y puede confiar en eso.

Pudimos ver al hombre que llevaba la bandera de la tregua intentando retener a Silver. Tampoco fue maravilloso, viendo cuán arrogante había sido la respuesta del capitán. Pero Silver se rió de él en voz alta y le dio una palmada en la espalda, como si la idea de alarma hubiera sido absurda. Luego avanzó hacia la empalizada, tiró su muleta, levantó una pierna y con gran vigor y habilidad logró superar la valla y caer con seguridad al otro lado.

Confieso que estaba demasiado absorto en lo que estaba pasando como para ser de la más mínima utilidad como centinela; de hecho, ya había abandonado mi aspillera oriental y me había deslizado detrás del capitán, que ahora se había sentado en el umbral, con los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el agua que brotaba burbujeante. la vieja tetera de hierro en la arena. Estaba silbando para sí mismo: "Venid, muchachas y muchachos".

Silver tuvo un trabajo terriblemente duro para subir la loma. Con lo empinado de la pendiente, los gruesos tocones de los árboles y la arena blanda, él y su muleta estaban tan indefensos como un barco en el mar.

corsé. Pero se mantuvo firme como un hombre, en silencio, y al fin llegó ante el capitán, a quien saludó con la mayor gracia. Fue engañado en su mejor momento; una inmensa casaca azul, gruesa con botones de latón, colgaba hasta sus rodillas, y un fino sombrero de encaje estaba colocado en la parte posterior de su cabeza.

"Aquí está, mi hombre", dijo el capitán, levantando la cabeza. Será mejor que te sientes.

"¿No me va a dejar entrar, capitán?" se quejó Long John. "Es una mañana muy fría, sin duda, señor, para sentarse afuera en la arena".

"Pues, Silver", dijo el capitán, "si te hubiera gustado ser un hombre honesto, podrías haber estado sentado en tu galera. Es tu propia obra. O eres el cocinero de mi barco, y luego te trataron muy bien, o el Capitán Silver, un amotinado común y pirata, ¡y luego puedes ir a la horca!

-Bueno, bueno, capitán -replicó el cocinero de mar, sentándose como se le ordenaba en la arena-, tendrá que volver a echarme una mano para subir, eso es todo. Un lugar dulce y bonito lo tienes aquí.

¡Ah, ahí está Jim! Lo mejor de la mañana para ti, Jim. Doctor, aquí está mi servicio. Bueno, ahí están todos juntos como una familia feliz, por así decirlo.

"Si tiene algo que decir, amigo, mejor dígallo", dijo el capitán.

"Tiene razón, Capitán Smollett", respondió Silver. "Dooty es dooty, sin duda. Bueno, ahora, mira aquí, ese fue un buen polvo tuyo anoche. No niego que fue un buen polvo. Algunos de ustedes son bastante hábiles con un extremo de espiga. Y no voy a negar tampoco, pero que algunos de mi pueblo estaban estremecidos—tal vez todos estaban estremecidos; tal vez me sacudí a mí mismo; tal vez por eso estoy aquí por términos. ¡Pero si me advierte, capitán, no lo hará dos veces, por el trueno! Tendremos que hacer centinela y suavizar un punto más o menos en el ron. Tal vez pienses que todos éramos una sábana en el ojo del viento. Pero te diré que estaba sobrio; Yo estaba cansada como un perro; y si me hubiera despertado un segundo antes y te hubiera atrapado en el acto, lo haría. No estaba muerto cuando me acerqué a él, no él.

"¿Bien?" dice el Capitán Smollett, tan genial como puede ser.

Todo lo que Silver dijo fue un acertijo para él, pero nunca lo hubieras adivinado por su tono. En cuanto a mí, comencé a tener un presentimiento. Las últimas palabras de Ben Gunn volvieron a mi mente. Empecé a suponer que había hecho una visita a los bucaneros mientras todos yacían borrachos alrededor del fuego, y calculé con regocijo que sólo teníamos catorce enemigos con los que lidiar.

"Bueno, aquí está", dijo Silver. "Queremos ese tesoro, y lo tendremos, ¡ese es nuestro punto! Preferiríais salvar vuestras vidas, supongo; y eso es tuyo. Tienes un gráfico, ¿no?"

"Así es como puede ser", respondió el capitán.

"Oh, bueno, lo tienes, lo sé", respondió Long John. "Tú no es necesario ser tan ronco con un hombre; no hay ni una partícula de servicio en eso, y puedes confiar en ello. Lo que quiero decir es que queremos tu gráfico. Ahora, nunca quise hacerte daño, yo mismo.

—Eso no está bien conmigo, amigo mío —interrumpió el capitán. "Sabemos exactamente lo que pretendías hacer, y no nos importa; por ahora, verás, no puedes hacerlo.

Y el capitán lo miró con calma, y procedió a llenar una pipa.

—Si Abe Gray... —estalló Silver.

"¡Avast allí!" exclamó el señor Smollett. Gray no me dijo nada, y yo no le pregunté nada; y lo que es más, te vería a ti, a él y a toda esta isla ser arrasados del agua y convertidos en llamas primero. Así que ahí está mi mente para ti, mi hombre, en eso".

Este pequeño soplo de temperamento pareció enfriar a Silver. Se había estado irritando antes, pero ahora se recompuso.

"Me gusta bastante", dijo. "No pondría límites a lo que los caballeros podrían considerar en buen estado, o no, según el caso. Y, viendo que está a punto de tomar una pipa, capitán, le daré la libertad de hacer lo mismo.

Y llenó una pipa y la encendió; y los dos hombres se sentaron a fumar en silencio durante un buen rato, ora mirándose a la cara, ora dejando el tabaco, ora inclinándose hacia delante para escupir. Era tan bueno como la obra verlos.

“Ahora”, continuó Silver, “aquí está. Nos das el gráfico para conseguir el tesoro, y arrojar a tiros a los pobres marineros, y hundirles la cabeza mientras duermen. Usted hace eso y le ofreceremos una opción. O subes a bordo con nosotros, una vez que hayamos embarcado el tesoro, y luego te daré mi affy-davy, bajo mi palabra de honor, para llevarte a algún lugar seguro en tierra.

O, si eso no es de tu agrado, algunas de mis manos son ásperas y tienen partituras antiguas debido a las novatadas, entonces puedes quedarte aquí, puedes. Repartiremos provisiones contigo, hombre por hombre; y daré mi affy-davy, como antes, para hablar con el primer barco que vea, y enviarlos aquí para que lo recojan. Ahora serás dueño de que está hablando. Más guapo que no podías buscar, no tú. Y espero —alzando la voz— que todas las manos en este fortín revisarán mis palabras, porque lo que se dice a uno se dice a todos.

El Capitán Smollett se levantó de su asiento y apagó las cenizas de su pipa en la palma de su mano izquierda.

"¿Eso es todo?" preguntó.

"¡Hasta la última palabra, por el trueno!" respondió Juan. "Rechazar eso y lo último que has visto de mí son balas de mosquete.

“Muy bien”, dijo el capitán. “Ahora me escucharás. Si suben uno por uno, desarmados, me comprometo a encadenarlos a todos y llevarlos a casa para un juicio justo en Inglaterra. Si no lo hacen, mi nombre es Alexander Smollett, he mostrado los colores de mi soberano y los veré a todos en Davy Jones. No puedes encontrar el tesoro. No podéis pilotar el barco, no hay hombre entre vosotros apto para pilotar el barco. No podéis luchar contra nosotros. Gray, ahí, se escapó de cinco de vosotros. Su barco está encadenado, Maestro Silver; estás en una orilla de sotavento, y así lo encontrarás. Estoy aquí y te lo digo, y son las últimas buenas palabras que obtendrás de mí; porque, en el nombre del cielo, voy a poner una bala en tu

volveré cuando te vea la próxima vez. Vagabundo, muchacho. Salid de esto, por favor, mano sobre mano, y doble rápido.

El rostro de Silver era una imagen; sus ojos brillaron en su cabeza con ira. Sacudió el fuego de su pipa.

"¡Dame una mano!" gritó.

"Yo no", respondió el capitán.

"¿Quién me echa una mano?" rugió.

Ni un hombre entre nosotros se movió. Gruñendo las peores imprecaciones, se arrastró por la arena hasta que llegó al porche y pudo izarse de nuevo sobre su muleta. Luego escupió en el manantial.

"¡Allá!" -exclamó-, eso es lo que pienso de ti. antes de un Pasada una hora, cocinaré en tu antiguo fortín como un ponche de ron. ¡Ríete, por el trueno, ríete! Antes de que pase una hora, te reirás del otro lado. Los que mueran serán los afortunados.

Y con un juramento espantoso, se alejó a trompicones, se arrastró por la arena, fue ayudado a cruzar la empalizada, después de cuatro o cinco fracasos, por el hombre de la bandera de la tregua, y desapareció un instante después entre los árboles.

XXI EL ATAQUE

Tan pronto como Silver desapareció, el capitán, que lo había estado observando de cerca, se volvió hacia el interior de la casa y no encontró a ninguno de nosotros en su puesto sino a Gray. Era la primera vez que lo habíamos visto enfadado.

"¡Cuarteles!" rugió. Y luego, mientras nos escabullíamos de regreso a nuestros lugares, "Gray", dijo, "apuntaré tu nombre en el registro; has cumplido con tu deber como un marinero. Sr. Trelawney, estoy sorprendido de usted, señor. ¡Doctor, pensé que se había puesto el abrigo del rey! Si así sirvió en Fontenoy, señor, habría estado mejor en su litera.

La guardia del médico estaba toda de vuelta en sus escapatorias, el resto estaba ocupado cargando los mosquetes de repuesto, y todos con la cara roja, puedes estar seguro, y una pulga en la oreja, como dice el dicho.

El capitán miró durante un rato en silencio. Luego habló.

"Mis muchachos", dijo, "le he dado a Silver una andanada. yo lancé al rojo vivo a propósito; y antes de que pase la hora, como él dijo, seremos abordados. Nos superan en número, no hace falta que te lo diga, pero luchamos en un refugio; y, hace un minuto, debería haber dicho que peleamos con disciplina. No tengo ninguna duda de que podemos derrotarlos, si así lo deseas.

Luego hizo la ronda y vio, como dijo, que todo estaba despejado.

En los dos lados cortos de la casa, este y oeste, solo había dos aspilleras; en el lado sur donde estaba el pórtico, dos de nuevo; y en el lado norte, cinco. Había una veintena de mosquetes para los siete; la leña tenía

Se había construido en cuatro montones, mesas, se podría decir, uno en el medio de cada lado, y en cada una de estas mesas se colocaron algunas municiones y cuatro mosquetes cargados listos para la mano de los defensores. En el medio, los machetes yacían alineados.

“Apaga el fuego”, dijo el capitán; “El frío ha pasado, y no debemos tener humo en los ojos”.

El brasero de hierro fue llevado por el Sr. Trelawney y las brasas sofocadas entre la arena.

Hawkins no ha desayunado. Hawkins, sírvase usted mismo y regrese a su puesto para comérselo”, continuó el capitán Smollett. “Animado, ahora, mi muchacho; lo querrás antes de que lo hayas hecho. Hunter, sirva una ronda de brandy a todos.

Y mientras esto sucedía, el capitán completó, en su propia mente, el plan de la defensa.

“Doctor, usted tomará la puerta”, prosiguió. “Mira y no te expongamos; manténganse adentro, y disparen a través del pórtico. Hunter, toma el lado este, allí. Joyce, quédate en el oeste, amigo mío. Sr. Trelawney, usted es el mejor tirador: usted y Gray tomarán este largo lado norte, con las cinco aspilleras; ahí está el peligro. Si pueden ponerse a la altura y disparar contra nosotros a través de nuestros propios puertos, las cosas empezarán a verse sucias. Hawkins, ni tú ni yo somos muy importantes en el tiroteo; estaremos listos para cargar y echar una mano.

Como había dicho el capitán, el frío había pasado. Tan pronto como el sol hubo subido por encima de nuestro cinturón de árboles, cayó con toda su fuerza sobre el claro, y absorbió los vapores de un tiro. Pronto la arena se cocía y la resina se derretía en los troncos del fortín. Chaquetas y abrigos fueron arrojados a un lado; las camisas se abrían por el cuello y se enrollaban hasta los hombros; y nos quedamos allí, cada uno en su puesto, en una fiebre de calor y ansiedad.

Pasó una hora.

“¡Cuelgalos!” dijo el capitán. “Esto es tan aburrido como el zona de las calmas ecuatoriales. Gray, silba para el viento.

Y justo en ese momento llegó la primera noticia del ataque.

—Por favor, señor —dijo Joyce—, si veo a alguien, ¿debo disparar?

"¡Te lo dije!" gritó el capitán.

"Gracias, señor", respondió Joyce, con la misma tranquila cortesía.

Durante un tiempo no siguió nada, pero el comentario nos había puesto a todos alerta, forzando los oídos y los ojos: los mosqueteros con sus piezas en equilibrio en las manos, el capitán en medio del fortín, con la boca muy apretada y el ceño fruncido. en su cara.

Así pasaron algunos segundos, hasta que de repente Joyce levantó su mosquete y disparó. Apenas se había extinguido el estallido cuando se repitió una y otra vez desde fuera en una andanada dispersa, tiro tras tiro, como una hilera de gansos, desde todos los lados del recinto. Varias balas alcanzaron la casa de troncos, pero ninguna entró; y, cuando el humo se disipó y se desvaneció, la empalizada y los bosques que la rodeaban parecían tan tranquilos y vacíos como antes. Ni una rama se movió, ni el brillo de un cañón de mosquete traicionó la presencia de nuestros enemigos.

"¿Golpeaste a tu hombre?" preguntó el capitán.

"No, señor", respondió Joyce. "Creo que no, señor."

"Lo mejor para decir la verdad", murmuró el capitán Smollett.

Cargue su arma, Hawkins. ¿Cuántos debería decir que había de su lado, doctor?

"Lo sé con precisión", dijo el doctor Livesey. "Fueron tres tiros disparado de este lado. Vi los tres destellos, dos muy juntos, uno más al oeste".

"¡Tres!" repitió el capitán. "¿Y cuántos en el suyo, Sr. Trelawney?"

Pero esto no fue tan fácil de responder. Habían venido muchos del norte: siete, según el cómputo del escudero; ocho o nueve, según Gray. Desde el este y el oeste solo se había disparado un solo tiro. Era claro, por lo tanto, que el ataque se desarrollaría desde el norte, y que en los otros tres lados solo nos molestaría una demostración de

hostilidades Pero el Capitán Smollett no hizo ningún cambio en sus arreglos. Si los amotinados lograban cruzar la empalizada, argumentaba, tomarían posesión de cualquier resquicio sin protección y nos derribarían como ratas en nuestra propia fortaleza.

Tampoco nos quedaba mucho tiempo para pensar. De repente, con un fuerte huzza, una pequeña nube de piratas saltó del bosque en el lado norte y corrió directamente hacia la empalizada. En el mismo momento, el fuego se abrió una vez más desde el bosque, y una bala de rifle pasó silbando a través de la puerta y destrozó el mosquete del médico.

Los intrusos se abalanzaron sobre la cerca, como monos. Squire y Gray dispararon una y otra vez; tres hombres cayeron, uno hacia adelante en el recinto, dos hacia atrás en el exterior. Pero de estos, uno estaba evidentemente más asustado que herido, porque se puso de pie de nuevo en una grieta, y al instante desapareció entre los árboles.

Dos habían mordido el polvo, uno había huido, cuatro habían pisado bien dentro de nuestras defensas; mientras que desde el refugio del bosque siete u ocho hombres, cada uno evidentemente provisto de varios mosquetes, mantenían un fuego caliente aunque inútil en la casa de troncos.

Los cuatro que habían abordado se dirigieron directamente hacia el edificio, gritando mientras corrían, y los hombres entre los árboles les gritaron para animarlos. Se hicieron varios disparos, pero tal era la prisa de los tiradores, que ninguno pareció hacer efecto. En un momento, los cuatro piratas habían trepado al montículo y estaban sobre nosotros.

La cabeza de Job Anderson, el contramaestre, apareció en la escapatoria del medio.

“¡A ellos, todas las manos, todas las manos!” rugió, con voz de trueno.

En el mismo momento, otro pirata agarró el mosquete de Hunter por la boca, se lo arrancó de las manos, lo tiró por la espillera y, con un golpe aterrador, dejó al pobre hombre sin sentido en el suelo. Mientras tanto un tercero,

corriendo ileso por toda la casa, apareció de repente en la puerta y cayó con su machete sobre el médico.

Nuestra posición se invirtió por completo. Un momento desde que estábamos disparando, a cubierto, a un enemigo expuesto; ahora éramos nosotros los que yacíamos descubiertos y no podíamos devolver un golpe.

La casa de troncos estaba llena de humo, a lo que debíamos nuestra relativa seguridad. Gritos y confusión, destellos y estallidos de disparos y un fuerte gemido resonaron en mis oídos.

“¡Fuera, muchachos, salgan y peleen al aire libre! ¡Machetes! gritó el capitán.

Cogí un alfanje del montón, y alguien, al mismo tiempo que arrebataba otro, me hizo un corte en los nudillos que apenas sentí. Salí corriendo por la puerta a la clara luz del sol. Alguien estaba muy cerca, no sabía quién.

Justo en frente, el médico perseguía a su agresor cuesta abajo y, justo cuando mis ojos se posaron sobre él, bajó la guardia y lo envió de espaldas, con un gran corte en la cara.

“¡Alrededor de la casa, muchachos! ¡Alrededor de la casa! -exclamó el capitán, y aun en medio del alboroto percibí un cambio en su voz.

Obedecí mecánicamente, me volví hacia el este y, con mi machete levantado, corrió alrededor de la esquina de la casa. Al momento siguiente estaba cara a cara con Anderson. Rugió en voz alta y su percha se elevó sobre su cabeza, brillando a la luz del sol. No tuve tiempo de asustarme, pero, como el golpe aún era inminente, salté en un santiamén hacia un lado y, perdiendo el equilibrio en la arena blanda, rodé de cabeza por la pendiente.

Cuando salí por primera vez de la puerta, los otros amotinados ya habían estado trepando por la empalizada para acabar con nosotros. Un hombre, con un gorro de dormir rojo y el alfanje en la boca, incluso se había subido a la parte superior y había cruzado una pierna.

Bueno, tan corto había sido el intervalo, que cuando volví a ponerme de pie todos estaban en la misma postura, el tipo con el gorro de dormir rojo todavía a mitad de camino, otro todavía mostrando su

cabeza por encima de la parte superior de la empalizada. Y, sin embargo, en este aliento de tiempo, la lucha había terminado y la victoria era nuestra.

Gray, que me seguía de cerca, había derribado al gran contraamaestre antes de que tuviera tiempo de recuperarse del golpe perdido.

A otro le habían disparado en una aspillería en el mismo acto de disparar contra la casa, y ahora yacía en agonía, con la pistola aún humeando en la mano. De un tercero, según había visto, el médico se había deshecho de golpe. De los cuatro que habían escalado la empalizada, sólo faltaba uno, y él, habiendo dejado su alfanje en el campo, ahora volvía a trepar con el miedo de la muerte sobre él.

¡Fuego, fuego de la casa! gritó el médico. "Y ustedes, muchachos, vuelvan a ponerse a cubierto".

Pero sus palabras no fueron escuchadas, no se disparó ningún tiro, y el último huésped logró escapar y desapareció con el resto en el bosque. En tres segundos no quedaba nada del grupo atacante sino los cinco que habían caído, cuatro en el interior y uno en el exterior de la empalizada.

El médico, Gray y yo corrimos a toda velocidad en busca de refugio. El los supervivientes pronto estarían de vuelta donde habían dejado sus mosquetes, y en cualquier momento el fuego podría reanudarse.

La casa ya estaba algo despejada de humo, y vimos de un vistazo el precio que habíamos pagado por la victoria.

Hunter yacía junto a su escapatoria, aturdido; Joyce junto a él, con un disparo en la cabeza, para no volver a moverse nunca más; mientras justo en el centro el escudero sostenía al capitán, uno tan pálido como el otro.

"El capitán está herido", dijo el Sr. Trelawney.

¿Han corrido? preguntó el Sr. Smollett.

"Todo lo que pueda, puede estar obligado", respondió el médico; "pero hay cinco de ellos que nunca volverán a correr".

"¡Cinco!" gritó el capitán. "Ven, eso es mejor. cinco en contra tres nos deja cuatro a nueve. Esas son mejores probabilidades que las que teníamos al comenzar. Entonces teníamos de siete a diecinueve años, o creíamos que los teníamos, y eso es tan malo de soportar". 1 —

PARTE V

MI AVENTURA EN EL MAR

XXIII

CÓMO COMENZÓ MI AVENTURA EN EL MAR

Los amotinados no regresaron, ni siquiera otro disparo fuera del bosque. Habían "obtenido sus raciones para ese día", como dijo el capitán, y teníamos el lugar para nosotros solos y un momento tranquilo para revisar a los heridos y cenar. Squire y yo cocinábamos afuera, a pesar del peligro, e incluso afuera apenas podíamos saber en qué estábamos, por el horror de los fuertes gemidos que nos llegaban de los pacientes del doctor.

De los ocho hombres que habían caído en la acción, sólo tres aún respiraban —uno de los piratas a los que habían disparado en la espillera, Hunter y el capitán Smollett— y de estos, los dos primeros estaban prácticamente muertos; el amotinado, de hecho, murió bajo el bisturí del médico, y Hunter, hagamos lo que podamos, nunca recuperó la conciencia en este mundo. Se entretuvo todo el día, respirando ruidosamente como el viejo bucanero en casa en su ataque de apoplejía; pero los huesos de su pecho habían sido aplastados por el golpe y su cráneo fracturado al caer, y en algún momento de la noche siguiente, sin señal ni sonido, fue a su Hacedor.

En cuanto al capitán, sus heridas eran realmente graves, pero no peligroso. Ningún órgano resultó herido de muerte. La pelota de Anderson —pues fue Job quien le disparó primero— le había roto el omóplato y le había tocado el pulmón, no demasiado; el segundo solo se había desgarrado y desplazado algunos músculos de la pantorrilla. Estaba seguro de recuperarse, dijo el médico, pero mientras tanto, y durante las próximas semanas, no debía caminar ni mover el brazo, ni siquiera hablar cuando podía evitarlo.

Mi propio corte accidental en los nudillos fue una picadura de pulga. El doctor Livesey lo reparó con yeso y, además, me tiró de las orejas.

Después de la cena, el escudero y el médico se sentaron junto al capitán. Lado un rato en consulta; y cuando hubieron hablado a sus anchas, siendo poco después del mediodía, el doctor tomó su sombrero y sus pistolas, se ciñó un alfanje, se guardó el gráfico en el bolsillo y, con un mosquete al hombro, atravesó la empalizada. en el lado norte y partió rápidamente a través de los árboles.

Gray y yo estábamos sentados juntos en el otro extremo del fortín, para estar fuera del alcance del oído de nuestros oficiales, consultando, y Gray se quitó la pipa de la boca y casi se olvidó de volver a ponérsela, tan estupefacto que estaba con esto. ocurrencia.

—¿Por qué, en nombre de Davy Jones —dijo—, está loco el doctor Livesey?

“Vaya, no”, dije yo. “Él es el último de esta tripulación en eso, supongo”.

"Bueno, compañero de barco", dijo Gray, "puede que no esté loco, pero si él es no, recuerda mis palabras, lo estoy".

“Supongo”, respondí, “el doctor tiene su idea, y si estoy en lo cierto, ahora irá a ver a Ben Gunn”.

Tenía razón, como se vio después; pero mientras tanto, con el calor sofocante en la casa y el pequeño trozo de arena dentro de la empalizada ardiendo con el sol del mediodía, comencé a tener otro pensamiento en mi cabeza que de ninguna manera era tan correcto.

Lo que comencé a hacer fue envidiar al doctor, caminando a la fresca sombra del bosque, con los pájaros alrededor y el agradable olor de los pinos, mientras yo asaba a la parrilla, con la ropa pegada a la resina caliente, y tanto. sangre a mi alrededor, y tantos pobres cadáveres tirados por todas partes, que sentí un asco del lugar que era casi tan fuerte como el miedo.

Durante todo el tiempo que estuve lavando el blocao y luego lavando las cosas de la cena, este asco y envidia se fueron haciendo más y más fuertes, hasta que por fin, estando cerca de un

bolsa de pan, sin que nadie me observara, di el primer paso hacia mi escapada y llené ambos bolsillos de mi abrigo con galletas.

Fui un tonto, por así decirlo, y ciertamente iba a cometer un acto tonto y demasiado atrevido, pero estaba decidido a hacerlo con todas las precauciones a mi alcance. Estas galletas, si me ocurriera algo, al menos me impedirían morir de hambre hasta muy avanzado el día siguiente.

Lo siguiente que agarré fue un par de pistolas, y mientras ya tenía un cuerno de pólvora y balas, me sentí bien provisto de armas.

En cuanto al esquema que tenía en mi cabeza, no era malo en sí mismo. Era descender por la lengua de arena que separa el fondeadero por el este del mar abierto, encontrar la roca blanca que había observado la noche anterior y averiguar si Ben Gunn había escondido su barco allí o no, algo que valía la pena. haciendo, como sigo creyendo. Pero como estaba seguro de que no se me permitiría salir del recinto, mi único plan era tomar un permiso francés y escabullirme cuando nadie estuviera mirando, y esa era una manera tan mala de hacerlo que hacía que la cosa en sí misma fuera un error. Pero yo era sólo un niño y había tomado una decisión.

Bueno, como las cosas finalmente se cayeron, encontré una oportunidad admirable. El escudero y Gray estaban ocupados ayudando al capitán con sus vendajes; la costa estaba despejada; Me lancé por encima de la empalizada y me adentré en la espesura de los árboles, y antes de que se notara mi ausencia, estaba fuera del alcance de mis compañeros.

Esta fue mi segunda locura, mucho peor que la primera, ya que dejé solo a dos hombres sanos para cuidar la casa; pero, como la primera, fue una ayuda para salvarnos a todos.

Me dirigí directamente a la costa este de la isla, porque estaba decidido a bajar por la orilla del mar de la lengua para evitar toda posibilidad de observación desde el fondeadero. Ya era tarde en la tarde, aunque todavía cálido y soleado. Mientras continuaba atravesando los bosques altos, podía escuchar desde lejos

ante mí no sólo el trueno continuo de las olas, sino también un cierto movimiento del follaje y el crujido de las ramas que me mostró que la brisa del mar soplaba más fuerte que de costumbre.

Pronto comenzaron a llegarme corrientes de aire fresco, y unos pocos pasos más allá llegué a los bordes abiertos de la arboleda y vi el mar azul y soleado en el horizonte y las olas revoloteando y arrojando su espuma a lo largo de la playa.

Nunca he visto el mar en calma alrededor de Treasure Island. El sol podría resplandecer en lo alto, el aire no tendría aliento, la superficie sería lisa y azul, pero aun así estas grandes olas seguirían corriendo a lo largo de toda la costa exterior, tronando y tronando de día y de noche, y apenas creo que haya un solo lugar en la isla donde un hombre estaría fuera del alcance del oído de su ruido.

Caminé junto a las olas con gran placer, hasta que, pensando que ya había avanzado lo suficiente hacia el sur, me protegí de unos arbustos espesos y me arrastré con cautela hasta la cresta de la lengua.

Detrás de mí estaba el mar; de frente, el fondeadero. La brisa marina, como si se hubiera extinguido antes por su inusitada violencia, ya había terminado; había sido sucedida por aires ligeros y variables del sur y sureste, trayendo grandes bancos de niebla; y el fondeadero, a sotavento de la isla de los Esqueletos, yacía inmóvil y plomizo como cuando entramos en él por primera vez. En ese momento, se retrató exactamente desde el camión hasta la línea de flotación, el Jolly Roger colgando de su pico.

Al lado yacía uno de los botes, Silver en las escotas de popa, a él siempre pude reconocerlo, mientras un par de hombres estaban inclinados sobre las amuradas de popa, uno de ellos con una gorra roja, el mismo pícaro que había visto unas horas antes. zancadas sobre la empalizada. Aparentemente estaban hablando y riéndose, aunque a esa distancia, más de una milla, por supuesto, no pude escuchar ni una palabra de lo que dijeron.

De repente comenzaron los gritos más horribles y sobrenaturales, que al principio me sobresaltaron mucho, aunque tenía

Pronto recordé la voz del Capitán Flint, e incluso pensé que podía distinguir al pájaro por su brillante plumaje mientras estaba sentada en la muñeca de su amo.

Poco después, el chinchorro se hizo a la mar y llegó a la orilla, y el hombre de la gorra roja y su camarada bajaron junto al camarote.

Casi al mismo tiempo que el sol se ocultaba detrás del Catalejo, y mientras la niebla se acumulaba rápidamente, comenzó a oscurecer en serio. Vi que no debía perder tiempo si quería encontrar el barco esa noche.

La roca blanca, bastante visible por encima de la maleza, estaba todavía un octavo de milla más abajo en la lengua, y me tomó un buen rato llegar hasta ella, arrastrándome, a menudo a cuatro patas, entre los matorrales. Casi había llegado la noche cuando puse mi mano en sus lados ásperos. Justo debajo había un pequeño hueco de césped verde, oculto por los bancos y un espeso sotobosque que llegaba hasta las rodillas, que crecía allí muy abundantemente; y en el centro del valle, efectivamente, una pequeña tienda de pieles de cabra, como las que los gitanos llevan consigo en Inglaterra.

Me dejé caer en el hueco, levanté el lateral de la tienda y allí estaba el barco de Ben Gunn, hecho en casa, si es que algo ha sido hecho en casa, una estructura tosca y torcida de madera dura, y sobre ella se extendía una cubierta de piel de cabra, con el pelo dentro. La cosa era extremadamente pequeña, incluso para mí, y apenas puedo imaginar que podría haber flotado con un hombre de tamaño completo. Había un banco colocado lo más bajo posible, una especie de camilla en la proa y un remo doble para la propulsión.

Entonces no había visto una barcaza, como las que hacían los antiguos británicos, pero he visto una desde entonces, y no puedo darles una idea más justa del barco de Ben Gunn que diciendo que fue como la primera y la peor barcaza jamás construida por el hombre. . Pero la gran ventaja de la barcaza la poseía ciertamente, pues era sumamente ligera y portátil.

Bueno, ahora que había encontrado el bote, habrías pensado que ya estaba harto de vagabundeos por una vez; pero mientras tanto había tomado otra idea, y me había encariñado tan obstinadamente con ella que la habría llevado a cabo, creo, en contra del propio capitán Smollett. Esto era para escabullirse al amparo de la noche, cortar la deriva y dejarla ir a la deriva donde le apeteciera. Había decidido por completo que los amotinados, después de su rechazo de la mañana, no tenían nada más cercano a sus corazones que llevar el ancla y partir al mar; esto, pensé, sería una buena cosa para prevenir, y ahora que había visto cómo dejaron a su vigilante sin un bote, pensé que podría hacerse con poco riesgo.

Abajo me senté a esperar la oscuridad, e hice una buena comida de galleta. Fue una noche fuera de diez mil para mi propósito. La niebla ahora había enterrado todo el cielo. A medida que los últimos rayos de luz del día disminuían y desaparecían, la oscuridad absoluta se asentó en Treasure Island. Y cuando, por fin, cargué la barcaza y salí a tientas del hueco donde había cenado, sólo había dos puntos visibles en todo el fondeadero.

Uno era el gran fuego en la costa, junto al cual los piratas derrotados yacían de parranda en el pantano. El otro, un mero borrón de luz sobre la oscuridad, indicaba la posición del barco anclado. Había virado hacia el reflujo, su proa ahora estaba hacia mí, las únicas luces a bordo estaban en la cabina; y lo que vi fue simplemente un reflejo en la niebla de los fuertes rayos que fluían desde la ventana de popa.

El reflujo ya había pasado algún tiempo, y tuve que vadear a través de un largo cinturón de arena pantanosa, donde me hundi varias veces por encima del tobillo, antes de llegar al borde del agua que se retiraba, y me adentré un poco, con algunos fuerza y destreza, pon mi barcaza, con la quilla hacia abajo, en la superficie.

XXIII

EL EBB-MAREA CORRE

El coracle, como tenía amplias razones para saber antes de terminar con él, era un bote muy seguro para una persona de mi estatura y peso, a la vez flotante e inteligente en el mar; pero ella era la nave más torcida y desequilibrada de manejar. Haz lo que quieras, ella siempre dejaba más margen que cualquier otra cosa, y dar vueltas y más vueltas era la maniobra que mejor se le daba. Incluso el mismo Ben Gunn ha admitido que ella era "rara de manejar hasta que conocías su camino".

Ciertamente no conocía su camino. Se volvió en todas direcciones menos en la que yo tenía que ir; la mayor parte del tiempo estuvimos de costado, y estoy muy seguro de que nunca hubiera llegado al barco si no hubiera sido por la marea. Por suerte, remar como quisiera, la marea todavía me arrastraba hacia abajo; y allí estaba la derecha en la corriente de perder.

Primero apareció ante mí como una mancha de algo aún más negro que la oscuridad, luego sus vergas y su casco comenzaron a tomar forma, y al momento siguiente, al parecer (porque cuanto más avanzaba, más rápido aumentaba la corriente del reflujo), yo estaba al lado de su guindaleza, y la había agarrado.

La guindaleza estaba tan tensa como la cuerda de un arco y la corriente era tan fuerte que tiró del ancla. Alrededor del casco, en la oscuridad, la corriente ondulante burbujeaba y parloteaba como un pequeño arroyo de montaña. Un corte con mi barranco de mar, y la Hispaniola marea bajaría zumbando.

Hasta ahora, todo bien; pero luego se me ocurrió recordar que una guindaleza tensa, cortada repentinamente, es algo tan peligroso como un

caballo de patadas. Diez a uno, si fuera tan temerario como para cortar el Hispaniola de su ancla, yo y el coracle estaríamos sacado del agua.

Esto me hizo detenerme por completo, y si la fortuna no hubiera vuelto a particularmente me favorecía, debería haber tenido que abandonar mi diseño. Pero los aires ligeros que habían comenzado a soplar desde el sureste y el sur se habían desplazado después del anochecer hacia el suroeste. Justo mientras estaba meditando, llegó una bocanada, la atrapó y la obligó a subir a la corriente. Hispaniola mi gran alegría, sentí que la guindaleza se aflojaba en mis manos, y la mano con la que la sostenía se hundía por un segundo bajo el agua.

Con eso me decidí, saqué mi barranco, lo abrí con mis dientes, y corté una hebra tras otra, hasta que la embarcación se balanceó sólo por dos. Luego me quedé quieto, esperando cortar estos últimos cuando la tensión debería ser aliviada una vez más por un soplo de viento.

Todo este tiempo había escuchado el sonido de fuertes voces desde la cabina; pero, a decir verdad, mi mente había estado tan ocupada con otros pensamientos que apenas había prestado atención. Ahora, sin embargo, cuando no tenía nada más que hacer, comencé a prestar más atención.

Uno que reconocí por el timonel, Israel Hands, que había sido el artillero de Flint en días anteriores. El otro era, por supuesto, mi amigo del gorro de dormir rojo. Ambos hombres estaban claramente borrachos de alcohol, y todavía estaban bebiendo; porque, mientras yo escuchaba, uno de ellos, con un grito de borracho, abrió la ventana de popa y tiró algo, que adiviné que era una botella vacía. Pero no solo estaban borrachos; era evidente que estaban furiosamente enojados. Los juramentos volaban como piedras de granizo, y de vez en cuando se producía tal explosión que pensé que seguramente terminaría en golpes. Pero cada vez que la pelea pasó, y las voces se quejaron más bajo por un tiempo, hasta que llegó la siguiente crisis, y, a su vez, pasó sin resultado.

En la orilla, pude ver el resplandor de la gran fogata que ardía cálidamente a través de los árboles de la orilla. alguien estaba

cantando una vieja y aburrida canción de marinero, con una caída y un temblor al final de cada estrofa, y aparentemente sin otro fin que la paciencia del cantante. Lo había oído en el viaje más de una vez, y recordaba estas palabras:

"Pero un hombre de la tripulación vivo,
¿Qué se hizo a la mar con setenta y cinco".

Y pensé que era una cancioncilla demasiado lamentablemente apropiada para una compañía que había sufrido pérdidas tan crueles en la mañana. Pero, de hecho, por lo que vi, todos estos bucaneros eran tan insensibles como el mar en el que navegaban.

Por fin llegó la brisa; la goleta se deslizó y se acercó en la oscuridad; Sentí que la guindaleza se aflojaba una vez más y, con un buen y duro esfuerzo, corté las últimas fibras.

La brisa tenía poca acción sobre el coracle, y casi instantáneamente fui barrido contra la proa del . Al mismo tiempo, la goleta comenzó a girar sobre sus talones, girando lentamente, de punta a punta, a través de la corriente.

Trabajé como un demonio, porque esperaba que cada momento fuera inundado; y como descubrí que no podía empujar la barcaza directamente, empujé ahora en línea recta hacia atrás. Por fin me alejé de mi peligroso vecino, y justo cuando di el último impulso, mis manos tropezaron con una cuerda ligera que se arrastraba por la borda a través de las amuradas de popa. Instantáneamente lo capté.

Por qué debería haberlo hecho, apenas puedo decirlo. fue al principio mero instinto, pero una vez que lo tuve en mis manos y lo encontré rápido, la curiosidad comenzó a tomar la delantera, y decidí que debería echar un vistazo a través de la ventana de la cabina.

Tiré mano sobre mano de la cuerda y, cuando juzgué Me acerqué lo suficiente, me elevé con un riesgo infinito hasta aproximadamente la mitad de mi altura, y así dominé el techo y una parte del interior de la cabina.

Para entonces, la goleta y su pequeña consorte se deslizaban bastante rápido por el agua; de hecho, ya habíamos llegado al nivel de la fogata. El barco hablaba, como dicen los marineros, en voz alta, pisando las innumerables ondas con un chapoteo incesante y vertiginoso; y hasta que puse mi ojo por encima del alféizar de la ventana no pude comprender por qué los vigilantes no se habían alarmado. Una mirada, sin embargo, fue suficiente; y fue sólo una mirada lo que me atreví a tomar de ese esquiife inestable. Me mostró a Manos y su compañero enfrascados en una lucha mortal, cada uno con una mano en la garganta del otro.

Me dejé caer sobre el banco de nuevo, no demasiado pronto, porque estaba cerca de la borda. Por el momento no podía ver nada más que estos dos rostros furiosos y enrojecidos, balanceándose juntos bajo la lámpara humeante; y cerré los ojos para que se familiarizaran una vez más con la oscuridad.

La interminable balada había llegado a su fin por fin, y toda la reducida compañía que rodeaba el fuego del campamento había estallado en el coro que había oído tantas veces:

“¡Quince hombres en el cofre del muerto, Yo-ho-ho
y una botella de ron!

“Beber y el diablo había hecho por el resto— ¡Yo-ho-ho y
una botella de ron!”

Estaba pensando en lo ocupados que estaban la bebida y el diablo en ese mismo momento en la cabina del cuando me sorprendió una repentina sacudida del coracle. En el mismo momento, ella giró bruscamente y pareció cambiar de rumbo. Mientras tanto, la velocidad había aumentado extrañamente.

Abrí los ojos de inmediato. A mi alrededor había pequeñas ondas que se peinaban con un sonido agudo, erizado y ligeramente fosforescente. El mismísimo, a unos pocos metros en cuyo interior todavía estaba siendo arrastrado, pareció tambalearse en su curso, y vi que sus vergas se sacudían un poco.

contra la negrura de la noche; no, mientras miraba más, me aseguré de que ella también giraba hacia el sur.

Miré por encima del hombro y mi corazón saltó contra mis costillas. Allí, justo detrás de mí, estaba el resplandor de la fogata. La corriente había girado en ángulo recto, arrastrando consigo la alta goleta y la pequeña barquilla danzante; cada vez más rápido, cada vez más burbujeante, cada vez más fuerte, se fue girando a través de los estrechos hacia el espacio abierto. mar.

De repente, la goleta frente a mí dio una violenta guiñada, girando, quizás, veinte grados; y casi al mismo tiempo un grito siguió a otro desde a bordo. Oí los pasos que golpeaban la escalera de mano y supe que los dos borrachos habían sido finalmente interrumpidos en su pelea y despertados a la sensación de su desastre.

Me acosté en el fondo de ese miserable esquife y recomendé devotamente mi espíritu a su Hacedor. Al final del estrecho me aseguré de caer en alguna barra de olas embravecidas, donde todos mis problemas terminarían rápidamente; y aunque tal vez podría soportar la muerte, no podía soportar ver mi destino a medida que se acercaba.

Así que debo haber estado acostado durante horas, golpeado continuamente de un lado a otro. sobre las olas, mojadas de vez en cuando por los chorros de agua, y sin dejar nunca de esperar la muerte en el próximo salto. Gradualmente el cansancio creció sobre mí; un entumecimiento, un estupor ocasional, se apoderó de mi mente incluso en medio de mis terrores, hasta que el sueño finalmente intervino, y en mi barcaza sacudida por el mar me acosté y soñé con mi hogar y el viejo Almirante Benbow.

XXIV

EL CRUCERO DEL CORACLE

Era pleno día cuando me desperté y me encontré dando vueltas en el extremo suroeste de Treasure Island. El sol estaba alto, pero aún se me ocultaba detrás de la gran mole del catalejo, que por este lado descendía casi hasta el mar en formidables acantilados.

Haulbowline Head y Mizzenmast Hill estaban a mi lado, la colina desnuda y oscura, la cabeza rodeada de acantilados de doce o quince metros de altura y bordeada por grandes masas de rocas caídas. Estaba apenas a un cuarto de milla hacia el mar, y mi primer pensamiento fue remar y aterrizar.

Esa noción pronto fue abandonada. Entre las rocas caídas los rompeolas escupieron y bramaron; fuertes reverberaciones, fuertes chorros que volaban y caían, se sucedían segundo a segundo; y me vi a mí mismo, si me aventuraba más cerca, lanzado a la muerte en la áspera orilla o gastando mis fuerzas en vano para escalar los peñascos escarabajos.

Eso no era todo, pues gateaban juntos en mesas planas de roca, o dejándose caer al mar con fuertes estallidos, vi enormes monstruos viscosos, suaves caracoles, por así decirlo, de increíble tamaño, dos o tres veintenas juntas, haciendo resonar las rocas con sus ladridos.

He entendido desde entonces que eran lobos marinos, y totalmente inofensivo. Pero el aspecto de ellos, sumado a la dificultad de la orilla y el alto correr de las olas, fue más que suficiente para disgustarme de ese lugar de desembarco. Preferiría morirme de hambre en el mar antes que enfrentar tales peligros.

Mientras tanto, tenía una mejor oportunidad, como supuse, antes que yo. Al norte de Haulbowline Head, la tierra discurre en un

largo camino, dejando, en marea baja, una larga extensión de arena amarilla. Al norte de ese, de nuevo, viene otro cabo —Cabo de los Bosques, como estaba marcado en la carta— enterrado en altos pinos verdes, que descendía hasta el margen del mar.

Recordé lo que Silver había dicho sobre la corriente que pone hacia el norte a lo largo de toda la costa oeste de Treasure Island; y viendo desde mi posición que ya estaba bajo su influencia, preferí dejar atrás Haulbowline Head y reservar mis fuerzas para intentar desembarcar en el Cabo de los Bosques, de aspecto más amable.

Había un oleaje grande y suave sobre el mar. El viento soplando constante y suave desde el sur, no había contrariedad entre eso y la corriente, y las olas subían y bajaban sin interrupción.

Si hubiera sido de otro modo, hace mucho tiempo que habría perecido; pero tal como estaba, es sorprendente lo fácil y seguro que podía navegar mi pequeño y ligero bote. A menudo, mientras todavía estaba tendido en el fondo y no mantenía más que un ojo por encima de la borda, veía una gran cumbre azul que se elevaba muy cerca de mí; sin embargo, el coracle rebotaba un poco, bailaba como si estuviera sobre resortes y se hundía por el otro lado en el abrevadero con la ligereza de un pájaro.

Poco después comencé a volverme muy audaz, y me senté para intentar mi habilidad para remar. Pero incluso un pequeño cambio en la disposición del peso producirá cambios violentos en el comportamiento de un coracle. Y apenas me había movido delante del bote, renunciando de inmediato a su movimiento suave y danzante, corrí directamente por una pendiente de agua tan empinada que me mareé, y golpeé su nariz, con un chorro de agua, profundamente en el costado de la próxima ola.

Estaba empapado y aterrorizado, y volví a caer instantáneamente en mi antigua posición, después de lo cual el coracle pareció recuperar la cabeza y me condujo suavemente como antes entre las olas. Era evidente que nadie podía interferir con ella y, a ese ritmo, dado que yo no podía influir en su curso de ninguna manera, ¿qué esperanza me quedaba de llegar a tierra?

Empecé a sentirme terriblemente asustado, pero mantuve la cabeza, a pesar de todo. Primero, moviéndome con todo cuidado, fui rescatando poco a poco la barcaza con mi gorra de mar; luego, volviendo a mirar por encima de la borda, me dispuse a estudiar cómo se las arreglaba para deslizarse tan silenciosamente entre las olas.

Descubrí que cada ola, en lugar de la montaña grande, suave y brillante que se ve desde la costa o desde la cubierta de un barco, era para todo el mundo como cualquier cadena de colinas en tierra firme, llena de picos y lugares suaves y valles. La barcaza, abandonada a sí misma, girando de un lado a otro, se abrió paso, por así decirlo, a través de estas partes bajas, y evitó las empinadas laderas y las cumbres más altas que se derrumbaban de la ola.

“Bueno, ahora”, pensé para mis adentros, “está claro que debo yacer donde estoy, y no perturbar el equilibrio; pero también es evidente que puedo pasar el remo por la borda y, de vez en cuando, en lugares lisos, darle uno o dos empujones hacia tierra. Tan pronto como se piensa, se hace. Allí me acosté sobre mis codos, en la actitud más difícil, y de vez en cuando le di una o dos brazadas débiles para volver la cabeza hacia la orilla.

Fue un trabajo muy agotador y lento, pero gané visiblemente suelo; y, cuando nos acercábamos al Cabo de los Bosques, aunque vi que infaliblemente pasaría por alto ese punto, todavía había recorrido unas cien yardas hacia el este. Yo estaba, de hecho, cerca. Podía ver las frescas y verdes copas de los árboles meciéndose juntas con la brisa, y estaba seguro de que debería llegar al próximo promontorio sin fallar.

Ya era hora, porque ahora comencé a ser torturado por la sed. El resplandor del sol desde arriba, su reflejo mil veces mayor en las olas, el agua del mar que caía y se secaba sobre mí, cubriendo mis propios labios con sal, se combinaba para hacer que mi garganta ardiera y mi cerebro doliera. La vista de los árboles tan cerca casi me había hecho enfermar de añoranza; pero la corriente pronto me llevó más allá del punto; y, cuando se abrió la siguiente extensión de mar, contemplé un espectáculo que cambió la naturaleza de mis pensamientos.

Justo en frente de mí, a menos de media milla de distancia, contemplé el Hispaniola bajo vela. Por supuesto, me aseguré de que me llevaran, pero estaba tan angustiado por la falta de agua que apenas sabía si alegrarme o lamentarme ante la idea; y, mucho antes de que hubiera llegado a una conclusión, la sorpresa se había apoderado de mi mente, y no podía hacer nada más que mirar y maravillarme.

El Hispaniola estaba bajo su vela mayor y dos foques, y la hermosa lona blanca brillaba al sol como la nieve o la plata. Cuando lo vi por primera vez, todas sus velas estaban desplegadas, estaba poniendo un rumbo hacia el noroeste, y supuse que los hombres a bordo estaban dando la vuelta a la isla en su camino de regreso al fondeadero. En ese momento comenzó a avanzar más y más hacia el oeste, de modo que pensé que me habían visto y que me perseguían. Al final, sin embargo, cayó justo en el ojo del viento, quedó completamente desconcertado y se quedó allí un rato indefenso, con las velas temblando.

“Tipos torpes”, dije, “todavía deben estar borrachos como lechuzas”. Y pensé en cómo el Capitán Smollett los habría hecho saltar.

Mientras tanto, la goleta descendió gradualmente y volvió a llenarse en otra bordada, navegó rápidamente durante un minuto más o menos, y apareció una vez más muerto en el ojo del viento. Una y otra vez se repetía esto. De un lado a otro, arriba y abajo, norte, sur, este y oeste, el barco navegaba a la misma velocidad, y en cada repetición terminaba como había comenzado, con velas ondeando ociosamente. Me quedó claro que nadie estaba conduciendo. Y, de ser así, ¿dónde estaban los hombres? O estaban completamente borrachos o la habían abandonado, pensé, y tal vez si pudiera subir a bordo, podría devolverle el barco a su capitán.

La corriente llevaba la barcaza y la goleta hacia el sur a la misma velocidad. En cuanto a la navegación de esta última, fue tan salvaje e intermitente, y estuvo siempre colgada de grilletes durante tanto tiempo, que ciertamente no ganó nada, si es que no perdió. Si tan solo me atreviera a sentarme y remar, me aseguraría de poder superarla. El esquema tenía un aire de aventura que

me inspiró, y la idea del rompeolas al lado del compañero de proa duplicó mi creciente coraje.

Me levanté, fui recibido casi instantáneamente por otra nube de rocío, pero esta vez me mantuve firme en mi propósito y me dispuse con todas mis fuerzas y cautela a remar tras el sin dirección.

Una vez envuelto en el agua tan pesado que tuve que detenerme y achicar, con el corazón aleteando como un pájaro, pero gradualmente me interpose en el camino de la cosa y guíé mi coracle entre las olas, con solo un golpe sobre ella de vez en cuando. arcos y una pizca de espuma en mi cara.

Ahora me estaba acercando rápidamente a la goleta. pude ver el el bronce brillaba en el timón mientras golpeaba, y todavía no aparecía un alma sobre sus cubiertas. No podía elegir sino suponer que estaba abandonada. De lo contrario, los hombres yacían borrachos abajo, donde quizás podría abatirlos y hacer lo que quisiera con el barco.

Durante algún tiempo ella había estado haciendo lo peor que podía hacer por mí: quedarse quieta. Se dirigió casi al sur, guiñando, por supuesto, todo el tiempo. Cada vez que se caía, sus velas se hinchaban parcialmente, y éstas la devolvían, en un momento, directamente al viento de nuevo. He dicho que esto era lo peor posible para mí; porque, indefensa como parecía en esta situación, con la lona crujendo como un cañón y los bloques rodando y golpeando sobre la cubierta, siguió huyendo de mí, no sólo con la velocidad de la corriente, sino con toda la distancia. de su margen de maniobra, que era naturalmente grande.

Pero ahora, por fin, tenía mi oportunidad. La brisa caía, por unos segundos, muy baja, y la corriente poco a poco la hacía girar, la Hispaniola giró lentamente alrededor de su centro y finalmente me presentó su popa, con la ventana de la cabina aún abierta y la lámpara sobre la mesa aún encendida en el día. La vela mayor colgaba inclinada como un estandarte. Estaba inmóvil excepto por la corriente.

Durante el último rato incluso había perdido, pero ahora, redoblando mis esfuerzos, comencé una vez más a revisar la persecución.

No estaba a cien metros de ella cuando el viento volvió a soplar; viró a babor y partió de nuevo, agachándose y rozando como una golondrina.

Mi primer impulso fue de desesperación, pero el segundo fue de alegría. Dio la vuelta, hasta que estuvo de costado sobre mí, y todavía dio la vuelta hasta que cubrió la mitad, y luego dos tercios, y luego tres cuartas partes de la distancia que nos separaba. Podía ver las olas blancas hirviendo bajo su antepié. Inmensamente alta me miró desde mi bajo puesto en el coracle.

Y entonces, de repente, comencé a comprender. Apenas tuve tiempo para pensar, escaso tiempo para actuar y salvarme. Estaba en la cima de una ola cuando la goleta se inclinó sobre la siguiente. El bauprés estaba sobre mi cabeza. Me puse en pie de un salto y salté, hundiendo el coracle bajo el agua. Con una mano agarré la botavara de foque, mientras mi pie estaba alojado entre el estay y la riostra, y mientras aún me agarraba jadeando, un golpe sordo me dijo que la goleta había embestido y golpeado el bote y que yo estaba partió sin retroceder en el Hispaniola .

XXVI

HUELGO EL JOLLY ROGER

Apenas había ganado una posición en el bauprés cuando el foque volador aleteó y se llenó en la otra bordada con un estampido como de un arma. La goleta tembló hasta la quilla bajo la marcha atrás, pero al momento siguiente, mientras las otras velas seguían zarpando, el foque volvió a ondear y quedó inactivo.

Esto casi me había arrojado al mar, y ahora perdí
No hubo tiempo, se arrastró hacia atrás por el bauprés y cayó de cabeza sobre la cubierta.

Yo estaba en el lado de sotavento del castillo de proa, y la vela mayor, que todavía estaba calando, me ocultaba una cierta parte de la cubierta de popa. No se veía un alma. Los tablones, que no habían sido limpiados desde el motín, mostraban la huella de muchos pies; y una botella vacía, rota por el cuello, daba vueltas como un ser vivo en los imbornales.

De repente, vino ~~justo encima~~ ^{de repente} el viento. Los focos detrás de mí crujieron en voz alta; el timón se estrelló contra; todo el barco dio un vuelco y un estremecimiento repugnantes; y en el mismo momento la botavara de mayor giró hacia dentro, la escota crujió en los bloques y me mostró la cubierta de popa de sotavento.

Allí estaban los dos vigilantes, por supuesto; Gorro rojo de espaldas, tieso como un garfio, con los brazos extendidos como los de un crucifijo, y los dientes a la vista entre los labios abiertos; Israel Hands apoyado contra las amuradas, la barbilla sobre el pecho, las manos abiertas ante él en la cubierta, la cara tan blanca, bajo el bronceado, como una vela de sebo.

Durante un tiempo, el barco siguió corcoveando y deslizándose como un caballo vicioso, las velas se hinchaban, ahora en un rumbo, ahora en otro, y la botavara se balanceaba de un lado a otro hasta que el mástil gimió en voz alta.

bajo la tensión. De vez en cuando, también, llegaba una nube de rocíos ligeros sobre la amurada, y un fuerte golpe de la proa del barco contra el oleaje: este gran barco aparejado hizo mucho más mal tiempo que mi coracle torcido de fabricación casera. , ahora se ha ido al fondo de la

mar.

A cada salto de la goleta, Red-cap se deslizaba de un lado a otro; pero, lo que era espantoso de contemplar, ni su actitud ni su sonrisa fija que dejaba al descubierto los dientes se vieron perturbados en modo alguno por este rudo uso. Además, a cada salto, Manos parecía hundirse aún más en sí mismo y asentarse sobre la cubierta, sus pies resbalaban cada vez más hacia afuera y todo el cuerpo se inclinaba hacia la popa, de modo que su rostro se iba ocultando poco a poco. a mí; y por fin no pude ver nada más allá de su oreja y el tirabuzón deshilachado de uno de sus bigotes.

Al mismo tiempo observé, alrededor de ambos, salpicaduras de sangre oscura sobre las tablas, y comencé a tener la certeza de que se habían matado el uno al otro en su ira ebria.

Mientras miraba y me preguntaba así, en un momento de calma cuando el barco estaba quieto, Israel Hands se volvió parcialmente y con un gemido bajo, se retorció de nuevo a la posición en la que lo había visto primero. El gemido, que hablaba de dolor y debilidad mortal, y la forma en que su mandíbula colgaba abierta, llegó directo a mi corazón. Pero cuando recordé la charla que había escuchado del barril de manzanas, toda la lástima se fue.

a mí.

Caminé hacia popa hasta que llegué al palo mayor.

—Suba a bordo, señor Manos —dije irónicamente—.

Puso los ojos en blanco, pero estaba demasiado ido para expresar sorpresa. Todo lo que pudo hacer fue pronunciar una palabra, "Brandy".

Se me ocurrió que no había tiempo que perder y, esquivando la botavara que se tambaleaba una vez más por la cubierta, me deslicé hacia popa y bajé las escaleras auxiliares hasta el camarote.

Fue una escena de tal confusión que difícilmente te puedes imaginar. Todos los lugares de bloqueo rápido se habían abierto en busca de la

cuadro. El suelo estaba lleno de barro, donde los rufianes se habían sentado a beber o consultar después de vadear los pantanos que rodeaban su campamento. Los mamparos, todos pintados de blanco claro y rebordeados con cuentas doradas, mostraban un dibujo de manos sucias.

Decenas de botellas vacías tintineaban en los rincones al ritmo del balanceo del barco. Uno de los libros de medicina del médico estaba abierto sobre la mesa, con la mitad de las hojas arrancadas, supongo, para las luces de las pipas. En medio de todo esto, la lámpara todavía emitía un resplandor humeante, oscuro y marrón como la sombra.

Entré en el sótano; todos los barriles habían desaparecido, y de los botellas, un número sorprendente se había bebido y tirado. Ciertamente, desde que comenzó el motín, ningún hombre de ellos podría haber estado sobrio.

Rebuscando encontré una botella con un poco de brandy, para Manos; y para mí saqué unas galletas, algunas frutas en escabeche, un gran manojo de pasas y un trozo de queso. Con esto subí a cubierta, coloqué mi propio material detrás del timón, y fuera del alcance del timonel, me acerqué al rompeolas y bebí un buen trago de agua, y entonces, y no hasta entonces, le dio a Hands el brandy.

Debe haber bebido una branquia antes de quitarse la botella de la boca.

"Ay", dijo él, "por el trueno, ¡pero quería un poco de eso!"

Ya me había sentado en mi propio rincón y comencé a comer.

"¿Mucho dolor?" Le pregunté.

Gruñó, o mejor dicho, podría decir, ladró.

"Si ese médico estuviera a bordo", dijo, "estaría en lo cierto en un par de turnos; pero yo no tengo nada de suerte, ya ves, y eso es lo que me pasa. En cuanto a ese hisopo, está bien y muerto, lo está", agregó, señalando al hombre de la gorra roja. De todos modos, no era marinero. ¿Y de dónde podrías haber venido?

—Bueno —dije yo—, he subido a bordo para tomar posesión de este barco, señor Hands, y por favor considéreme su capitán hasta nuevo aviso.

Me miró con bastante amargura, pero no dijo nada. Algunos de el color había regresado a sus mejillas, aunque todavía se veía muy enfermo y aún continuaba deslizándose y acomodándose mientras el barco golpeaba.

“Por cierto”, continué, “no puedo tener estos colores, Sr. Manos; y con tu permiso los golpearé. Mejor ninguno que estos.

Y, de nuevo esquivando el boom, corrí hacia las líneas de color, arriaron su maldita bandera negra y la tiraron por la borda.

“¡Dios salve al rey!” dije, agitando mi gorra; “y ahí está el fin del Capitán Silver.

Me miró aguda y astutamente, su barbilla todo el tiempo sobre su pecho.

—Supongo —dijo por fin—, creo, capitán Hawkins, que tipo o 'quiero llegar a tierra, ahora. Supongamos que hablamos.

“Pues, sí,” dije yo, “con todo mi corazón, Sr. Manos. Dilo. Y volví a mi comida con buen apetito.

—Este hombre —empezó, señalando débilmente al cadáver—, O'Brien era su nombre, un irlandés de rango, este hombre y yo le echamos la lona encima, con la intención de navegarla de regreso. Bueno, ~~ahora~~ él ^{ahora} está muerto, tan muerto como una sentina; y quién va a navegar este barco, no lo veo. Sin darte una pista, no eres ese hombre, hasta donde puedo decir. Ahora, mira, me das comida y bebida, y un pañuelo viejo o ankercher para vendar mi herida, lo haces; y te diré cómo navegarla; y eso es casi cuadrado en todos los sentidos, supongo.

“Te diré una cosa,” digo yo; “No voy a volver al fondeadero del Capitán Kidd. Me propongo entrar en North Inlet y vararla tranquilamente allí.

“Para estar seguro de que lo hiciste”, gritó. “Vaya, no soy un lubber infernal, después de todo. Puedo ver, ¿no? He intentado mi aventura, lo he hecho, y lo he perdido, y eres tú quien tiene el viento de mí. entrada norte? Vaya, no tengo otra opción, no yo. ¡Te ayudaría a llevarla hasta el Muelle de Ejecución, por el trueno! así lo haría.”

Bueno, como me pareció, había algo de sentido en esto. Nosotros cerramos nuestro trato en el acto. En tres minutos tuve la navegación Hispaniola fácilmente con el viento a lo largo de la costa de Treasure Island, con buenas esperanzas de doblar el punto norte antes del mediodía, y bajar de nuevo hasta North Inlet antes de la marea alta, cuando podríamos varar con seguridad y esperar hasta que la marea baja nos permitiera desembarcar.

Luego azoté el timón y bajé a mi propio cofre, donde conseguí un pañuelo de seda suave de mi madre. Con esto, y con mi ayuda, Hands vendó la gran puñalada sangrante que había recibido en el muslo, y después de haber comido un poco y tomado uno o dos tragos más de brandy, comenzó a levantarse visiblemente, se sentó más derecho. , habló más alto y más claro, y miró en todos los sentidos a otro hombre.

La brisa nos sirvió admirablemente. Lo hojeamos antes como un pájaro, la costa de la isla pasando como un rayo, y la vista cambiando cada minuto. Pronto dejamos atrás las tierras altas y nos adentramos en terrenos bajos y arenosos, escasamente salpicados de pinos enanos, y pronto estuvimos más allá de nuevo, y habíamos doblado la esquina de la colina rocosa que termina la isla por el norte.

Estaba muy eufórico con mi nuevo mando y complacido con el clima brillante y soleado y estas diferentes perspectivas de la costa. Tenía ahora mucha agua y buenas cosas para comer, y mi conciencia, que me había golpeado duramente por mi deserción, se aquietó por la gran conquista que había hecho. Creo que no me habría quedado nada que desear excepto los ojos del timonel mientras me seguía burlonamente por la cubierta, y la extraña sonrisa que aparecía continuamente en su rostro. Era una sonrisa que tenía algo tanto de dolor como de debilidad: una sonrisa demacrada de anciano; pero había, además de eso, una pizca de burla, una sombra de traición, en su expresión mientras astutamente miraba, y miraba, y me miraba en mi trabajo.

XXVI

ISRAEL MANOS

El viento, sirviéndonos a un deseo, ahora arrastrado hacia el oeste. Podríamos correr mucho más fácilmente desde la esquina noreste de la isla hasta la desembocadura de la Ensenada Norte. Sólo que, como no teníamos poder para anclar, y no nos atrevíamos a varar hasta que la marea hubiera subido mucho más, el tiempo pendía de nuestras manos. El timonel me dijo cómo tender el barco; después de muchos intentos lo logré, y ambos nos sentamos en silencio mientras comíamos otra vez.

—Capitán —dijo finalmente, con la misma sonrisa incómoda—, aquí está mi antiguo compañero de a bordo, O'Brien; Supón que lo tiraras por la borda. No soy particular, por regla general, y no me culpo por liquidar su hachís; pero yo no lo considero ornamental, ¿verdad?

“No soy lo suficientemente fuerte y no me gusta el trabajo; y allí yace, para mí”, dije yo.

“Este aquí es un barco desafortunado—el Hispaniola, Jim,” dijo encendido, parpadeando. “Hay un poder de hombres asesinados en este Hispaniola. Un espectáculo de pobres marineros muertos y desaparecidos desde que tú y yo embarcamos a Bristol. Nunca he visto tanta mala suerte, yo no. Estaba este O'Brien, ahora... está muerto, ¿no?”

Bueno, ahora, no soy un erudito, y tú eres un muchacho que puede leer y calcular; y, para ponerlo en claro, ¿lo tomas como que un muerto está muerto para siempre, o revive de nuevo?

“Puedes matar el cuerpo, Sr. Hands, pero no el espíritu; tú eso ya debe saberlo —respondí. “O'Brien, allí, está en otro mundo, y puede estar observándonos”.

“¡Ah!” Dice el. Bueno, eso es desafortunado, parece como si matar grupos fuera una pérdida de tiempo. Sin embargo, espíritus

no creo mucho, por lo que he visto. Me arriesgaré con los espíritus, Jim. Y ahora que has hablado libremente, y me tomaré bien si bajas a esa cabaña y me haces... bueno, ¡temblar mis maderas! No puedo darle al nombre.

Bueno, tráeme una botella de vino, Jim, este brandy de aquí es demasiado fuerte para mi cabeza.

Ahora la vacilación del timonel parecía antinatural; y en cuanto a la idea de que prefiriera el vino al brandy, no la creía en absoluto. Toda la historia fue un pretexto. Quería que abandonara la cubierta; todo estaba claro, pero no podía imaginarme con qué propósito. Sus ojos nunca se encontraron con los míos; siguieron vagando de aquí para allá, arriba y abajo, ahora con una mirada al cielo, ahora con una mirada fugaz al muerto O'Brien. Todo el tiempo no dejaba de sonreír y sacar la lengua de la manera más culpable y avergonzada, de modo que un niño podría haber dicho que estaba empeñado en algún engaño.

Sin embargo, fui rápido con mi respuesta, porque vi dónde estaba mi ventaja, y que con un tipo tan densamente estúpido podría ocultar fácilmente mis sospechas hasta el final.

"¿Un poco de vino?" Yo dije. "Mucho mejor. ¿Tendrás blanco o rojo?"

"Bueno, creo que es lo mismo para mí, compañero de barco", respondió; "así que es fuerte, y en abundancia, ¿cuál es la probabilidad?"

"Está bien", respondí. "Le traeré oportuno, Sr. Manos. Pero tendré que cavar para encontrarlo.

Con eso arrastré al compañero con todo el ruido. Pude, me quité los zapatos, corrí en silencio a lo largo de la galería, subí la escalera del castillo de proa y asomé la cabeza por el compañero de proa. Sabía que no esperaba verme allí, pero tomé todas las precauciones posibles y, sin duda, la peor de mis sospechas resultó ser demasiado cierta.

Se había levantado de su posición sobre sus manos y rodillas, y aunque obviamente su pierna le dolía bastante cuando se movía, porque pude escucharlo ahogar un gemido, sin embargo, fue a un buen ritmo traqueteante que se arrastró por la cubierta. En

medio minuto había llegado a los imbornales de babor y sacado de un rollo de cuerda un cuchillo largo, o más bien un puñal corto, manchado de sangre hasta la empuñadura. Lo miró por un momento, adelantó la mandíbula inferior, probó la punta en su mano y luego, escondiéndola apresuradamente en la pechera de su chaqueta, se arrastró de nuevo a su antiguo lugar contra la borda.

Esto era todo lo que necesitaba saber. Israel podía moverse; ahora estaba armado, y si se había tomado tantas molestias para deshacerse de mí, estaba claro que yo estaba destinado a ser la víctima. Lo que haría después, ya sea que tratara de cruzar la isla a rastras desde North Inlet hasta el campamento entre los pantanos, o que despidiera a Long Tom, confiando en que sus propios camaradas podrían acudir primero en ayudarlo, era, por supuesto, más de lo que podría decir.

Sin embargo, estaba seguro de que podía confiar en él en un punto, ya que en que nuestros intereses saltaban juntos, y eso estaba en la disposición de la goleta. Ambos deseábamos tenerla lo suficientemente segura, en un lugar resguardado, y de modo que cuando llegara el momento, pudiera zarpar de nuevo con el menor trabajo y peligro posible; y mientras no lo hiciera, consideré que mi vida ciertamente sería perdonada.

Mientras daba vueltas al asunto en mi mente, no había estado ocioso con mi cuerpo. Regresé sigilosamente a la cabina, me puse una vez más en mis zapatos y puse mi mano al azar sobre una botella de vino, y ahora con esto como excusa, hice mi reaparición en la cubierta.

Las manos yacían como lo había dejado, todas caídas juntas en un bulto, y con los párpados caídos como si estuviera demasiado débil para soportar la luz. Sin embargo, levantó la vista cuando me acerqué, tiró el cuello de la botella como un hombre que había hecho lo mismo a menudo, y tomó un buen trago, con su brindis favorito de "¡Aquí está la suerte!" Luego se quedó quieto un rato y luego, sacando una barra de tabaco, me rogó que le diera una libra.

“Córtame un trozo de eso”, dice él, “porque no tengo cuchillo, y apenas tengo la fuerza suficiente, así que sé como tenía. ¡Ah, Jim, Jim, creo que me he perdido las estancias! Córtame una libra ya que probablemente sea la última, muchacho; porque estoy a favor de mi largo hogar, y no me equivoco”.

“Bueno”, dije yo, “te cortaré un poco de tabaco, pero si yo fuera tú y me pensara tan mal, iría a mis oraciones, como un hombre cristiano”.

“¿Por qué?” dijo él. Ahora dime por qué.

“¿Por qué?” Lloré. Me estabas preguntando hace un momento por los muertos. Has roto tu confianza; has vivido en pecado y mentiras y sangre; hay un hombre que mataste acostado a tus pies en este momento; y me preguntas porque! Por la misericordia de Dios, señor Hands, por eso.

Hablé con un poco de calor, pensando en el puñal ensangrentado que había escondido en su bolsillo, y diseñado, en sus malos pensamientos, para acabar conmigo. Él, por su parte, bebió un gran trago de vino y habló con la más inusitada solemnidad.

“Durante treinta años”, dijo, “he navegado los mares y he visto bueno y malo, mejor y peor, buen tiempo y mal tiempo, las provisiones se acaban, los cuchillos andan y todo eso. Bueno, ahora te digo, nunca he visto el bien venir de la bondad todavía. Él como golpea primero es mi fantasía; los muertos no muerden; son mis puntos de vista, amén, que así sea. Y ahora, mira aquí —añadió, cambiando repentinamente su tono—, ya hemos tenido suficiente de esta tontería. La marea ya está lo suficientemente bien. Simplemente tome mis órdenes, capitán Hawkins, nos embarcaremos y terminaremos con esto.

En total, apenas teníamos dos millas para correr, pero la navegación era delicada, la entrada a este fondeadero del norte no solo era estrecha y poco profunda, sino que estaba orientada al este y al oeste, por lo que la goleta debe estar bien manejada para entrar. Creo que fui un subalterno bueno y rápido, y estoy muy seguro que Hands era un excelente piloto; porque dimos vueltas y vueltas, y nos metimos esquivando, raspando las orillas, con una certeza y una limpieza que eran un placer para la vista.

Apenas habíamos pasado la cabeza cuando la tierra se cerró a nuestro alrededor. Las costas de North Inlet estaban tan densamente arboladas como las del fondeadero sur, pero el espacio era más largo y estrecho, y más parecido a lo que en realidad era, el estuario de un río. Justo ante nosotros, en el extremo sur, vimos el naufragio de un barco en las últimas etapas de deterioro. Había sido un gran navío de tres mástiles, pero había permanecido tanto tiempo expuesto a las inclemencias del tiempo que colgaban grandes telarañas de algas goteantes, y en la cubierta habían echado raíces los arbustos de la orilla, que ahora florecían espesos. con flores. Fue una vista triste, pero nos mostró que el fondeadero estaba en calma.

“Ahora”, dijo Hands, “mira allí; hay un trozo favorito para varar un barco. Arena fina y plana, nunca una zarpa de gato, árboles a su alrededor y flores que soplan como un jardín en ese viejo barco.

“Y, una vez varado”, pregunté, “¿cómo vamos a sacarlo de nuevo?”

“Por qué, entonces”, respondió; “usted toma una línea a tierra allí en el otro lado con agua baja; da una vuelta por uno de esos grandes pinos; tráigalo de vuelta, dé la vuelta al cabrestante y acuéstese para la marea. Llega la marea alta, todas las manos dan un tirón a la línea, y ella sale tan dulce como la naturaleza. Y ahora, chico, espera. Estamos cerca de la broca ahora, y ella está demasiado lejos de ella. ¡Estríbor un poco... tan... estable... estríbor... babor un poco... constante... constante!

Así que emití sus órdenes, que obedecí sin aliento; hasta que, de repente, gritó: “¡Ahora, mi corazón, grátil!” Y levanté el timón con fuerza, y el viró rápidamente y corrió proa hacia la orilla bajavolosa.

La excitación de estas últimas maniobras tenía algo interfirió con la vigilancia que había mantenido hasta ahora, bastante aguda, sobre el timonel. Incluso entonces estaba todavía tan interesado, esperando que el barco tocara tierra, que había olvidado por completo el peligro que se cernía sobre mi cabeza, y me quedé estirando el cuello por encima de las amuradas de estríbor y observando las ondas.

extendiéndose ante los arcos. Podría haber caído sin luchar por mi vida, si una súbita inquietud no se apoderara de mí y me hiciera volver la cabeza. Quizá había oído un crujido o visto su sombra moviéndose con el rabillo del ojo; tal vez fue un instinto como el de un gato; pero, en efecto, cuando miré alrededor, allí estaba Manos, ya a medio camino de mí, con el puñal en la mano derecha.

Ambos debimos haber gritado en voz alta cuando nuestros ojos se encontraron, pero mientras que el mío era un agudo grito de terror, el suyo era un rugido de furia como el de un toro embistiendo. En el mismo instante se lanzó hacia adelante y yo salté de costado hacia la proa. Al hacerlo, solté la caña del timón, que saltó bruscamente a sotavento; y creo que esto me salvó la vida, porque golpeó a Hands en el pecho y lo detuvo, por el momento, muerto.

Antes de que pudiera recuperarse yo estaba a salvo fuera de la esquina donde me tenía atrapado, con todo el mazo para esquivar. Justo delante del palo mayor me detuve, saqué una pistola de mi bolsillo, apunté con frialdad, aunque él ya había girado y una vez más venía directamente detrás de mí, y apreté el gatillo. Cayó el martillo, pero no hubo destello ni sonido; la imprimación era inútil con agua de mar. Me maldije por mi negligencia. ¿Por qué, mucho antes, no había recargado y recargado mis únicas armas? Entonces no debería haber sido como ahora, una mera oveja que huye ante este carnicero.

Herido como estaba, era maravilloso lo rápido que podía moverse, su cabello canoso cayendo sobre su rostro y su rostro tan rojo como una insignia roja con su prisa y furia. No tuve tiempo de probar mi otra pistola, ni mucho menos ganas, porque estaba seguro de que sería inútil. Una cosa vi claramente: no debo simplemente retirarme ante él, o él rápidamente me sujetaría en la proa, como un momento desde que casi me había acorralado en la popa. Una vez atrapado, y nueve o diez pulgadas del puñal manchado de sangre serían mi última experiencia en este lado de la eternidad. Apoyé las palmas de las manos contra el palo mayor, que era bastante grande, y esperé, con todos los nervios a punto.

Al ver que tenía la intención de esquivar, también se detuvo, y un Pasó un momento o dos en fintas de su parte y los correspondientes movimientos de la mía. Era un juego como el que había jugado a menudo en casa sobre las rocas de Black Hill Cove; pero nunca antes, puede estar seguro, con un corazón que late tan salvajemente como ahora. Aún así, como digo, era un juego de niños, y pensé que podría defenderme contra un marinero anciano con un muslo herido. De hecho, mi coraje había comenzado a elevarse tanto que me permití algunos pensamientos rápidos sobre cuál sería el final del asunto; y aunque vi con certeza que podría prolongarlo por mucho tiempo, no vi ninguna esperanza de escape final.

Bueno, mientras las cosas estaban así, de repente el Hispaniola golpe, tambaleándose, aterrizó por un instante en la arena, y luego, rápido como un golpe, se inclinó hacia babor, hasta que la cubierta quedó en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y alrededor de un puñetazo de agua salpicó en los agujeros de los imbornales y se quedó en un charco entre la cubierta y la borda.

Los dos volcamos en un segundo, y ambos rodamos, casi juntos, hacia los imbornales, el Red-cap muerto, con los brazos aún extendidos, rodando rígidamente detrás de nosotros. Tan cerca estábamos, de hecho, que mi cabeza golpeó el pie del timonel con un crujido que hizo que mis dientes castañetearan. Con golpe y todo, volví a ponerme en pie el primero, pues Manos se había enredado con el cadáver. El súbito cabeceo del barco había convertido la cubierta en un lugar para correr; Tenía que encontrar alguna nueva vía de escape, y eso al instante, porque mi enemigo casi me estaba tocando. Rápido como el pensamiento, salté a los obenques de mesana, me levanté mano sobre mano y no respiré hasta que estuve sentado en las crucetas.

Me había salvado siendo puntual; el puñal no había golpeado medio pie por debajo de mí mientras proseguía mi vuelo ascendente; y allí estaba Israel Hands con la boca abierta y el rostro vuelto hacia el mío, una estatua perfecta de sorpresa y decepción.

Ahora que tenía un momento para mí, no perdí tiempo en cambiar el cebado de mi pistola, y luego, teniendo una lista para el servicio, y para asegurarme doblemente, procedí a sacar la carga de la otra y recargarla. de nuevo desde el principio.

Mi nuevo empleo golpeó a Hands como un montón; el empezó al ver que los dados iban en su contra y, tras una evidente vacilación, también se arrastró pesadamente hacia los obenques y, con el puñal entre los dientes, empezó a montar lenta y dolorosamente. Le costó un sinfín de tiempo y gemidos arrastrar su pierna herida detrás de él; y yo había terminado tranquilamente mis arreglos antes de que él hubiera recorrido mucho más de un tercio del camino. Entonces, con una pistola en cada mano, me dirigí a él: “¡Un paso más, Sr. Hands”, dije, “y le volaré los sesos! Los muertos no muerden, ¿sabes? —añadí, con una risita—.

Se detuvo al instante. Pude ver por el movimiento de su rostro que estaba tratando de pensar, y el proceso fue tan lento y laborioso que, en mi nueva seguridad, me reí en voz alta. Por fin, con un trago o dos, habló, su rostro todavía tenía la misma expresión de perplejidad extrema. Para hablar tuvo que quitarse la daga de la boca, pero, en todo lo demás, permaneció impasible.

“Jim”, dice, “creo que tú y yo cometimos una falta, y tendremos que firmar artículos. Te hubiera tenido de no haber sido por esa sacudida; pero no tengo suerte, yo no; y creo que tendré que atacar, lo cual resulta difícil, ¿sabes?, para un maestro marinero contra un jovencito como tú, Jim.

Estaba bebiendo sus palabras y sonriendo, como engreído como un gallo en un paseo, cuando, en un suspiro, volvió su mano derecha sobre su hombro. Algo cantó como una flecha en el aire; Sentí un golpe y luego una punzada aguda, y allí quedé clavado por el hombro al mástil. En el horrible dolor y la sorpresa del momento (apenas puedo decir que fue por mi propia voluntad, y estoy seguro de que fue sin un objetivo consciente), mis dos pistolas se dispararon y ambas escaparon de mi

manos. No cayeron solos; con un grito ahogado, el timonel se soltó de los obenques y se zambulló de cabeza en el agua.

XXVIII

“PIEZAS DE OCHO”

Debido a la inclinación del barco, los mástiles sobresalían mucho del agua, y desde mi posición en las crucetas no tenía nada debajo de mí más que la superficie de la bahía. Hands, que no estaba tan arriba, estaba, en consecuencia, más cerca del barco y se interpuso entre las amuradas y yo. Salió una vez a la superficie en una espuma de espuma y sangre, y luego volvió a hundirse para siempre. Cuando el agua se asentó, pude verlo acostado acurrucado en la arena limpia y brillante a la sombra de los costados del barco. Uno o dos peces pasaron a toda velocidad junto a su cuerpo.

A veces, por el temblor del agua, parecía moverse un poco, como si quisiera levantarse. Pero ya estaba lo bastante muerto, a pesar de todo, ya que le habían disparado y ahogado, y era comida para los peces en el mismo lugar donde había diseñado mi matanza.

Tan pronto como estuve seguro de esto, comencé a sentirme enferma, débil y aterrorizada. La sangre caliente me corría por la espalda y el pecho. El puñal, donde me había clavado el hombro al mástil, parecía arder como un hierro candente; sin embargo, no eran tanto estos sufrimientos reales los que me angustiaban, pues me parecía que podía soportarlos sin murmurar; era el horror que tenía en mi mente de caer de la cruceta a esa agua verde y quieta junto al cuerpo del timonel.

Me agarré con ambas manos hasta que me dolieron las uñas y cerré la ojos como para encubrir el peligro. Gradualmente mi mente volvió de nuevo, mis pulsos se calmaron a un tiempo más natural, y una vez más estaba en posesión de mí mismo.

Mi primer pensamiento fue sacar el puñal; pero o bien me pegué demasiado o me fallaron los nervios, y desistí con un

estremecimiento violento. Por extraño que parezca, ese mismo estremecimiento hizo el trabajo. El cuchillo, de hecho, había estado más cerca del mundo de fallarme por completo; me sujetó por un mero pellizco de piel, y el escalofrío lo arrancó. La sangre corría más rápido, sin duda, pero yo era mi propio amo otra vez, y solo estaba sujeto al mástil por mi abrigo y mi camisa.

Estos últimos los atravesé con un tirón repentino, y luego recuperé la cubierta por los obenques de estribor. Por nada en el mundo me hubiera aventurado de nuevo, sacudido como estaba, sobre los obenques colgantes del puerto, de los cuales Israel había caído tan recientemente.

Bajé e hice lo que pude por mi herida; me dolía mucho y todavía sangraba abundantemente, pero no era ni profundo ni peligroso, ni me irritaba mucho cuando usaba el brazo. Entonces miré a mi alrededor, y como el barco ahora era, en cierto sentido, mío, comencé a pensar en despejarlo de su último pasajero: el hombre muerto, O'Brien.

Se había arrojado, como ya he dicho, contra las amuradas, donde yacía como una horrible y desgarrada especie de marioneta; tamaño natural, ciertamente, pero ¡cuán diferente del color de la vida o de la hermosura de la vida! En esa posición, podía fácilmente salirme con la mía, y como el hábito de las trágicas aventuras había disipado casi todo mi terror por los muertos, lo tomé por la cintura como si fuera un saco de salvado y, con un buen tirón, lo tiró por la borda. Entró con una zambullida sonora; la gorra roja se desprendió y quedó flotando en la superficie; y tan pronto como cesó el chapoteo, pude verlo a él ya Israel acostados uno al lado del otro, ambos vacilando con el trémulo movimiento del agua. O'Brien, aunque todavía bastante joven, era muy calvo. Allí yacía con esa cabeza calva sobre las rodillas del hombre que lo mató, y los rápidos peces se movían de un lado a otro sobre ambos.

Ahora estaba solo en el barco; la marea acababa de cambiar. El sol estaba a tan pocos grados de ponerse que la sombra de los pinos en la orilla occidental ya comenzaba a cruzar el fondeadero y caer en patrones sobre el mar.

cubierta. Se había levantado la brisa de la tarde, y aunque estaba bien protegida por la colina con los dos picos al este, el cordaje había comenzado a cantar un poco suavemente para sí mismo y las velas inactivas a traquetear de un lado a otro.

Empecé a ver un peligro para la nave. Los foques los rocié rápidamente y los tiré a la cubierta, pero la vela mayor era un asunto más difícil. Por supuesto, cuando la goleta se inclinó, la botavara había girado fuera de borda, y la tapa de la misma y uno o dos pies de vela colgaban incluso bajo el agua. Pensé que esto lo hacía aún más peligroso, pero la tensión era tan fuerte que casi temía entrometerme. Por fin cogí mi cuchillo y corté las drizas. El pico descendió instantáneamente, una gran barriga de lona suelta flotó sobre el agua; y dado que, tirando como quisiera, no podía mover el descenso, esa era la medida de lo que podía lograr. Por lo demás, el debe confiar en la suerte, como yo.

Hispaniola

Para entonces, todo el fondeadero se había sumido en las sombras. Los últimos rayos, recuerdo, caían a través de un claro del bosque y brillaban como joyas sobre el manto florido del naufragio. Empezó a hacer frío, la marea se alejaba rápidamente hacia el mar, la goleta se asentaba cada vez más sobre sus extremos de manga.

Me arrastré hacia adelante y miré por encima. Parecía bastante poco profundo, y sujetando la cuerda cortada con ambas manos como última seguridad, me dejé caer suavemente por la borda. El agua apenas llegaba a mi cintura; la arena estaba firme y cubierta de marcas de ondas, y vadeé hasta la orilla muy animado, dejando al barco desorientado, con la vela mayor arrastrando ampliamente sobre la superficie de la bahía. Aproximadamente al mismo tiempo, el sol se estaba poniendo y la brisa silbaba bajo en la oscuridad entre los pinos que se agitaban.

Por lo menos, y por fin, estaba fuera del mar, y no había regresado de allí con las manos vacías. Allí estaba la goleta, libre por fin de bucaneros y lista para que nuestros propios hombres subieran a bordo y se hicieran a la mar de nuevo. No tenía nada más cercano a mi fantasía que llegar a casa a la empalizada y jactarme de mis logros.

Posiblemente se me podría culpar un poco por mi ausencia sin permiso, pero la respuesta del fue una respuesta decisiva, y esperaba que incluso el capitán Smollett confesara que no había perdido el tiempo.

Así que pensando, y con un espíritu famoso, comencé a fijar mi rostro. Regreso a casa para el bloqueo y mis compañeros. Recordé que el más oriental de los ríos que desembocan en el fondeadero del Capitán Kidd corría desde la colina de dos picos a mi izquierda; y dirigí mi curso en esa dirección para poder pasar el arroyo mientras era pequeño. El bosque estaba bastante abierto, y manteniéndome a lo largo de las estribaciones más bajas, pronto doblé la esquina de esa colina, y no mucho después vadeé hasta la mitad de la pantorrilla a través del curso de agua.

Esto me acercó a donde me había encontrado con Ben. Gunn, el cimarrón y yo caminábamos con más circunspección, vigilando todos los lados. El crepúsculo se había acercado por completo y, cuando abrí la hendidura entre los dos picos, me di cuenta de un resplandor vacilante contra el cielo, donde, según juzgué, el hombre de la isla estaba cocinando su cena ante un rugiente. fuego. Y, sin embargo, me preguntaba, en mi corazón, que se mostrara tan descuidado. Porque si pudiera ver este resplandor, ¿no podría alcanzar el ojo del mismo Silver donde acampó en la orilla entre los pantanos?

Gradualmente, la noche se volvió más negra; era todo lo que podía hacer para guiarme aunque sea bruscamente hacia mi destino; la colina doble detrás de mí y el catalejo a mi mano derecha se vislumbraban cada vez más débiles, las estrellas eran pocas y pálidas, y en el terreno bajo por donde vagaba seguía tropezando entre arbustos y rodando por pozos arenosos.

De repente me envolvió una especie de brillo. Miré hacia arriba; un pálido resplandor de rayos de luna se había posado en la cima del Catalejo, y poco después vi algo ancho y plateado que se movía bajo detrás de los árboles, y supe que la luna había salido.

Con esto para ayudarme, pasé rápidamente sobre lo que quedaba a mí de mi viaje; y, a veces caminando, a veces

corriendo, se acercó impacientemente a la empalizada. Sin embargo, cuando comencé a cruzar la arboleda que se extiende ante él, no fui tan irreflexivo como para aflojar el paso y caminar con un poco de cautela. Habría sido un mal final para mis aventuras que mi propio grupo me derribara por error.

La luna subía más y más alto; comenzó su luz para caer aquí y allá en masa a través de los distritos más abiertos del bosque, y justo en frente de mí apareció un resplandor de un color diferente entre los árboles. Estaba rojo y caliente, y de vez en cuando se oscurecía un poco, como si fueran las brasas de una hoguera ardiendo sin llama.

Por mi vida, no podía pensar en lo que podría ser.

Por fin llegué directamente a los bordes del claro.

El extremo occidental ya estaba empapado de luz de luna; el resto, y el blocao en sí, aún yacían en una sombra negra, salpicada de largos rayos plateados de luz. Al otro lado de la casa, un inmenso fuego se había convertido en claras brasas y arrojaba una constante reverberación roja, que contrastaba fuertemente con la suave palidez de la luna.

No había un alma moviéndose, ni un sonido además de los ruidos de la brisa.

Me detuve, con mucho asombro en mi corazón, y quizás también un poco de terror. No había sido nuestra forma de hacer grandes hogueras; éramos, en verdad, por orden del capitán, algo tacaños con la leña, y comencé a temer que algo hubiera salido mal durante mi ausencia.

Rodeé sigilosamente por el extremo este, manteniéndome cerca de las sombras, y en un lugar conveniente, donde la oscuridad era más espesa, crucé la empalizada.

Para asegurarme más, me puse sobre mis manos y rodillas, y se arrastró, sin hacer ruido, hacia la esquina de la casa. A medida que me acercaba, mi corazón se aligeró repentina y enormemente. No era un ruido agradable en sí mismo, y muchas veces me he quejado de él en otras ocasiones, pero en ese momento era como música escuchar a mis amigos roncando juntos tan fuerte y tan fuerte.

tranquilos en su sueño. El grito marino de la guardia, ese hermoso "Todo está bien", nunca cayó más tranquilizador en mi oído.

Mientras tanto no había duda de una cosa; mantuvieron una mala vigilancia infame. Si hubieran sido Silver y sus muchachos los que ahora se les estaban acercando, ni un alma habría visto el amanecer. Eso era, pensé yo, que hirieran al capitán; y nuevamente me culpé agudamente por dejarlos en ese peligro con tan pocos para montar guardia.

En ese momento llegué a la puerta y me puse de pie. Todo estaba oscuro por dentro, de modo que no podía distinguir nada a simple vista. En cuanto a los sonidos, estaba el zumbido constante de los roncadore, y un pequeño ruido ocasional, un parpadeo o picoteo que no pude explicar de ninguna manera.

Con los brazos delante de mí, entré con paso firme. Debería acostarme en mi sitio (pensé, con una risa silenciosa) y disfrutar de sus caras cuando me encontraran por la mañana. Mi pie golpeó algo que cedía: era la pierna de un durmiente, y él se volvió y gimió, pero sin despertarse.

Y entonces, de repente, una voz aguda estalló desde la oscuridad:

"¡Piezas de ocho! ¡piezas de ocho! ¡piezas de ocho! piezas de ¡ocho! ¡piezas de ocho!" y así sucesivamente, sin pausa ni cambio, como el traqueteo de un pequeño molino.

¡El loro verde de Silver, Capitán Flint! Era ella a quien había oído picotear un trozo de corteza; fue ella, velando mejor que cualquier ser humano, quien así anunció mi llegada con su fastidioso estribillo.

No me quedaba tiempo para recuperarme. Al oír el tono agudo y cortante del loro, los durmientes se despertaron y se levantaron de un salto, y con un poderoso juramento la voz de

Silver gritó: "¿Quién va?"

Me volví para correr, golpeé violentamente a una persona, retrocedí y corrí de lleno a los brazos de un segundo, quien, por su parte, se acercó y me sujetó con fuerza.

“Trae una antorcha, Dick”, dijo Silver, cuando mi captura estuvo así asegurada.

Y uno de los hombres salió de la casa de troncos y volvió al poco tiempo con una antorcha encendida.

PARTE VI

CAPITÁN PLATA

XXVII

EN EL CAMPO DEL ENEMIGO

El resplandor rojo de la antorcha que iluminaba el interior del fortín me hizo ver que se había dado cuenta de lo peor de mis aprensiones. Los piratas estaban en posesión de la casa y las tiendas; estaba la barrica de coñac, estaba el cerdo y el pan, como antes; y, lo que multiplicaba por diez mi horror, ni rastro de ningún prisionero. Solo pude juzgar que todos habían perecido, y mi corazón me golpeó dolorosamente por no haber estado allí para perecer con ellos.

Había seis de los bucaneros, en total; no otro hombre quedó con vida. Cinco de ellos estaban de pie, enrojecidos e hinchados, llamados repentinamente del primer sueño de la embriaguez. El sexto solo se había levantado sobre su codo; estaba mortalmente pálido, y el vendaje ensangrentado que le rodeaba la cabeza indicaba que había sido herido recientemente, y aún más recientemente vestido. Recordé al hombre que había sido baleado y corrido hacia el bosque en el gran ataque, y no dudé de que era él.

El loro se sentó, acicalándose su plumaje, en el hombro de Long John. Él mismo, pensé, se veía un poco más pálido y severo de lo que yo estaba acostumbrado. Todavía vestía su fino traje de paño fino con el que había cumplido su misión, pero estaba amargamente desgastado, embadurnado con arcilla y desgarrado con afiladas zarzas de la madera.

“Entonces”, dijo él, “aquí está Jim Hawkins, ¡que me tiemblen las vigas! cayó, como, ¿eh? Bueno, venga, que acepto ese amistoso.

Y acto seguido se sentó sobre la barrica de brandy, y Empezó a llenar una pipa.

"Dame el préstamo de un enlace, Dick", dijo; y luego, cuando tenía una buena luz, "Eso servirá, muchacho", agregó, "pega la luz en el montón de leña; y ustedes, caballeros, ¡anímense! No es necesario que defiendan al Sr. Hawkins; disculpe, usted puede ^{infierno} poner a eso. Y así, Jim —deteniendo el tabaco—, aquí estás, y una agradable sorpresa para el pobre John. Veo que eras inteligente cuando te vi por primera vez, pero esto de aquí se me escapa limpio, lo hace.

A todo esto, como bien puede suponerse, no respondí. Me habían puesto con la espalda contra la pared, y me quedé allí, mirando a Silver a la cara, lo suficientemente valiente, espero, en apariencia, pero con una negra desesperación en mi corazón.

Silver tomó una o dos bocanadas de su pipa con gran compostura, y luego continuó: "Ahora,

verás, Jim, así que sé como lo haces". ^{son} aquí," dice él, "te voy a dar una parte de mi mente. Siempre me ha gustado, lo tengo, como un muchacho de espíritu, y la imagen de mí mismo cuando era joven y guapo. Siempre quise que te juntes y tomes tu parte, y mueras como un caballero, y ahora, mi polla, tienes que hacerlo. El capitán Smollett es un buen marinero, como reconoceré cualquier día, pero es muy disciplinado. 'Dooty es dooty', dice, y tiene razón. Manténgase alejado del capitán. El mismo doctor se ha ido muerto otra vez, 'bribón desagradecido' fue lo que dijo; y la parte corta y larga de toda la historia se trata de esto: no puedes volver a tu propio lote, porque no te tendrán; y, sin que empieces tú solo la compañía de un tercer barco, lo que puede resultar solitario, tendrás que juntarte con el capitán Silver.

Hasta ahora, todo bien. Mis amigos, entonces, todavía estaban vivos, y aunque en parte creía en la verdad de la declaración de Silver, que el grupo de la cabaña estaba indignado conmigo por mi desertión, me sentí más aliviado que angustiado por lo que escuché.

"No digo nada en cuanto a que estés en nuestras manos", continuó Silver, "aunque ahí estás, y puedes reconocerlo. Estoy a favor del argyment; Nunca vi salir bien o amenazando. Si te gusta el servicio, bueno, te jine; y si

tú no, Jim, eres libre de responder que no, libre y bienvenido, compañero de a bordo; y si un marinero mortal puede decir algo más justo, ¡que me tiemblen los costados!

"¿Debo responder, entonces?" Pregunté, con una voz muy trémula. A través de toda esta charla burlona, se me hizo sentir la amenaza de muerte que se cernía sobre mí, y mis mejillas ardían y mi corazón latía dolorosamente en mi pecho.

—Muchacho —dijo Silver—, nadie te está presionando. Toma tus rumbos. Ninguno de nosotros no te apurará, compañero; el tiempo pasa tan agradable en tu compañía, ya ves.

"Bueno", dije, poniéndome un poco más atrevido, "si tengo que elegir, declaro que tengo derecho a saber qué es qué, y por qué estás aquí, y dónde están mis amigos".

"¿Qué es eso?" repitió uno de los bucaneros, en un profundo gruñido. "¡Ah, él sería un afortunado si supiera eso!"

Quizá cierres las escotillas con listones hasta que estés. Hablé con mi amigo", exclamó Silver, truculentamente, a este orador. Y luego, en sus primeros tonos amables, me respondió: "Ayer por la mañana, Sr. Hawkins", dijo, "en la guardia, llegó el doctor Livesey con una bandera de tregua.

Él dice: 'Capitán Silver, está vendido. ¡El barco se ha ido! Bueno, tal vez habíamos estado tomando un vaso y una canción para ayudar a redondearlo. No diré que no. Al menos, ninguno de nosotros había mirado hacia afuera. Miramos hacia afuera y, ¡por el trueno! el viejo barco se había ido. Nunca vi a una manada de tontos parecer más sospechosos; y usted puede mentir a eso, si le digo que parecía el más sospechoso. 'Bueno', dice el doctor, 'vamos a negociar'. Negociamos, él y yo, y aquí estamos; las provisiones, el brandy, el blocao, la leña que tuviste la amabilidad de cortar y, por así decirlo, todo el bendito barco, desde la cruceta hasta la quilla. En cuanto a ellos, han vagado; No sé dónde están".

Volvió a chupar tranquilamente de su pipa.

Y para que no os entre en la cabeza —prosiguió— que estabais incluidos en el tratado, he aquí la última palabra que se dijo: '¿Cuántos sois,' digo yo, 'para salir?' 'Cuatro', dice él, 'cuatro, y uno de nosotros herido. En cuanto a eso

muchacho, no sé dónde está, maldito sea,' dice, 'ni me importa mucho. Estamos hartos de él. Estas fueron sus palabras."

"¿Eso es todo?" Yo pregunté.

"Bueno, es todo lo que puedes escuchar, hijo mío", respondió Silver.

"¿Y ahora tengo que elegir?"

"Y ahora tienes que elegir, y puedes confiar en eso", dijo Silver.

"Bueno", dije yo, "no soy tan tonto, pero sé muy bien lo que tengo que buscar. Que lo peor venga a lo peor, es poco lo que me importa. He visto morir a demasiados desde que me enamoré de ti.

Pero hay una o dos cosas que tengo que decirte —dije, y en ese momento estaba bastante emocionada; "y la primera es esta: Aquí estás, mal; barco perdido, tesoro perdido, hombres perdidos; todo tu negocio se fue a la ruina; y si quieres saber quién lo hizo, ¡fui yo! Yo estaba en el barril de manzanas la noche que avistamos tierra, y te escuché a ti, John, y a ti, a Dick Johnson, y a Hands, que ahora está en el fondo del mar, y dije cada palabra que dijiste antes de que terminara la hora. Y en cuanto a la goleta, fui yo quien cortó su cable, y fui yo quien mató a los hombres que teníais a bordo de ella, y fui yo quien la llevó donde nunca más la veréis, ninguno de vosotros. La risa está de mi lado; He tenido la cima de este negocio desde el principio; No te temo más que a una mosca. Mátame, por favor, o perdóname. Pero una cosa diré, y nada más; si me perdonáis, el pasado es el pasado, y cuando estéis en los tribunales por piratería, os salvaré todo lo que pueda. Es para que usted elija. Matad a otro y no os haréis ningún bien, o perdonadme a mí y dejad un testigo para salvaros de la horca.

Me detuve, porque, les digo, estaba sin aliento, y, para mi asombro, ninguno de ellos se movió, sino que todos se quedaron mirándome como muchas ovejas. Y mientras seguían mirándome, estallé de nuevo: "Y ahora, Sr. Silver", dije, "creo

que es el mejor hombre".

aquí, y si las cosas empeoran, seré amable de su parte que le informe al médico cómo lo tomé".

"Lo tendré en cuenta", dijo Silver, con un acento tan curioso que no podía, por mi vida, decidir si se estaba riendo de mi petición o se había visto afectado favorablemente por mi coraje.

—Le pondré uno a eso —exclamó el viejo marinero de rostro color caoba —de nombre Morgan— a quien había visto en la taberna de Long John en los muelles de Bristol—. "Fue él quien conoció a Black Dog".

"Bueno, y mira", agregó el cocinero del mar, "¡Voy a poner otra vez a eso, por el trueno! porque fue este mismo chico el que falsificó el gráfico de Billy Bones. ¡Lo primero y lo último que nos hemos dividido sobre Jim Hawkins!

"¡Entonces aquí va!" dijo Morgan, con un juramento.

Y saltó, sacando su cuchillo como si tuviera veinte años.

"¡Avast, ahí!" gritó Plata. "¿Quién eres, Tom Morgan? Quizás pensaste que eras el capitán aquí, quizás. ¡Por los poderes, pero te enseñaré mejor! Engáñame e irás a donde muchos buenos hombres han ido antes que tú, primero y último, estos treinta años atrás, ¡algunos a la verga, me estremecen los costados! y algunos para la tabla, y todos para dar de comer a los peces. Nunca un hombre me miró entre los ojos y vio un buen día después, Tom Morgan, puedes estar seguro de eso.

Morgan hizo una pausa, pero un murmullo ronco se elevó de los demás.

"Tom tiene razón", dijo uno.

"Me quedé novatada el tiempo suficiente de uno", agregó otro.

"Me ahorcarán si me engañas, John Silver".

—¿Alguno de ustedes, caballeros, quería discutirlo con ? rugió Silver, inclinándose hacia adelante desde su posición en el barril, con su pipa aún brillando en su mano derecha. "Ponle un nombre a lo que estás haciendo; No eres tonto, creo. El que quiera lo conseguirá. ¿He vivido tantos años para tener a un hijo de un ponche de ron amartillando su sombrero a través de mi guindaleza en el último extremo? Conoces el camino; todos ustedes son caballeros de la fortuna, por su cuenta. Bueno, estoy listo. Toma un machete, el que

se atreva, y veré el color de su interior, con muletas y todo, antes de que esa pipa esté vacía.

Ni un hombre se movió; no respondió ningún hombre.

"Ese es tu tipo, ¿verdad?" añadió, volviendo a llevarse la pipa a la boca. "Bueno, eres muy gay a la vista, de todos modos. No vale mucho la pena luchar, no lo eres. Quizá puedas entender el inglés del rey Jorge. Soy cap'n aquí por 'lection. Soy el capitán aquí porque soy el mejor hombre por una larga milla náutica. No pelearás, como deberían hacerlo los caballeros de la fortuna; entonces, por el trueno, obedecerás, ¡y podrás hacerlo! Me gusta ese chico, ahora; Nunca he visto un chico mejor que ese. Es más hombre que cualquier par de ratas de ustedes en esta casa, y lo que digo es esto: déjenme ver al que le ponga la mano encima, eso es lo que digo, y pueden hacerlo.

Hubo una larga pausa después de esto. Me paré derecho contra la pared, mi corazón todavía latiendo como un mazo, pero con un rayo de esperanza ahora brillando en mi pecho. Silver se recostó contra la pared, con los brazos cruzados, la pipa en la comisura de los labios, tan tranquilo como si hubiera estado en la iglesia; sin embargo, su ojo siguió vagando furtivamente, y mantuvo la cola sobre sus rebeldes seguidores. Ellos, por su parte, se juntaron gradualmente hacia el otro extremo del fortín, y el silbido bajo de sus susurros sonaba en mis oídos continuamente, como un arroyo. Uno tras otro alzaban la vista, y la luz roja de la antorcha caía por un segundo sobre sus rostros nerviosos; pero no fue hacia mí, fue hacia Silver que dirigieron sus ojos.

"Pareces tener mucho que decir", comentó Silver, escupiendo lejos en el aire. Suba el volumen y déjeme oírlo, o acuéstese.

—Perdone, señor —respondió uno de los hombres; Eres bastante libre con algunas de las reglas, tal vez tengas la amabilidad de vigilar el resto. Esta tripulación está insatisfecha; esta tripulación no vale la pena intimidar a un marlinspike; esta tripulación tiene sus derechos como otras tripulaciones, así de libre lo haré; y según tus propias reglas, supongo que podemos hablar juntos. Pido su perdón, señor,

reconociéndolo por estar capturando en este momento, pero reclamo mi derecho y salgo para un consejo.”

Y con un elaborado saludo marítimo, este tipo, un hombre largo, de aspecto enfermizo, de ojos amarillos, de treinta y cinco años, se dirigió con frialdad hacia la puerta y desapareció de la casa. Uno tras otro, el resto siguió su ejemplo, cada uno haciendo un saludo al pasar, cada uno agregando alguna disculpa. “Según las reglas”, dijo uno. — Consejo de Foc's'le —dijo Morgan—. Y así, con un comentario u otro, todos marcharon y nos dejaron a Silver ya mí solos con la antorcha.

El cocinero marino se quitó la pipa al instante.

“Ahora, mírate aquí, Jim Hawkins”, dijo en un susurro constante que era apenas audible, “estás a medio tablón de la muerte y, lo que es mucho peor, de la tortura.

Me van a tirar. Pero usted marca, estoy a su lado en las buenas y en las malas. No fue mi intención; no, no hasta que hablaste. Estaba casi desesperado por perder tanto dinero y ser colgado en el trato. Pero veo que eras del tipo correcto. Me digo a mí mismo: apoya a Hawkins, John, y Hawkins te apoyará a ti. Eres su última carta, y por Dios, John, ¡él es tuyo! Espalda con espalda, digo yo. ¡Salva a tu testigo y él te salvará el cuello!

Empecé vagamente a comprender.

“¿Quieres decir que todo está perdido?” Yo pregunté.

“¡Ay, por chicle, lo hago!” él respondió. “Barco desaparecido, cuello desaparecido, ese es el tamaño de esto. Una vez miré en esa bahía, Jim Hawkins, y no vi ninguna goleta, bueno, soy duro, pero me rendí. En cuanto a ese grupo y su consejo, fíjense bien, son completamente tontos y cobardes. Te salvaré la vida, si es que puedo, de ellos. Pero mira, Jim, ojo por ojo, salvas a Long John de golpear.

Estaba desconcertado; parecía algo tan desesperado lo que estaba preguntando él, el viejo bucanero, el cabecilla de todo.

“Lo que pueda hacer, lo haré”, dije.

“¡Es una ganga!” —exclamó John el Largo. “Hablas con valentía, y por el trueno, tengo una oportunidad”.

Cojeó hasta la antorcha, donde estaba apoyada entre la leña y encendió de nuevo su pipa.

"Entiéndeme, Jim," dijo, volviendo. Tengo la cabeza sobre los hombros, la tengo. Ahora estoy del lado del escudero. Sé que tienes esa nave segura en alguna parte. Cómo lo hiciste, no lo sé, pero es seguro. Supongo que Hands y O'Brien se ablandaron. Nunca creí mucho en ninguno de los dos. Ahora me marcas. No hago preguntas, ni dejaré que otros. Sé cuando se acaba un juego, lo sé; y conozco a un muchacho que es incondicional. Ah, tú que eres joven, ¡tú y yo podríamos haber hecho un gran bien juntos!

Sacó un poco de coñac del barril en una lata.

"¿Quieres probar, compañero?" preguntó, y cuando me negué, "Bueno, yo mismo tomaré un drenaje, Jim", dijo. "Necesito un calafateo, porque hay problemas a la mano. Y, hablando de problemas, ¿por qué ese médico me dio el historial, Jim?

Mi rostro expresó un asombro tan natural que él vio la inutilidad de más preguntas.

"Ah, bueno, lo hizo, sin embargo", dijo. "Y hay algo debajo de eso, sin duda, algo, seguramente, debajo de eso, Jim, bueno o malo.

Y tomó otro trago de brandy, sacudiendo su gran cabeza rubia como un hombre que espera lo peor.

XXIX

EL PUNTO NEGRO OTRA VEZ

El consejo de los bucaneros había durado algún tiempo, cuando uno de ellos volvió a entrar en la casa, y con una repetición del mismo saludo, que tenía a mis ojos un aire irónico, rogó que le prestaran un momento la antorcha. Silver accedió brevemente, y este emisario se retiró de nuevo, dejándonos juntos en la oscuridad.

"Viene una brisa, Jim", dijo Silver, quien esta vez adoptó un tono bastante amistoso y familiar.

Me volví hacia la escapatoria más cercana a mí y miré hacia afuera. Las brasas del gran fuego se habían extinguido tanto y ahora brillaban tan tenues y oscuras que comprendí por qué estos conspiradores deseaban una antorcha. Hacia la mitad de la pendiente que conducía a la empalizada estaban reunidos en un grupo; uno sostuvo la luz; otro estaba de rodillas en medio de ellos, y vi brillar en su mano la hoja de un cuchillo abierto con diversos colores, a la luz de la luna y de las antorchas. Los demás estaban todos algo encorvados, como viendo las maniobras de este último. Pude distinguir que tenía un libro y un cuchillo en la mano; y todavía se preguntaba cómo algo tan incongruente había llegado a sus manos, cuando la figura arrodillada se levantó una vez más, y todo el grupo comenzó a moverse hacia la casa.

"Aquí vienen," dije yo; y regresé a mi posición anterior, porque me parecía por debajo de mi dignidad que me encontraran observándolos.

"Bueno, déjalos venir, muchacho, déjalos venir", dijo Silver alegremente. "Todavía tengo una oportunidad en mi casillero".

La puerta se abrió y los cinco hombres, acurrucados en el interior, empujaron a uno de ellos hacia adelante. En cualquier otra circunstancia hubiera sido cómico ver su lento avance, vacilando al poner cada pie en el suelo, pero sosteniendo su mano derecha cerrada frente a él.

"Da un paso al frente, muchacho", gritó Silver. No te comeré. entregarlo, Lubber Conozco las reglas, lo hago; No haré daño a una decepción.

Animado así, el bucanero avanzó más rápidamente y, tras pasarle algo a Silver, de mano en mano, se deslizó aún más ágilmente hacia sus compañeros.

El cocinero del mar miró lo que le habían dado.

"¡El punto negro! Eso pensé", observó. "¿Dónde podría tienes el papel? ¡Hola! mira aquí, ahora; esto no es suerte! Fuiste y cortaste esto de una Biblia. ¿Qué tonto cortó una Biblia?

"Ah, allí", dijo Morgan, "¡allí! ¿Qué dije? No saldrá nada bueno de eso, dije.

"Bueno, ya casi lo han arreglado, entre ustedes", continuó.

Plata. "Todos ustedes se balancearán ahora, supongo. ¿Qué tonto de cabeza blanda tenía una Biblia?

"Fue Dick", dijo uno.

Dick, ¿era eso? Entonces Dick puede llegar a las oraciones", dijo Silver. "Ha visto su suerte, tiene a Dick, y puedes confiar en eso".

Pero aquí intervino el hombre alto de ojos amarillos.

"Deja de hablar, John Silver", dijo. "Esta tripulación le ha dado una propina al punto negro en pleno consejo, como en el límite de dooty; solo le das la vuelta, como si estuvieras encuadernado, y ves lo que está escrito allí. Entonces puedes hablar.

"Gracias, George", respondió el cocinero del mar. "Siempre fuiste rápido para los negocios y tienes las reglas de memoria, George, como me complace ver. Bueno, ¿qué es, de todos modos? ¡Ay! 'Depuesto', eso es todo, ¿verdad? Escribió muy bonito, sin duda; como estampado, lo juro. ¿Tu letra para escribir, George? Vaya, te estabas convirtiendo en un gran líder en este equipo. Serás el próximo capitán, yo

no debería preguntarse Solo compláceme con esa antorcha otra vez, ¿quieres? esta pipa no tira”.

“Vamos”, dijo George, “no engañes más a esta tripulación. Eres un hombre gracioso, por tu cuenta; pero ya has terminado, y tal vez te bajes de ese barril y ayudes a votar”.

"Pensé que habías dicho que conocías las reglas", respondió Silver, desdeñosamente. “Al menos, si no lo haces tú, lo hago yo; y espero aquí, y sigo siendo tu capitán, mente, hasta que salgas con tus quejas, y te respondo; Mientras tanto, tu punto negro no vale ni una galleta. Después de eso ya veremos”.

“Oh”, respondió George, “no estés bajo ningún tipo de aprensión; todo ~~cuadrado~~ ^{ordenado}, estamos. Primero, has hecho un hash de este crucero: serás un hombre valiente si dices que no a eso. Segundo, dejas que el enemigo salga de esta trampa gratis. ¿Por qué querían salir? No sé, pero es bastante claro que lo querían. Tercero, no nos dejarías atacarlos durante la marcha. Oh, vemos a través de ti, John Silver; quieres jugar botín, eso es lo que te pasa. Y luego, cuarto, está este muchacho”.

"¿Eso es todo?" preguntó Silver, en voz baja.

"Suficiente, también", replicó George. "Todos nos columpiaremos y nos secaremos al sol para tu torpeza".

“Bueno, ahora, mire aquí, contestaré estos cuatro puntos; uno tras otro voy a responder 'em. Hice un hash de este crucero, ¿verdad? Bueno, ahora, todos ustedes saben lo que quería; y todos ustedes saben, si eso se hubiera hecho, que habiéramos estado a bordo del Hispaniola esta noche como siempre, cada uno de nosotros vivo, en forma y lleno de buen plum-duff, y el tesoro en la bodega de ella, ¡por el trueno! Bueno, ¿quién me cruzó? ¿Quién forzó mi mano, como lo fue el legítimo capitán? ¿Quién me señaló el punto negro el día que aterrizamos y comenzó este baile? Ah, es un buen baile, estoy contigo allí, y parece poderoso como una flauta en el extremo de una cuerda en Execution Dock en la ciudad de Londres, lo hace. ¿Pero quién lo hizo? ¡Vaya, fueron Anderson, Hands y usted, George Merry! Y usted es el último tablero arriba de

esa misma tripulación entrometida; y usted tiene la insolencia de Davy Jones para levantarse y presentarse como capitán sobre mí, ¡usted, que nos hundió a todos! ¡Por los poderes! pero esto supera el hilo más rígido a nada.

Silver hizo una pausa, y pude ver por los rostros de George y sus difuntos camaradas que estas palabras no habían sido dichas en vano.

“Eso es para el número uno”, gritó el acusado, limpiándose el sudor de su frente, porque había estado hablando con una vehemencia que sacudió la casa. “Bueno, te doy mi palabra, estoy enfermo para hablar contigo. No tienes ni sentido ni memoria, y lo dejo a la imaginación dónde estuvo tu madre que te dejó venir al mar. ¡Mar! ¡Caballeros de la fortuna! Creo que la sastrería es tu oficio.

“Continúa, John”, dijo Morgan. “Habla con los demás”.

“¡Ah, los otros!” devolvió Juan. Son muy buenos, ¿no? ¿ellos? Dices que este crucero es un desastre. ¡Ay! por chicle, si pudieras entender lo mal que está estropeado, ¡lo verías! Estamos tan cerca del patíbulo que se me pone el cuello rígido de tanto pensar en él. Los has visto, tal vez, ahorcados con cadenas, pájaros a su alrededor, marineros señalándolos mientras bajan con la marea. '¿Quién es ese?' dice uno. '¡Eso! Vaya, ese es John Silver. Lo conocí bien', dice otro. Y puede escuchar el tintineo de las cadenas cuando avanza y alcanza la otra boya. Ahora, eso es más o menos donde estamos, cada hijo de madre de nosotros, gracias a él, y Hands, y Anderson, y otros tontos de la ruina de tu parte. Y si quieres saber sobre el número cuatro, y ese chico, ¡qué temblar! ¿No es un rehén? ¿Vamos a desperdiciar un rehén? No, no nosotros; él podría ser nuestra última oportunidad, y no debería sorprenderme. matar a ese chico? ¡Yo no, compañeros! ¿Y el número tres? Ah, bueno, hay un trato que decirle al número tres. Tal vez no le importe nada tener un médico universitario de verdad que venga a verlo todos los días, usted, John, con la cabeza rota, o usted, George Merry, que tuvo los ataques de fiebre hace menos de seis horas, y tiene tus ojos del color de la cascara de limon a este mismo momento en la

¿reloj? Y tal vez, tal vez, ¿tampoco sabías que venía una consorte? Pero lo hay, y no falta mucho para entonces; y veremos quién estará contento de tener un rehén cuando se trata de eso. Y en cuanto al número dos, y por qué hice un trato, bueno, vienes arrastrándote de rodillas hacia mí para hacerlo, de rodillas viniste, estabas así de desanimado, y también te habrías muerto de hambre si yo no lo hubiera hecho. 't-pero eso es una bagatela! miras allí, ¡es por eso!

Y tiró al suelo un papel que reconocí al instante, nada menos que la carta en papel amarillo, con las tres cruces rojas, que había encontrado en el hule en el fondo del arcón del capitán. Por qué el doctor se lo había dado era más de lo que podía imaginar.

Pero si para mí era inexplicable, la apariencia del gráfico fue increíble para los amotinados sobrevivientes. Saltaron sobre él como gatos sobre un ratón. Iba de mano en mano, uno arrancándoselo del otro; y por los juramentos y los gritos y las risas infantiles con que acompañaban su examen, habrías pensado que no sólo estaban tocando el oro mismo, sino que estaban en el mar con él, además, a salvo.

"Sí", dijo uno, "ese es Flint, por supuesto. JF, y una puntuación a continuación, con un enganche cercano a él, por lo que siempre.

Muy bonita dijo George. "Pero, ¿cómo vamos a salirnos con la nuestra y no tener un barco?"

Silver se levantó de un salto y se apoyó con una mano contra la pared: "Ahora, te advierto, George", gritó. "Una palabra más de tu salsa, y te llamaré y pelearé contigo. ¿Cómo? ¿Por qué, cómo lo sé? ¡Tenías que decirme eso, tú y los demás, que me perdieron mi goleta, con tu interferencia, quemarte! Pero tú no, no puedes; no tienes la invención de una cucaracha. Pero educadamente puedes hablar, y lo harás, George Merry, puedes hacerlo.

"Eso es bastante justo", dijo el anciano Morgan.

"¡Justo! Eso creo -dijo el cocinero del mar-. "Perdiste el barco; Encontré el tesoro. ¿Quién es el mejor hombre en eso? Y ahora yo

renuncia, por trueno! Elige a quien te plazca para que sea tu capitán ahora; He terminado con eso."

"¡Plata!" ellos lloraron. "Barbacoa para siempre! ¡Barbacoa para el capitán!"

"Así que ese es el toon, ¿verdad?" gritó el cocinero. "George, creo que tendrás que esperar otro turno, amigo, y por suerte para ti, ya que no soy un hombre vengativo. Pero ese nunca fue mi camino. Y ahora, compañeros de barco, ¿este punto negro? No sirve de mucho ahora, ¿verdad? Dick cruzó su suerte y arruinó su Biblia, y eso es todo".

"Estará bien besar el libro todavía, ¿no?" gruñó Dick, quien evidentemente estaba inquieto por la maldición que se había traído sobre sí mismo.

"¡Una Biblia con un pedacito recortado!" respondió Silver, burlonamente. "No es eso. No encuaderna más que un libro de baladas.

"¿No es así, sin embargo?" —exclamó Dick con una especie de alegría. "Bueno, creo que eso también vale la pena".

"Aquí, Jim, aquí hay una curiosidad para ti", dijo Silver, y me arrojó el periódico.

Era una ronda del tamaño de una corona. Un lado estaba en blanco, porque había sido la última hoja; el otro contenía uno o dos versículos de Apocalipsis, estas palabras entre el resto, que me impactaron profundamente en la mente: "Afuera hay perros y homicidas". El lado impreso había sido ennegrecido con ceniza de madera, que ya comenzaba a desprenderse y ensuciarme los dedos; en el lado en blanco se había escrito con el mismo material la única palabra "Depuesto". Tengo esa curiosidad a mi lado en este momento; pero ya no queda rastro de escritura más allá de un solo rasguño, como el que un hombre podría hacer con la uña del pulgar.

Ese fue el final del negocio de la noche. Poco después, con un trago para todos, nos acostamos a dormir, y el exterior de la venganza de Silver fue poner a George Merry como centinela y amenazarlo de muerte si resultaba infiel.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera cerrar un ojo, y Dios sabe que tenía suficiente materia para pensar en el hombre a quien había matado.

esa tarde, en mi posición más peligrosa y, sobre todo, en el juego notable en el que vi a Silver ahora comprometido: mantener a los amotinados juntos con una mano y agarrar, con la otra, después de todos los medios, posibles e imposibles, para hacer las paces y salvar su miserable vida.

Él mismo dormía plácidamente y roncaba ruidosamente; sin embargo, mi corazón estaba dolorido por él, malvado como era, al pensar en los oscuros peligros que lo rodeaban y el vergonzoso patíbulo que lo esperaba.

XXX

EN LIBERTAD CONDICIONAL

Me despertó —de hecho, nos despertó a todos, porque pude ver que incluso el centinela se sacudía de donde había caído contra el marco de la puerta— una voz clara y cordial que nos saludaba desde el borde del bosque:

"¡Bloqueo, a la vista!" lloró "Aquí está el médico".

Y el médico que era. Aunque me alegró escuchar la sonido, sin embargo, mi alegría no fue sin mezcla. Recordé con confusión mi conducta insubordinada y sigilosa; y cuando vi adónde me había llevado, entre qué compañeros y rodeado de qué peligros, sentí vergüenza de mirarlo a la cara.

Debió levantarse en la oscuridad, porque apenas había llegado el día; y cuando corrí hacia una aspillera y miré, lo vi de pie, como Silver una vez antes, hasta la mitad de la pierna envuelto en vapor.

"¡Usted, médico! ¡La mejor de las mañanas para usted, señor! gritó Silver, completamente despierta y radiante de buena naturaleza en un momento. "Brillante y temprano, sin duda; y es el madrugador, como dice el refrán, el que recibe las raciones. George, sacude tus vigas, hijo, y ayuda al doctor Livesey a cruzar el costado del barco.

Todo iba bien, sus pacientes estaban... todos bien y felices.

Así siguió, de pie en la cima de la colina, con su muleta debajo de su codo, y una mano en el costado de la casa de troncos: todo el viejo John en voz, modales y expresión.

—También tenemos una gran sorpresa para usted, señor —continuó—. ¡Tenemos un pequeño extraño aquí, él! ¡él! Un noo huésped e inquilino, señor, y con un aspecto en forma y tenso como un violín; dormir como un

Supercargo, lo hizo, justo al lado de John, proa a proa, estuvimos toda la noche.

El doctor Livesey ya estaba al otro lado de la empalizada y bastante cerca del cocinero, y pude escuchar la alteración en su voz cuando dijo: "¿No es Jim?"

"El mismo Jim de siempre", dice Silver.

El médico se detuvo en seco, aunque no habló, y pasaron unos segundos antes de que pareciera capaz de seguir adelante.

—Bueno, bueno —dijo por fin—, el deber primero y el placer después, como podrías haber dicho tú mismo, Silver. Revisemos a estos pacientes suyos.

Un momento después había entrado en el blocao y, con un asentimiento sombrío hacia mí, procedió con su trabajo entre los enfermos. No parecía tener aprensión, aunque debía saber que su vida, entre estos traicioneros demonios, dependía de un cabello, y parloteaba con sus pacientes como si estuviera haciendo una visita profesional ordinaria a una tranquila familia inglesa. Su actitud, supongo, repercutió en los hombres, porque se comportaron con él como si nada hubiera ocurrido, como si todavía fuera el médico del barco y siguieran siendo fieles marineros en el mástil.

"Lo estás haciendo bien, mi amigo", le dijo al tipo con la cabeza vendada, "y si alguna vez alguien tuvo un afeitado apurado, fuiste tú; tu cabeza debe ser tan dura como el hierro. Bueno, George, ¿cómo te va? Tienes un color bonito, ciertamente; por qué, tu hígado, hombre, está al revés. ¿Tomaste esa medicina? ¿Tomó esa medicina, hombres?"

"Ay, ay, señor, lo tomó con seguridad", respondió Morgan.

"Porque, ya ves, como soy médico de amotinados, o médico de prisiones "Doctor, como prefiero llamarlo", dice el doctor Livesey, en su forma más agradable, "hago que sea un punto de honor no perder a un hombre por el rey Jorge (¡Dios lo bendiga!) y la horca".

Los pícaros se miraron entre sí, pero se tragaron el empujón de casa en silencio.

"Dick no se siente bien, señor", dijo uno.

"¿No?" respondió el médico. "Bueno, ven aquí, Dick, y déjame ver tu lengua. No, me sorprendería si lo hiciera; la lengua del hombre es apta para asustar a los franceses. Otra fiebre.

"Ah, allí", dijo Morgan, "eso vino de derramar Biblias".

—Eso vino, como tú lo llamas, de ser unos asnos arreglados —replicó el doctor— y de no tener el suficiente sentido común para distinguir el aire honesto del veneno, y la tierra seca de un pantano vil y pestífero. Creo que lo más probable —aunque, por supuesto, es sólo una opinión— que todos tendréis que pagar antes de sacar la malaria de vuestros sistemas. Acampa en un pantano, ¿quieres? Silver, me sorprendes. Eres menos tonto que muchos, te tomo todo el tiempo; pero no me parece que tenga los rudimentos de una noción de las reglas de la salud.

"Bueno", agregó, después de haberlos dosificado, y habían tomado sus recetas, con una humildad realmente irrisoria, más como escolares de caridad que como amotinados y piratas culpables de sangre, "bueno, por hoy ya está hecho. Y ahora me gustaría tener una charla con ese chico, por favor.

Y asintió con la cabeza en mi dirección sin cuidado.

George Merry estaba en la puerta, escupiendo y balbuceando sobre una medicina de mal sabor; pero a la primera palabra de la propuesta del médico, se dio la vuelta con un profundo sonrojo y gritó: "¡No!" y juró.

Silver golpeó el cañón con la mano abierta.

"¡Silencio!" rugió, y miró a su alrededor positivamente como un león. —Doctor —prosiguió, en su tono habitual—, estaba pensando en eso, sabiendo que le gustaba el muchacho. Todos estamos humildemente agradecidos por tu amabilidad y, como ves, confía en ti y toma las drogas como si fuera mucho grog. Y supongo que he encontrado una forma que se adapta a todos.

Hawkins, ¿me daría su palabra de honor como un joven caballero, porque es un joven caballero, aunque pobre nacido, su palabra de honor de no deslizar su cable?

De buena gana di la prenda requerida.

—Entonces, doctor —dijo Silver—, simplemente salga de esa empalizada y, una vez que esté allí, derribaré al chico por dentro y creo que podrá atravesar las vergas.

Buen día para usted, señor, y todos nuestros deseos para el escudero y el capitán Smollett.

La explosión de desaprobación, que nada más que las miradas negras de Silver habían contenido, estalló en cuanto el doctor salió de la casa. Silver fue rotundamente acusado de jugar a la doble, de tratar de hacer las paces por separado, de sacrificar los intereses de sus cómplices y víctimas; y, en una palabra, de lo idéntico y exacto que estaba haciendo.

Me pareció tan obvio, en este caso, que no podía imaginar cómo iba a convertir su enfado. Pero era el doble de hombre que los demás, y su victoria de la noche anterior le había dado una gran preponderancia en sus mentes. Los llamó todos los tontos y tontos que te puedas imaginar, dijo que era necesario que yo hablara con el médico, les agitó el gráfico en la cara, les preguntó si podían darse el lujo de romper el tratado el mismo día en que fueron atados a un tesoro. caza.

"¡No, por el trueno!" -exclamó-, somos nosotros los que debemos romper el tratado cuando llegue el momento; y hasta entonces le jugaré a ese doctor, aunque tenga que llenarle las botas de brandy.

Y luego les ordenó que encendieran el fuego, y salió con su muleta, con su mano en mi hombro, dejándolos en un desorden, y silenciados por su locuacidad más que convencidos.

"Despacio, muchacho, despacio", dijo. "Podrían rodearnos en un abrir y cerrar de ojos si nos vieran apurados".

Muy deliberadamente, pues, avanzamos por la arena para donde el médico nos esperaba al otro lado de la empalizada, y tan pronto como estuvimos a una distancia cómoda para hablar, Silver se detuvo.

—Tome nota de esto aquí también, doctor —dijo—, y el muchacho le dirá cómo le salvé la vida, y también fui depuesto por ello, y puede confiar en eso. Doctor, cuando un hombre navega tan cerca del viento como yo, jugando al chuck-farthing

con el último aliento en su cuerpo, como... ¡quizás no lo pensarías demasiado, para darle una buena palabra! Por favor, tenga en cuenta que no es mi vida solo ahora, es la de ese chico en el trato; y usted me hablará bien, doctor, y me dará un poco de esperanza para seguir adelante, por piedad.

Silver era un hombre diferente, una vez que estaba allí y tenía de espaldas a sus amigos y al blocao; sus mejillas parecían hundirse, su voz temblaba; nunca hubo un alma más muerta en serio.

"¿Por qué, John, no tienes miedo?" preguntó el doctor Livesey.

"Doctor, no soy cobarde; no, yo no, ¡no mucho! y chasqueó los dedos. "Si lo fuera, no lo diría. Pero lo reconoceré con justicia, tengo las sacudidas sobre mí para la horca. Eres un buen hombre y un verdadero; ¡Nunca he visto un hombre mejor! Y no olvidarás lo que hice bien, no más de lo que olvidarás lo malo, lo sé. Y me hago a un lado, mira aquí, y te dejo a ti ya Jim solos. ¡Y apúntame eso también, porque es un trecho largo, verdad!

Diciendo esto, retrocedió un poco hasta que estuvo fuera del alcance del oído, y allí se sentó en el tocón de un árbol y comenzó a silbar, girando de vez en cuando sobre su asiento para dominar una vista, a veces de mí y el médico, y a veces de sus rufianes revoltosos que iban y venían por la arena, entre el fuego —que se ocupaban de reavivar— y la casa, de la que sacaban cerdo y pan para hacer el desayuno.

"Entonces, Jim", dijo el doctor con tristeza, "aquí tienes. Tal como lo has preparado, así lo beberás, hijo mío. Dios sabe que no puedo encontrar en mi corazón culparte; pero esto es lo que diré, sea amable o desagradable: cuando el capitán Smollett estaba bien, no te atreviste a irte, y cuando estaba enfermo, y no podía evitarlo con George, ¡era francamente cobarde!

Confieso que aquí comencé a llorar. "Doctor", le dije, "usted podría perdonarme. Ya me he culpado bastante; de todos modos, pierdo la vida, y ahora debería estar muerto si Silver no me hubiera defendido; y, doctor, créalo, puedo morir—y

Me atrevo a decir que me lo merezco, pero lo que temo es la tortura. Si vienen a torturarme...

"Jim", interrumpió el doctor, y su voz cambió bastante, "Jim, no puedo tener esto. Látigo, y correremos por él.

-Doctor -dije-, he dado mi palabra.

"Lo sé, lo sé", exclamó. "No podemos evitar eso, Jim, ahora. Lo llevaré sobre mis hombros, holus-bolus, culpa y vergüenza, muchacho; pero quédate aquí, no puedo dejarte. ¡Saltar! Un salto y estás fuera, y correremos como antílopes.

"No", respondí, "sabes muy bien que no lo harías tú mismo; ni tú, ni escudero, ni capitán, ni yo más. Plata confió en mí; Pasé mi palabra, y vuelvo. Pero, doctor, no me dejó terminar. Si vienen a torturarme, podría dejar escapar una palabra de dónde está el barco; porque conseguí el barco, en parte por suerte y en parte arriesgando, y se encuentra en North Inlet, en la playa del sur, y justo debajo de la marea alta. En media marea debe estar alta y seca.

"¡El barco!" exclamó el médico.

Rápidamente le describí mis aventuras, y oyó yo fuera en silencio.

"Hay una especie de destino en esto", observó, cuando hube terminado. "Cada paso sois vosotros los que salváis nuestra vida, ¿y suponeis de casualidad que os vamos a dejar perder la vuestra? Eso sería un mal retorno, muchacho. Descubriste la trama; encontraste a Ben Gunn, la mejor hazaña que jamás hayas hecho, o que harás, aunque vivas hasta los noventa años. ¡Oh, por Júpiter! y hablando de Ben Gunn, pues, esta es la travesura en persona.

¡Plata!" gritó: "¡Plata! Te daré un consejo —continuó, mientras el cocinero se acercaba de nuevo; No tengas mucha prisa por ese tesoro.

"Bueno, señor, hago mi posible, que no lo es", dijo Silver. Sólo puedo, pidiéndole perdón, salvar mi vida y la del niño buscando ese tesoro; y puedes confiar en eso.

"Bueno, Silver", respondió el médico, "si es así, iré uno paso más lejos; ¡Cuidado con las tormentas cuando las encuentres!

"Señor", dijo Silver, "entre hombre y hombre, eso es demasiado mucho y demasiado poco. Lo que buscas, por qué dejaste el blocao, por qué me diste ese mapa, no lo sé, ¿verdad? y, sin embargo, cumplí tus órdenes con los ojos cerrados y nunca una palabra de esperanza. Pero no, esto de aquí es demasiado. Si no me dice claramente lo que quiere decir, simplemente dígalo y dejaré el timón.

—No —dijo el doctor, meditabundo—, no tengo derecho a decir más; no es mi secreto, verás, Silver, o te doy mi palabra, te lo diría. Pero iré contigo hasta donde me atreva a ir, y un paso más allá, porque haré que mi peluca sea ordenada por el capitán, ¡o me equivoco! Y primero, te daré un poco de esperanza. Silver, si ambos salimos con vida de esta trampa para lobos, haré todo lo posible para salvarte, salvo el perjurio.

El rostro de Silver estaba radiante. "No podrías decir más, soy claro, señor, no si usted fuera mi madre", exclamó.

"Bueno, esa es mi primera concesión", agregó el doctor. "Mi segundo es un consejo. Mantén al chico cerca de ti, y cuando necesites ayuda, hola. Voy a buscarlo por ti, y eso mismo te mostrará si hablo al azar. Adiós Jim.

Y el doctor Livesey me estrechó la mano a través de la empalizada, saludó con la cabeza a Silver y se adentró a paso vivo en el bosque.

XXXII

LA BÚSQUEDA DEL TESORO: EL PUNTERO DE FLINT

“Jim”, dijo Silver, cuando estuvimos solos, “si yo salvé tu vida, tú salvaste la mía, y no lo olvidaré. Vi al doctor haciéndote señas para que corrieras — con el rabillo del ojo, lo hice— y te vi decir que no, tan claro como el oído. Jim, ese es uno para ti.

Este es el primer rayo de esperanza que tuve desde que fracasó el ataque, y te lo debo a ti. Y ahora, Jim, vamos a participar en esta búsqueda del tesoro aquí, también con órdenes selladas, y no me gusta; y tú y yo debemos mantenernos unidos, espalda contra espalda, y salvaremos nuestros cuellos a pesar del destino y la fortuna.

En ese momento un hombre nos llamó desde el fuego que el desayuno estaba listo, y pronto estuvimos sentados aquí y allá sobre la arena con galletas y chatarra frita. Habían encendido un fuego digno de asar un buey; y ahora estaba tan caliente que sólo podían acercarse por el viento, e incluso allí no sin precaución. Con el mismo espíritu derrochador, habían cocinado, supongo, tres veces más de lo que podíamos comer; y uno de ellos, con una risa vacía, arrojó lo que quedaba al fuego, que ardió y rugió de nuevo sobre este combustible inusual. Nunca en mi vida vi hombres tan descuidados del mañana; mano a boca es la única palabra que puede describir su manera de hacer; y entre comida desperdiciada y centinelas dormidos, aunque eran lo suficientemente audaces para un cepillo y terminar con eso, pude ver su total incapacidad para algo parecido a una campaña prolongada.

Ni siquiera Silver, comiendo, con el Capitán Flint sobre su hombro, tuvo una palabra de culpa por su imprudencia.

Y esto me sorprendió más, porque pensé que nunca se había mostrado tan astuto como entonces.

“Ay, compañeros”, dijo, “es una suerte que tengan a Barbecue para que piense por ustedes con esta cabeza aquí. Conseguí lo que quería, lo hice. Efectivamente, tienen el barco. Dónde lo tienen, no lo sé todavía; pero una vez que demos con el tesoro, tendremos que saltar y averiguarlo. Y luego, compañeros, nosotros que tenemos los botes, supongo, tenemos la sartén por el mango”.

Así siguió corriendo, con la boca llena de tocino caliente; así restauró su esperanza y confianza, y, más que sospecho, reparó la suya al mismo tiempo.

“En cuanto a los rehenes”, continuó, “esa es su última conversación, supongo, con los que ama tanto. Tengo mi noticia, y gracias a él por eso; pero ya está hecho. Lo llevaré en fila cuando vayamos a buscar tesoros, porque lo guardaremos como si fuera oro, en caso de accidentes, ya sabes, y mientras tanto. Una vez que tengamos el barco y el tesoro ambos, y nos hagamos a la mar como alegres compañeros, pues, entonces hablaremos con el Sr. Hawkins, lo haremos, y le daremos su parte, seguro, por toda su amabilidad. ”

No era de extrañar que los hombres estuvieran de buen humor ahora. Por mi parte, yo estaba horriblemente abatido. Si el esquema que ahora había esbozado resultara factible, Silver, que ya era doblemente traidor, no dudaría en adoptarlo. Todavía tenía un pie en cualquiera de los campos, y no había duda de que preferiría la riqueza y la libertad con los piratas a escapar de la horca, que era lo mejor que podía esperar de nuestro lado.

No, e incluso si las cosas se cayeron de tal manera que se vio obligado a mantener su fe en el doctor Livesey, incluso entonces, ¡qué peligro nos acechaba! ¡Qué momento sería ese cuando las sospechas de sus seguidores se convirtieran en certeza, y él y yo tuviéramos que luchar por nuestra vida —él, un lisiado, y yo, un niño— contra cinco marineros fuertes y activos!

Añádase a esta doble aprensión el misterio que aún pesaba sobre el comportamiento de mis amigos; su inexplicable abandono de la empalizada; su inexplicable cesión de la carta; o, más difícil aún de entender, la última advertencia del médico a Silver: “Cuidado con las borrascas cuando las encuentres”;

y fácilmente creeréis el poco gusto que encontré en mi desayuno, y con qué corazón inquieto salí detrás de mis captores en busca del tesoro.

Hicimos una figura curiosa, si alguien hubiera estado allí para vernos; todos con ropas de marinero sucias, y todos menos yo armados hasta los dientes. Silver tenía dos pistolas colgadas a su alrededor, una delante y otra detrás, además del gran alfanje en su cintura, y una pistola en cada bolsillo de su chaqueta de cola cuadrada. Para completar su extraña apariencia, el Capitán Flint se sentó sobre su hombro y farfulló retazos de charlas marinas sin propósito. Tenía una cuerda alrededor de la cintura y seguí obedientemente al cocinero marino, que sostenía el extremo suelto de la cuerda, ahora en su mano libre, ahora entre sus poderosos dientes. Por todo el mundo, fui conducido como un oso bailarín.

Los otros hombres estaban cargados de diversas maneras; algunos llevando picos y palas —porque eso había sido lo primero que necesitaron que trajeron a tierra— otros cargados con carne de cerdo, pan y brandy para la comida del mediodía. Todas las provisiones, observé, procedían de nuestro stock, y pude ver la verdad de las palabras de Silver la noche anterior. Si no hubiera llegado a un acuerdo con el médico, él y sus amotinados, abandonados por el barco, se habrían visto obligados a subsistir con agua clara y el producto de su caza. El agua les habría gustado poco; un marinero no suele ser buen tirador; y, además de todo eso, cuando estaban tan escasos de comestibles, no era probable que estuvieran muy llenos de polvo.

Bien, así equipados, partimos todos, incluso el tipo con la cabeza rota, que sin duda debería haberse mantenido en la sombra, y rezagado, uno tras otro, hasta la playa, donde nos esperaban las dos calesas. Incluso estos mostraban rastros de la locura ebria de los piratas, uno en una bancada rota, y ambos en su condición embarrada y sin amarrar. Ambos debían ser llevados con nosotros, en aras de la seguridad; y así, con nuestros números divididos entre ellos, partimos sobre el seno del fondeadero.

Cuando nos detuvimos, hubo una discusión sobre el gráfico. La cruz roja era, por supuesto, demasiado grande para ser una guía; y los términos de la nota al dorso, como escucharán, admiten cierta ambigüedad. Dijeron, el lector recordará, así:

“Árbol alto, hombro de catalejo, con una punta al N. de NNE

“Skeleton Island ESE y por E.
"Diez pies."

Un árbol alto era así la marca principal. Ahora, justo antes Para nosotros, el fondeadero estaba delimitado por una meseta de doscientos a trescientos pies de altura, que lindaba por el norte con el hombro inclinado del sur del Catalejo, y se elevaba de nuevo hacia el sur hasta la eminencia áspera y escarpada llamada Mizzenmast Hill. La parte superior de la meseta estaba salpicada de pinos de diferentes alturas. De vez en cuando, uno de una especie diferente se elevaba cuarenta o quince metros por encima de sus vecinos, y cuál de ellos era el "árbol alto" particular del Capitán Flint solo podía decidirse en el lugar y por las lecturas de la brújula.

Sin embargo, aunque ese era el caso, cada hombre a bordo de los barcos había elegido su propio favorito antes de que llegáramos a la mitad del camino, Long John solo se encogió de hombros y les pidió que esperaran hasta que estuvieran allí.

Tiramos con facilidad, siguiendo las instrucciones de Silver, para no cansar las manos prematuramente; y, después de un viaje bastante largo, aterrizó en la desembocadura del segundo río, el que corre por una hendidura boscosa del Catalejo. Desde allí, doblando a nuestra izquierda, comenzamos a ascender la pendiente hacia la meseta.

Al principio, el terreno pesado y fangoso y la vegetación pantanosa apelmazada retrasaron mucho nuestro avance; pero poco a poco la colina empezó a hacerse más empinada y pedregosa bajo los pies, y el bosque a cambiar de carácter ya crecer en un orden más abierto. Fue, de hecho, una parte muy agradable de

la isla a la que ahora nos acercábamos. Una escoba de fuerte olor y muchos arbustos en flor casi habían ocupado el lugar de la hierba. Matorrales de verdes nuez moscada estaban salpicados aquí y allá por las columnas rojas y la ancha sombra de los pinos, y los primeros mezclaban su especia con el aroma de los otros. El aire, además, era fresco y estimulante, y esto, bajo los puros rayos del sol, era un maravilloso refrigerio para nuestros sentidos.

La fiesta se desplegó en el exterior, en forma de abanico, gritando y saltando de un lado a otro. En el centro, y bastante por detrás del resto, Silver y yo lo seguimos; yo atado por mi cuerda, él arando, con profundos jadeos, entre la grava resbaladiza. De vez en cuando, de hecho, tenía que echarle una mano, o debía haber perdido el equilibrio y caído de espaldas colina abajo.

Habíamos avanzado así durante aproximadamente media milla y nos acercábamos al borde de la meseta, cuando el hombre del extremo izquierdo comenzó a gritar en voz alta, como si estuviera aterrorizado. Grito tras grito salió de él, y los demás comenzaron a correr en su dirección.

—No puede haber encontrado el tesoro —dijo el viejo Morgan, pasando a toda prisa por la derecha—, porque está limpio encima.

De hecho, como descubrimos cuando también llegamos al lugar, era algo muy diferente. Al pie de un pino bastante grande, y envuelto en una enredadera verde, que incluso había levantado en parte algunos de los huesos más pequeños, yacía en el suelo un esqueleto humano, con algunos jirones de ropa. Creo que un escalofrío golpeó por un momento a cada corazón.

—Era marinero —dijo George Merry, quien, más audaz que los demás, se había acercado y examinaba los harapos de la ropa. "Al menos, esta es una buena tela marina".

"Ay, ay", dijo Silver, "como suficiente; creo que no buscarías encontrar un obispo aquí. Pero, ¿qué clase de forma es esa de que los huesos yacen? 'No está en la naturaleza'".

De hecho, en una segunda mirada, parecía imposible imaginar que el cuerpo estaba en una posición natural. Pero por algún desorden (el trabajo, tal vez, de los pájaros que se habían alimentado de

él, o de la enredadera de lento crecimiento que había envuelto gradualmente sus restos), el hombre yacía perfectamente derecho, con los pies apuntando en una dirección, las manos levantadas sobre su cabeza como las de un buzo, apuntando directamente en la opuesta.

"He tomado una idea en mi viejo estúpido", observó Silver. "Aquí está la brújula; ahí está la punta de punta de Skeleton Island, sobresaliendo como un diente. Fíjese, por favor, en la línea de esos huesos.

Está hecho. El cuerpo apuntaba directamente en la dirección de la isla, y la brújula debidamente leída ESE por E.

"Eso pensé", exclamó el cocinero; Esto de aquí es un p'inter. Bien allá arriba está nuestra línea para la Estrella Polar y los dólares alegres. Pero, ¡por el trueno! si no me da frío por dentro pensar en Flint. Este es uno de los seis que estuvo su bromas, y no hay error. el y estos solo aquí; los mató, a todos los hombres; y éste lo arrastró aquí y lo colocó con brújula, ¡temblad mis maderas! Son huesos largos, y el pelo ha sido amarillo. Sí, ese sería Allardyce. ¿Te importa Allardyce, Tom Morgan?

—Ay, ay —respondió Morgan—, le hago caso; me debe dinero, lo hizo, y se llevó mi cuchillo a tierra con él.

—Hablando de cuchillos —dijo otro—, ¿por qué no encontramos el suyo tirado por ahí? Flint no advirtió al hombre que robara el bolsillo de un marinero; y los pájaros, supongo, lo dejarían así."

"¡Por los poderes y eso es verdad!" gritó Plata.

—Aquí no queda nada —dijo Merry, todavía palpando entre los huesos; "ni un doít de cobre ni una caja de baccy. No me parece natural".

"No, por la goma de mascar, no", asintió Silver; "ni nat'ral, ni no agradable, dices tú. Grandes armas, compañeros, pero si Flint viviera, ¡este sería un punto caliente para ti y para mí! Seis fueron ellos, y seis somos nosotros; y huesos es lo que son ahora."

"Lo vi muerto con estas luces muertas aquí", dijo Morgan.

"Billy me acogió. Allí se quedó tendido, con monedas de un centavo en los ojos".

"Muerto, ay, efectivamente, está muerto y se ha ido abajo", dijo el del vendaje; "pero si alguna vez el espíritu lo caminó

sería de Flint. ¡Querido corazón, pero murió mal, Flint!

“Ay, eso hizo”, observó otro; “ahora se enfurecía y ahora gritaba por el ron, y ahora cantaba. 'Fifteen Men' fue su única canción, compañeros; y te digo la verdad, nunca me gustó con razón escucharlo desde entonces. Hacía mucho calor y el viento estaba abierto, y escucho esa vieja canción que sale tan clara como clara, y el recorrido de la muerte del hombre ya.

“Vamos, vamos”, dijo Silver, “guarda esta charla. Está muerto y no camina, eso lo sé; por lo menos no caminará de día, y puedes confiar en eso. Cuidado mató a un gato. Ve por los doblones.

Empezamos, ciertamente, pero a pesar del calor del sol y la mirando la luz del día, los piratas ya no corrían separados y gritando a través del bosque, sino que se mantenían uno al lado del otro y hablaban conteniendo la respiración. El terror del bucanero muerto había caído sobre sus espíritus.

XXII

LA BÚSQUEDA DEL TESORO: LA VOZ ENTRE LOS ÁRBOLES

En parte por la influencia amortiguadora de esta alarma, en parte para descansar Silver y los enfermos, todo el grupo se sentó tan pronto como llegaron a la cima de la ascensión.

Como la meseta estaba algo inclinada hacia el oeste, este lugar en el que nos habíamos detenido dominaba una amplia perspectiva a ambos lados. Ante nosotros, sobre las copas de los árboles, contemplamos el Cabo de los Bosques bordeado de olas; atrás, no sólo contemplamos el fondeadero y la isla de los Esqueletos, sino que vimos —a través de la lengua y las tierras bajas del este— un gran campo de mar abierto hacia el este. Por encima de nosotros se alzaba el Catalejo, aquí salpicado de pinos solitarios, allí negro de precipicios. No se oía más que el de las rompientes distantes que se elevaban por todas partes y el chirrido de innumerables insectos en la maleza. Ni un hombre, ni una vela sobre el mar; la amplitud misma de la vista aumentaba la sensación de soledad.

Silver, mientras estaba sentado, tomó ciertos rumbos con su brújula.

"Hay tres 'árboles altos'", dijo él, "alrededor de la derecha línea de Skeleton Island. 'Hombro de catalejo', supongo, significa ese punto inferior allí. Es un juego de niños encontrar las cosas ahora. Tengo la mitad de la mente para cenar primero.

"No me siento fuerte", gruñó Morgan. "Pensando en Flint, yo Creo que lo fue, como lo hizo conmigo.

"Ah, bueno, hijo mío, alabas a tus estrellas, él está muerto", dijo Silver.

"Era un diablo feo", gritó un tercer pirata, con un escalofrío; "¡Ese azul en la cara también!"

“Así fue como lo tomó el ron”, agregó Merry. “¡Azul! Bueno, creo que era azul. Esa es una palabra verdadera”.

Desde que encontraron el esqueleto y empezaron a pensar, habían hablado más y más bajo, y casi habían llegado a susurrar ahora, de modo que el sonido de su conversación apenas interrumpía el silencio del bosque. De repente, en medio de los árboles frente a nosotros, una voz delgada, alta y temblorosa golpeó el aire y las palabras bien conocidas:

“¡Quince hombres sobre el cofre del muerto,
yo-jo-jo y una botella de ron!”

Nunca he visto hombres más terriblemente afectados que los piratas El color se fue de sus seis rostros como un encantamiento; algunos se pusieron de pie de un salto, algunos agarraron con garras a otros; Morgan se arrastró por el suelo.

“¡Es Flint, por - - -!” gritó Merry.

La canción se había detenido tan repentinamente como había comenzado, interrumpida, se habría dicho, en medio de una nota, como si alguien hubiera puesto su mano sobre la boca del cantante. Al llegar tan lejos a través de la atmósfera clara y soleada entre las copas de los árboles verdes, pensé que había sonado alegre y dulce, y el efecto en mis compañeros fue más extraño.

“Vamos”, dijo Silver, luchando con sus labios cenicientos para pronunciar la palabra, “eso no servirá. Prepárate para seguir. Este es un comienzo de ron, y no puedo nombrar la voz, pero es alguien que está bromeando, alguien que es de carne y hueso, y puedes reconocerlo”.

Su coraje había regresado mientras hablaba, y algo del color de su rostro junto con él. Los demás ya habían comenzado a prestar oídos a este estímulo, y estaban volviendo un poco en sí mismos, cuando la misma voz estalló de nuevo, no cantando esta vez, sino en un grito débil y distante, que resonó aún más débil entre las hendiduras de el Catalejo.

"Darby M'Graw", gimió, porque esa es la palabra que mejor describe el sonido, "¡Darby M'Graw! ¡Darby M'Graw! una y otra y otra vez; y luego subiendo un poco más, y con un juramento que omito: "¡Trae el ron a popa, Darby!"

Los bucaneros permanecieron clavados en el suelo, sus ojos empezando por sus cabezas. Mucho después de que la voz se hubiera extinguido, todavía miraban en silencio, terriblemente, ante ellos.

"¡Eso lo arregla!" jadeó uno. "Vamos."

"Fueron sus últimas palabras", gimió Morgan, "sus últimas palabras sin tapujos".

Dick había sacado su Biblia y estaba orando volublemente. Dick había sido bien educado antes de hacerse a la mar y encontrarse con malas compañías.

Aún así, Silver no fue conquistado. Podía escuchar sus dientes castañetear en su cabeza, pero aún no se había rendido.

"Nadie en esta isla ha oído hablar de Darby", murmuró; "no uno sino nosotros que está aquí." Y luego, haciendo un gran esfuerzo: "Compañeros", gritó, "Estoy aquí para conseguir esas cosas, y no seré vencido por el hombre ni por el diablo. Nunca le tuve miedo a Flint en su vida y, por los poderes, lo enfrentaré muerto. Hay setecientas mil libras a menos de un cuarto de milla de aquí. ¿Cuándo un caballero de fortuna mostró su popa a tantos dólares por un viejo marinero borracho con una taza azul, y él también muerto?

Pero no hubo señales de despertar el coraje en sus seguidores; más bien, de hecho, de terror creciente ante la irreverencia de sus palabras.

"¡Asegúrate allí, John!" dijo feliz. "No cruces un espíritu".

Y el resto estaba demasiado aterrorizado para responder. Habrían huido por separado si se hubieran atrevido, pero el miedo los mantuvo unidos y los mantuvo cerca de John, como si su valentía los ayudara. Él, por su parte, había luchado bastante bien contra su debilidad.

"¿Espíritu? Bueno, tal vez", dijo. "Pero hay una cosa que no claro para mí. Hubo un eco. Ahora, ningún hombre ha visto jamás un espíritu con una sombra. Bueno, entonces, ¿qué está haciendo con un

eco a él, me gustaría saber? Eso no está en la naturaleza, seguramente.

Este argumento me pareció bastante débil. Pero puedes Nunca digas lo que afectará a los supersticiosos y, para mi asombro, George Merry se sintió muy aliviado.

"Bueno, eso es así", dijo. Tienes la cabeza sobre los hombros, John, y no hay duda. ¡Sobre el barco, compañeros! Creo que esta tripulación está en el camino equivocado. Y ahora que lo pienso, era como la voz de Flint, te lo aseguro, pero no tan clara como ella, después de todo. Era como la voz de otra persona ahora, era como...

"¡Por los poderes, Ben Gunn!" rugió Silver.

—Sí, y así fue —exclamó Morgan, saltando sobre sus rodillas.
"¡Ben Gunn fue!"

"No hay muchas probabilidades, ¿hazlo ahora?" preguntó Dick. Ben Gunn no está aquí en el cuerpo, como tampoco lo está Flint.

Pero las manos más viejas recibieron este comentario con desdén.

"Vaya, a nadie le importa Ben Gunn", exclamó Merry; "muerto o vivo, ¡nadie se preocupa por él!"

Era extraordinario cómo habían vuelto sus ánimos, y cómo había revivido el color natural en sus rostros. Pronto estaban charlando juntos, con intervalos de escucha; y no mucho después, al no escuchar más sonido, se cargaron las herramientas al hombro y partieron de nuevo, Merry caminando primero con la brújula de Silver para mantenerlos en la línea derecha con Skeleton Island.

Había dicho la verdad; vivo o muerto, a nadie le importaba Ben Gunn.

Solo Dick todavía sostenía su Biblia y miraba a su alrededor mientras caminaba, con miradas temerosas; pero no encontró simpatía, y Silver incluso bromeó sobre sus precauciones.

"Te lo dije", dijo él, "te dije que habías derramado tu Biblia. Si no sirve de nada jurar, ¿qué crees que daría un espíritu por ello? ¡Eso no!" y chasqueó sus grandes dedos, deteniéndose un momento en su muleta.

Pero Dick no se dejó consolar; de hecho, pronto me di cuenta de que el muchacho se estaba enfermando; acelerado por el calor,

el agotamiento y la conmoción de su alarma, la fiebre, predicha por el doctor Livesey, evidentemente estaba aumentando rápidamente más.

Estaba bien caminar al aire libre aquí, en la cumbre; nuestra manera yacía un poco cuesta abajo, porque, como he dicho, la meseta se inclinaba hacia el oeste. Los pinos, grandes y pequeños, crecían muy separados; e incluso entre los macizos de nuez moscada y azalea, amplios espacios abiertos cocidos por el calor del sol. Golpeando, como lo hicimos, bastante cerca del noroeste a través de la isla, nos acercamos, por un lado, cada vez más bajo los hombros del Catalejo, y por el otro, miramos cada vez más lejos sobre esa bahía occidental donde una vez había tirado y tirado. tembló en el coracle.

Se alcanzó el primero de los árboles altos, y por el rumbo, resultó ser el equivocado. Así con el segundo. El tercero se elevó casi doscientos pies en el aire por encima de un grupo de maleza; un gigante de un vegetal, con una columna roja tan grande como una cabaña, y una amplia sombra alrededor en la que podría haber maniobrado una compañía. Era visible lejos en el mar, tanto al este como al oeste, y podría haber sido ingresado como una marca de navegación en la carta.

Pero no fue su tamaño lo que ahora impresionó a mis compañeros; era el conocimiento de que setecientas mil libras de oro yacían en algún lugar bajo su sombra que se extendía.

El pensamiento del dinero, a medida que se acercaban, se tragó sus terrores anteriores. Sus ojos ardían en sus cabezas; sus pies se hicieron más rápidos y ligeros; toda su alma estaba ligada a esa fortuna, esa vida entera de extravagancia y placer, que les esperaba a cada uno de ellos.

Silver cojeaba, gruñendo, sobre su muleta; sus fosas nasales sobresalían y temblaban; maldijo como un loco cuando las moscas se posaron en su rostro caliente y brillante; tiraba furiosamente de la cuerda que me unía a él y, de vez en cuando, volvía sus ojos hacia mí con una mirada mortal. Ciertamente, no se molestó en ocultar sus pensamientos; y ciertamente los leo como impresos. En la proximidad inmediata del oro, todo lo demás había sido olvidado; su promesa y la del doctor

advertencia eran ambas cosas del pasado; y no podía dudar de que esperaba apoderarse del tesoro, encontrarlo y abordarlo al amparo de la noche, degollar a Hispaniola todos los honestos de esa isla y zarpar como había pensado en un principio, cargado de crímenes y riquezas.

Conmocionado como estaba por estas alarmas, me resultó difícil seguir el ritmo rápido de los cazadores de tesoros. De vez en cuando tropezaba, y fue entonces cuando Silver tiró tan bruscamente de la cuerda y me lanzó sus miradas asesinas. Dick, que se había quedado atrás de nosotros y ahora cerraba la marcha, balbuceaba para sí mismo oraciones y maldiciones, mientras su fiebre seguía subiendo. Esto también se sumó a mi miseria y, para colmo, me obsesionaba el pensamiento de la tragedia que una vez se había representado en esa meseta, cuando ese bucanero impío con el rostro azul, el que había muerto en Savannah, cantando y gritando. para beber— hizo allí, con su propia mano, cortar a sus seis cómplices. Esta arboleda, que ahora estaba tan tranquila, debe haber resonado con gritos, pensé; e incluso con el pensamiento podía creer que todavía lo escuchaba sonar.

Estábamos ahora en el margen de la espesura.

"¡Huzza, compañeros, todos juntos!" gritó Merry, y el primero echó a correr.

Y de repente, no diez metros más allá, los vimos detenerse. Un grito bajo se elevó. Silver aceleró el paso, cavando con el pie de su muleta como un poseso, y al momento siguiente él y yo también nos detuvimos en seco.

Ante nosotros había una gran excavación, no muy reciente, pues los costados se habían derrumbado y en el fondo había brotado hierba. En este había el eje de un pico partido en dos y las tablas de varias cajas de embalaje esparcidas por todas partes. En una de estas tablas vi marcado con hierro candente el nombre... el nombre del barco de Flint. Morsa

Todo estaba claro para la libertad condicional. El alijo había sido encontrado y saqueado: ¡las setecientas mil libras habían desaparecido!

XXIII

LA CAÍDA DE UN CACIFE

Nunca hubo tal vuelco en este mundo. Cada uno de estos seis hombres era como si hubiera sido golpeado. Pero con Silver el golpe pasó casi al instante. Cada pensamiento de su alma se había puesto al máximo, como un corredor, en ese dinero; bueno, lo trajeron a la superficie en un solo segundo, muerto; y mantuvo la cabeza, recobró su temperamento y cambió de plan antes de que los demás tuvieran tiempo de darse cuenta de la decepción.

“Jim”, susurró, “toma eso y prepárate para los problemas”.

Y me pasó una pistola de dos cañones.

Al mismo tiempo, comenzó a moverse silenciosamente hacia el norte, y en unos pocos pasos había puesto el hueco entre nosotros dos y los otros cinco. Luego me miró y asintió, como si dijera: "Aquí hay una esquina estrecha", como, en efecto, pensé que era.

Su mirada ahora era bastante amistosa, y estaba tan asqueado por estos cambios constantes que no pude dejar de susurrar: "Así que has cambiado de bando otra vez".

No le quedó tiempo para responder. Los bucaneros, con juramentos y gritos, comenzaron a saltar, uno tras otro, en el pozo, ya cavar con los dedos, tirando las tablas a un lado al hacerlo. Morgan encontró una pieza de oro. Lo levantó con un chorro perfecto de juramentos. Era una moneda de dos guineas, y pasó de mano en mano entre ellos durante un cuarto de minuto.

“¡Dos guineas!” rugió Merry, sacudiéndola hacia Silver. Esas son sus setecientas mil libras, ¿verdad? Eres el hombre de las gangas, ¿no? ¡Eres el que nunca estropeó nada, idiota cabeza de palo!

—Excaven, muchachos —dijo Silver, con la más fría insolencia; "Encontrarás algunos pignuts, y no debería sorprenderme".

“¡Pichones!” repitió Merry, en un grito. “Compañeros, ¿escuchan eso? Te digo ahora, ese hombre allí lo supo todo el tiempo. Míralo a la cara y verás que está escrito allí”.

—Ah, Merry —observó Silver—, ¿otra vez representando al capitán? Eres un muchacho que empuja, para estar seguro.

Pero esta vez todos estaban completamente a favor de Merry. Ellos comenzaron a salir de la excavación, lanzando furiosas miradas detrás de ellos. Una cosa que observé, que se veía bien para nosotros; todos se apearon por el lado opuesto al de Silver.

Bueno, ahí estábamos, dos de un lado, cinco del otro, el hoyo entre nosotros, y nadie metió la pata lo suficientemente alto como para dar el primer golpe. La plata nunca se movió; los observaba, muy erguido sobre su muleta, y se veía tan sereno como nunca lo había visto. Fue valiente, y no se equivocó.

Por fin, Merry pareció pensar que un discurso podría ayudar.

“Compañeros,” dice él, “hay dos de ellos solos allí; unos el viejo lisiado que nos trajo a todos aquí y nos hizo caer en esto; el otro es ese cachorro del que pretendo tener el corazón. Ahora, compañeros—”

Estaba levantando el brazo y la voz, y claramente tenía la intención de liderar una carga. Pero justo entonces, ¡crack! ¡grieta! ¡crack!—tres disparos de mosquete resplandecieron desde la espesura. Merry cayó de cabeza en la excavación; el hombre con el vendaje giró como un teetotum y cayó de lado, donde yacía muerto, pero todavía temblando; y los otros tres dieron media vuelta y corrieron hacia él con todas sus fuerzas.

Antes de que pudieras guiñar, Long John había disparado dos cañones de una pistola contra el Merry que luchaba; y cuando el hombre puso los ojos en blanco en la última agonía, "George", dijo, "creo que te tranquilicé".

En ese mismo momento se nos unieron el doctor, Gray y Ben Gunn, con mosquetes humeantes, de entre la nuez moscada.

árboles.

"¡Adelante!" gritó el médico. "Doble rápido, mis muchachos. Debemos sacarlos de los barcos.

Y nos pusimos en marcha a gran velocidad, a veces sumergiéndonos entre los arbustos hasta el pecho.

Te lo digo, pero Silver estaba ansioso por seguirnos el ritmo. El trabajo que atravesó ese hombre, saltando sobre su muleta hasta que los músculos de su pecho estuvieron a punto de estallar, fue un trabajo que ningún hombre sano jamás igualó; y así piensa el doctor. Tal como estaban las cosas, ya estaba treinta metros detrás de nosotros, ya punto de estrangularse, cuando llegamos al borde de la pendiente.

"Doctor", gritó, "¡ve ahí! ¡sin prisa!"

Efectivamente, no había prisa. En una parte más abierta de la meseta pudimos ver a los tres supervivientes que seguían corriendo en la misma dirección en la que habían comenzado, justo hacia la colina Mizzenmast. Ya estábamos entre ellos y los botes, así que los cuatro nos sentamos a respirar, mientras Long John, secándose la cara, subía lentamente con nosotros.

"Muchas gracias, doctor", dice. "Entraste por el nick, supongo, para mí y Hawkins. ¡Y entonces eres tú, Ben Gunn! añadió. "Bueno, eres agradable, para estar seguro".

"Soy Ben Gunn, lo soy", respondió el granate, retorciéndose como una anguila en su vergüenza. "Y", agregó, después de una larga pausa, "¡cómo está, Sr. Silver! Bastante bien, te lo agradezco, dices tú.

—Ben, Ben —murmuró Silver—, ¡pensar como lo has hecho conmigo!

El doctor mandó a Gray por uno de los picos abandonados en su huida por los amotinados; y luego, mientras avanzábamos tranquilamente cuesta abajo hasta donde estaban los botes, relató, en pocas palabras, lo que había sucedido. Era una historia que interesó profundamente a Silver, y Ben Gunn, el granate medio idiota, fue el héroe de principio a fin.

Ben, en sus largas y solitarias andanzas por la isla, había encontrado el esqueleto. Era él quien lo había saqueado; había encontrado el tesoro; lo había desenterrado (era el mango de su pico el que estaba roto en la excavación); lo había llevado en su

de regreso, en muchos viajes cansados, desde el pie del alto pino hasta una cueva que tenía en la colina de dos puntas en el ángulo noreste de la isla, y allí había estado almacenada a salvo desde dos meses antes de la llegada de la Cuando el doctor le había sonsacado Hispaniola .

este secreto, la tarde del ataque, y cuando, a la mañana siguiente, vio desierto el fondeadero, había ido a Silver, le había dado el mapa, que ahora era inútil; le dio las provisiones, porque la cueva de Ben Gunn estaba bien provista de carne de cabra salada por él mismo; dado cualquier cosa y todo para tener la oportunidad de moverse con seguridad desde la empalizada hasta la colina de dos puntas, para estar libre de malaria y mantener una guardia sobre el dinero.

“En cuanto a ti, Jim”, dijo, “fue contra mi corazón, pero yo hice lo que consideré mejor para aquellos que habían cumplido con su deber; y si tú no eras uno de estos, ¿de quién fue la culpa?

Esa mañana, al darse cuenta de que yo iba a estar involucrado en la horrible decepción que había preparado para los amotinados, corrió hasta la cueva y, dejando a un escudero para que cuidara al capitán, tomó a Gray y al cimarrón y comenzó, haciendo la diagonal a través de la isla, para estar a la mano junto al pino. Pronto, sin embargo, vio que nuestro grupo tenía el comienzo de él; y Ben Gunn, que era ligero de pies, había sido enviado al frente para hacer lo mejor que pudiera solo. Luego se le ocurrió trabajar sobre las supersticiones de sus antiguos compañeros de a bordo; y tuvo tanto éxito que Gray y el doctor habían llegado y ya habían sido emboscados antes de la llegada de los cazadores de tesoros.

“Ah”, dijo Silver, “fue una suerte para mí tener a Hawkins aquí. Habría dejado que cortaran en pedazos al viejo John y nunca se hubiera detenido a pensarlo, doctor.

“Ni un pensamiento”, respondió el doctor Livesey, alegremente.

Y para entonces ya habíamos llegado a los conciertos. El médico, con el pico, demolió uno de ellos, y luego subimos todos a bordo del otro, y partimos para dar la vuelta por el mar hacia North Inlet.

Esta fue una carrera de ocho o nueve millas. Silver, aunque ya casi estaba muerto de fatiga, se puso a remar, como el resto de nosotros, y pronto nos deslizamos rápidamente sobre un mar en calma. Pronto salimos del estrecho y doblamos la esquina sureste de la isla, alrededor de la cual, hace cuatro días, habíamos remolcado el

Hispaniola .

Al pasar la colina de dos puntas pudimos ver el negro boca de la cueva de Ben Gunn, y una figura de pie junto a ella, apoyada en un mosquete. Era el escudero, y agitamos un pañuelo y le dimos tres hurras, a las que la voz de Plata se unió tan cordialmente como cualquiera.

Tres millas más allá, justo dentro de la boca de North Inlet, ¿qué deberíamos encontrar sino la , navegando Hispaniola
La última inundación la había levantado, y si hubiera habido mucho viento, o una fuerte corriente de marea, como en el fondeadero del sur, nunca la hubiéramos encontrado más, o la hubiéramos encontrado varada más allá de la ayuda. Tal como estaban las cosas, había poco mal, más allá del naufragio de la vela mayor. Se preparó otra ancla y se echó en una braza y media de agua. Todos dimos la vuelta de nuevo a Rum Cove, el punto más cercano a la casa del tesoro de Ben Gunn; y luego Gray, solo, regresó con el calesín al lugar donde iba a pasar la noche de guardia.

Hispaniola ,

Una pendiente suave subía desde la playa hasta la entrada de la cueva. En la cima, el escudero nos recibió. Para mí fue cordial y amable, y no dijo nada de mi escapada, ni a modo de culpa ni de elogio. Ante el cortés saludo de Silver, se sonrojó un poco.

“John Silver”, dijo, “usted es un villano prodigioso e impostor, un impostor monstruoso, señor. Me han dicho que no debo procesarte. Bueno, entonces no lo haré. Pero los muertos, señor, cuelgan de vuestro cuello como ruedas de molino.

“Muchas gracias, señor”, respondió Long John, saludando de nuevo.

“¡Te reto a que me agradezcas!” exclamó el escudero. “Es un asqueroso abandono de mi deber. ¡Un paso atrás!”

Y entonces todos entramos en la cueva. Era un lugar grande y aireado, con un pequeño manantial y un estanque de agua clara, coronado por helechos. El suelo era de arena. Ante un gran fuego yacía el Capitán Smollett; y en un rincón lejano, apenas iluminado por las llamas, vi grandes montones de monedas y cuadriláteros contruidos con barras de oro. Ese era el tesoro de Flint que habíamos venido a buscar desde tan lejos, y que ya había costado la vida a diecisiete hombres de Hispaniola. El cañón había costado en la acumulación, qué sangre y dolor, qué buenos barcos se hundieron en las profundidades, qué hombres valientes que caminaron por la tabla con los ojos vendados, qué disparos de cañón, qué vergüenza, mentiras y crueldad, tal vez ningún hombre vivo podría decir. Sin embargo, todavía quedaban tres en esa isla —Silver, el viejo Morgan y Ben Gunn— que habían tomado cada uno su parte en estos crímenes, ya que cada uno había esperado en vano compartir

“Adelante, Jim”, dijo el capitán. “Eres un buen chico en tu línea, Jim; pero no creo que tú y yo volvamos a ir al mar. Eres demasiado del favorito nato para mí. ¿Eres tú, John Silver? ¿Qué te trae por aquí, hombre?”

“Vuelva a mi dooty, señor”, respondió Silver.

“¡Ah!” dijo el capitán, y eso fue todo lo que dijo.

Qué cena tuve esa noche, con todos mis amigos a mi alrededor; y qué comida fue, con la cabra salada de Ben Gunn, y algunas delicias y una botella de vino añejo del . Nunca, estoy seguro, hubo gente Hispaniola más alegre o más feliz.

Y allí estaba Silver, sentado casi fuera de la luz del fuego, pero comiendo con ganas, dispuesto a saltar hacia adelante cuando se necesitaba algo, incluso uniéndose silenciosamente a nuestras risas: el mismo marinero suave, educado y obsequioso de la travesía.

XXIV Y ÚLTIMO

A la mañana siguiente nos pusimos a trabajar temprano, porque el transporte de esta gran masa de oro cerca de una milla por tierra hasta la playa, y de allí tres millas en bote hasta la playa, era una Hispaniola, tarea considerable para un número tan pequeño de personas. obreros Los tres tipos que aún estaban en la isla no nos molestaron mucho; un solo centinela en el lomo de la colina era suficiente para asegurarnos contra cualquier ataque repentino, y pensamos, además, que ya habían tenido más que suficiente de pelear.

Por lo tanto, el trabajo fue empujado enérgicamente. Gray y Ben Gunn iban y venían con el bote, mientras que el resto durante sus ausencias amontonaba tesoros en la playa. Dos de las barras, colgadas del extremo de una cuerda, eran una buena carga para un hombre adulto, uno con el que estaba contento de caminar lentamente. Por mi parte, como no era muy útil para cargar, me mantuve ocupado todo el día en la cueva, empaquetando el dinero acuñado en bolsas de pan.

Era una colección extraña, como el tesoro de Billy Bones por la diversidad de monedas, pero tanto más grande y tan variada que creo que nunca tuve más placer que clasificarlas. Ingleses, franceses, españoles, portugueses, Georges y Louises, doblones y guineas dobles y moidores y lentejuelas, los retratos de todos los reyes de Europa durante los últimos cien años, extrañas piezas orientales estampadas con lo que parecían volutas de cordel o trozos de telaraña, piezas redondas y piezas cuadradas, y piezas taladradas por la mitad, como para colgarlas alrededor del cuello; creo que casi todas las variedades de dinero del mundo deben haber encontrado un lugar en esa colección; y por número, estoy seguro de que eran

como hojas de otoño, de modo que me dolía la espalda al agacharme y los dedos al separarlas.

Día tras día prosiguió este trabajo; todas las noches se había guardado a bordo una fortuna, pero había otra fortuna esperando al día siguiente; y en todo este tiempo no supimos nada de los tres amotinados supervivientes.

Por fin, creo que fue en la tercera noche, el doctor y yo estábamos paseando por la ladera de la colina desde donde se dominan las tierras bajas de la isla, cuando, desde la espesa oscuridad de abajo, el viento nos trajo un ruido entre chillidos. y cantando. Fue solo un fragmento que llegó a nuestros oídos, seguido del silencio anterior.

"Que el cielo los perdone", dijo el doctor; ¡Son los amotinados!

"Todos borrachos, señor", golpeó la voz de Silver desde atrás.

a nosotros.

A Silver, diría yo, se le concedió toda su libertad y, a pesar de los desaires diarios, parecía considerarse una vez más como un dependiente privilegiado y amistoso. De hecho, era notable lo bien que soportaba estos desaires, y con qué incansable cortesía seguía tratando de congraciarse con todos. Sin embargo, creo que ninguno lo trató mejor que un perro, a menos que fuera Ben Gunn, que todavía tenía mucho miedo de su antiguo intendente, o yo, que realmente tenía algo que agradecerle; aunque por lo demás, supongo, tenía motivos para pensar de él aún peor que de los demás, pues le había visto meditar una nueva traición en la meseta.

En consecuencia, fue bastante brusco que el médico le respondió.

"Borracho o delirando", dijo.

"Tenía razón, señor", respondió Silver; "y preciosas pequeñas probabilidades que, para ti y para mí".

"Supongo que difícilmente me pediría que lo llame un hombre humano", respondió el médico, con una mueca, "y mis sentimientos pueden sorprenderlo, Maestro Silver. Pero si estuviera seguro de que estaban delirando, como estoy moralmente seguro de que uno de ellos, al menos, lo está

con fiebre, debería dejar este campamento y, a cualquier riesgo para mi propio cadáver, tomarles la ayuda de mi habilidad.

"Le pido perdón, señor, estaría muy equivocado", dijo Silver. "Perderías tu preciosa vida, y puedes confiar en eso. Estoy de tu lado ahora, mano y guante; y no debo desear ver debilitado el partido, y mucho menos a ti mismo, ya que sé lo que te debo. Pero estos hombres de allá abajo no pudieron cumplir su palabra, no, suponiendo que lo desearan, y lo que es más, no podían creer como tú.

"No", dijo el médico. "Eres el hombre que cumple tu palabra, lo sabemos."

Bueno, eso fue sobre las últimas noticias que tuvimos de los tres piratas. Solo una vez escuchamos un disparo a lo lejos y supusimos que estaban cazando. Se celebró un consejo y se decidió que debíamos abandonarlos en la isla, para gran regocijo, debo decir, de Ben Gunn, y con la firme aprobación de Gray. Dejamos una buena provisión de pólvora y perdigones, el grueso de la cabra salada, algunas medicinas y algunos otros enseres necesarios, herramientas, ropa, una vela de repuesto, una braza o dos de cuerda, y, por el deseo particular del médico, un hermoso regalo de tabaco.

Eso fue lo último que hicimos en la isla. Antes de eso habíamos estibado el tesoro y habíamos embarcado suficiente agua y el resto de la carne de cabra, en caso de alguna dificultad; y por fin, una hermosa mañana, levamos anclas, que fue todo lo que pudimos hacer, y salimos de North Inlet, ondeando los mismos colores con los que el capitán había volado y luchado bajo la empalizada.

Los tres tipos debían de habernos estado observando más de cerca de lo que pensábamos, como pronto comprobamos. Porque viniendo por los angostos tuvimos que estar muy cerca de la punta del sur, y allí los vimos a los tres arrodillados juntos en una lengua de arena con los brazos levantados en súplica. Creo que nos tocó a todos el corazón dejarlos en ese miserable estado, pero

no podía correr el riesgo de otro motín, y llevarlos a casa para el patíbulo habría sido una especie de bondad cruel. El médico los saludó y les dijo de las provisiones que nos quedaban y dónde los iban a encontrar, pero ellos continuaron llamándonos por nuestro nombre y rogándonos por Dios que seamos misericordiosos y no los dejáramos morir en tal lugar. .

Por fin, al ver que el barco seguía su rumbo y se alejaba rápidamente del alcance del oído, uno de ellos, no sé quién era, se puso en pie de un salto con un grito ronco, se colocó el mosquete en el hombro y envió un disparo silbando sobre la cabeza de Silver y atravesando la vela mayor.

Después de eso nos mantuvimos al amparo de las amuradas, y cuando luego miré hacia afuera, habían desaparecido del asador, y el mismo asador casi se había derretido fuera de la vista en la distancia creciente. Ese fue, al menos, el final de eso; y antes del mediodía, para mi inexpressable alegría, la roca más alta de Treasure Island se había hundido en la ronda azul del mar.

Estábamos tan escasos de hombres que todos a bordo tenían que llevar una mano; sólo el capitán estaba tendido en un colchón en la popa y daba sus órdenes, porque aunque estaba muy recuperado todavía necesitaba tranquilidad. Pusimos su cabeza en el puerto más cercano de Hispanoamérica, porque no podíamos arriesgarnos a emprender el viaje de regreso a casa sin manos frescas; y tal como estaban las cosas, con vientos desconcertantes y un par de nuevos vendavales, todos estábamos agotados antes de llegar a él.

Fue justo al atardecer cuando echamos el ancla en un golfo sin salida al mar muy hermoso, e inmediatamente fuimos rodeados por botes en la orilla llenos de negros e indios mexicanos y mestizos, que vendían frutas y verduras y se ofrecían a bucear por unas monedas. La vista de tantos rostros joviales (sobre todo los negros), el sabor de las frutas tropicales, y sobre todo, las luces que comenzaban a brillar en el pueblo, contrastaban de lo más encantador con nuestra oscura y sangrienta estancia en la isla; y el doctor y el escudero, llevándome con ellos, bajaron a tierra para pasar la primera parte de la noche.

Allí conocieron al capitán de un buque de guerra inglés, se enamoraron

hablar con él, subió a bordo de su navío, y en fin, lo pasó tan bien que amanecía cuando llegamos junto al

Hispaniola .

Ben Gunn estaba solo en cubierta, y tan pronto como llegamos tablero comenzó, con maravillosas contorsiones, a hacernos una confesión. La plata se había ido. El cimarrón se había confabulado en su fuga en un bote de tierra hacía unas horas, y ahora nos aseguró que solo lo había hecho para preservar nuestras vidas, que ciertamente se habrían perdido si "ese hombre con una sola pierna se hubiera quedado a bordo". Pero esto no fue todo. El cocinero del mar no se había ido con las manos vacías. Había atravesado un mamparo sin ser visto y había sacado uno de los sacos de monedas, por valor, quizás, de trescientas o cuatrocientas guineas, para ayudarlo en sus ulteriores vagabundeos.

Creo que todos estábamos complacidos de habernos despedido tan fácilmente de él.

Bueno, para acortar la historia, tenemos algunas manos en abordó, hizo un buen crucero de regreso a casa y Hispaniola llegó a Bristol justo cuando el Sr. Blandly estaba empezando a pensar en equipar a su consorte. Sólo cinco hombres de los que habían navegado regresaron con ella. "Beber y el diablo había hecho por el resto" con ganas, aunque, por cierto, no estábamos tan mal como ese otro barco sobre el que cantaban:

"Con un hombre de la tripulación vivo,
¿Qué se hizo a la mar con setenta y cinco?"

Todos nosotros teníamos una amplia parte del tesoro, y lo usamos sabia o neciamente, según nuestra naturaleza. El Capitán Smollett ahora está retirado del mar. Gray no solo ahorró su dinero, sino que, siendo repentinamente presa del deseo de ascender, también estudió su profesión, y ahora es oficial y copropietario de un excelente barco con aparejo completo; casado además, y padre de familia. En cuanto a Ben Gunn, obtuvo mil libras, que gastó o perdió en tres semanas, o, para ser más exactos, en diecinueve días, porque el día veinte volvió a mendigar.

Luego se le dio una cabaña para que la guardara, exactamente como había temido en la isla; y todavía vive, un gran favorito, aunque algo así como un tope con los muchachos del campo, y un notable cantor en la iglesia los domingos y días de santos.

De Silver no hemos oído más. Ese formidable marinero cojo por fin se ha ido de mi vida, pero me atrevo a decir que conoció a su antigua negra, y tal vez todavía vive cómodamente con ella y el capitán Flint. Eso es de esperar, supongo, porque sus posibilidades de comodidad en otro mundo son muy pequeñas.

La barra de plata y las armas todavía están, por lo que sé, donde las enterró Flint; y ciertamente ellos yacerán allí para mí. Los bueyes y las cuerdas de los carros no me traerían de vuelta a esa isla maldita, y los peores sueños que he tenido son cuando escucho el oleaje resonando en sus costas, o cuando me incorporo en la cama, con la voz aguda del Capitán Flint todavía resonando en mis oídos: "¡Piezas de a ocho! ¡piezas de ocho!"

NOTAS FINALES

1. Los amotinados pronto fueron sólo ocho en número, porque el hombre al que disparó el Sr. Trelawney a bordo de la goleta murió esa misma noche a causa de su herida. Pero esto, por supuesto, no fue conocido hasta después por el grupo fiel.
-



Isla del tesoro
fue escrito en 1881 por
[ROBERT LOUIS STEVENSON.](#)

Este libro electrónico fue producido
para [STANDARD](#)

[EBOOKS](#) por
[ALEX CABAL](#), y se basa en una transcripción realizada en 2009 por
JULIET SUTHERLAND, STEPHEN BLUNDELL y [THE ONLINE DISTRIBUTED](#)
[EQUIPO DE](#)

[CORRECCIÓN DEL](#)
[PROYECTO GUTENBERG](#) y en escaneos
[digitales disponibles en](#) [INTERNET ARCHIVE.](#)

La portada está adaptada de
Un paso más, señor manos ,
una pintura completada en 1911 por [NC](#)
[WYETH.](#)

La portada y las portadas presentan los tipos de
letra LEAGUE SPARTAN y SORTS MILL
GOUDY creados en 2014 y 2009 por [THE LEAGUE](#)
[OF MOVEABLE TYPE.](#)

Esta edición se publicó el 27 de julio
de 2021 a las 23:00 y se basa
en la REVISIÓN
E862B90.

La primera edición de este libro electrónico se publicó el 15 DE
ABRIL DE 2015 a las 11:09 a. m.

Puede buscar actualizaciones de este libro electrónico, ver su historial de
revisiones o descargarlo para diferentes sistemas de lectura electrónica en
STANDARDEBOOKS.ORG/EBOOKS/ROBERT-LOUIS-STEVENSON/TREASURE-ISLAND.

El proyecto de libros electrónicos estándar impulsado por voluntarios
depende de lectores como usted para enviar errores tipográficos,
correcciones y otras mejoras. Cualquiera puede contribuir en STANDARDEBOOKS.ORG.

DERECHOS DE AUTOR

Que no olvidemos el bien público.

Que ustedes y perdone
otros.

puede usted compartir libremente, nunca tomando más de lo que
dar.

Las páginas de derechos de autor existen para decirle que no puede
ellos, esta página de Uncopyright existe para decirles, entre otras
cosas, que la escritura y las ilustraciones en este ebook son
se cree que es de dominio público estadounidense. El público estadounidense
dominio representa nuestro patrimonio cultural colectivo, y
los artículos que contiene son gratuitos para que cualquier persona en los EE. UU. haga casi
cualquier cosa con, sin tener que obtener permiso. Público
los elementos del dominio están libres de restricciones de derechos de autor.

Las leyes de derechos de autor son diferentes en todo el mundo. Si no estás
ubicado en los EE. UU., consulte con las leyes locales antes de usar
este libro electrónico.

Actividades ajenas a la autoría realizadas en el dominio público
elementos, el llamado trabajo de "sudor de la frente", no crean un
nuevos derechos de autor. Eso significa que nadie puede reclamar una nueva
derechos de autor sobre un elemento de dominio público para, entre otras cosas,
trabajos como la digitalización, el marcado o la tipografía. Independientemente de
disipar cualquier posible duda sobre el estado de los derechos de autor de este
ebook, Standard Ebooks L 3C, sus colaboradores y el
colaboradores de este libro electrónico publican este libro electrónico bajo el

términos en [CC0 1.0 Universal Public Domain Dedication](#), dedicando así al dominio público mundial todo el trabajo que han realizado en este libro electrónico, incluidos, entre otros, los metadatos, la portada, la impresión, el colofón, este derecho de autor y cualquier cambio, mejora o marca en el texto original. y obras de arte. Esta dedicación no cambia el estado de los derechos de autor de las obras subyacentes, que, aunque se cree que ya son de dominio público de EE. UU., es posible que aún no sean de dominio público de otros países. Hacemos esta dedicación con el interés de enriquecer nuestro patrimonio cultural global, para promover la cultura libre y libre en todo el mundo, y para retribuir a la cultura sin restricciones que tanto nos ha dado a todos.